





AÑO 12.

NUM. 144.

LA  
ESPAÑA MODERNA

---

**Director: JOSE LAZARO**

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO MADRILEÑO

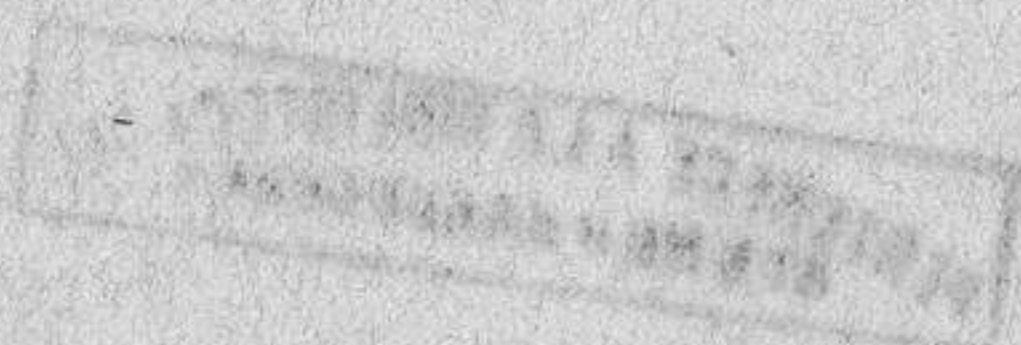
DICIEMBRE, 1900

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

*Calle de Blasco de Garay, núm. 9.*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*



# ORSO

---

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATLANTA MARSHALLS

Días de fiesta y de alegría son los últimos del otoño para la villa Anaheim en la California meridional: la vendimia ha terminado, y la villa, llena de trabajadores, presenta un aspecto tan pintoresco que no puede ser fácilmente retratado ni siquiera por un pintor. Mejicanos é indios de la raza cahuilla bajan de los montes de San Bernardo, situados en el corazón de aquella comarca, para ganarse un pedazo de pan. Tanto los unos como los otros se establecen en las plazas, donde pernoctan bajo las tiendas ó bajo el riente cielo de California.

Anaheim es un lindo lugar que se alza entre eucaliptus, ricinos y pimenteras; y cuando en él repercuten los alegres ecos de las fiestas y de la feria, ofrece un contraste extraño con la apacible y triste calma del desierto, que comienza muy cerca, inmediatamente después de las viñas, para perderse allá lejos, en el espacio infinito.

Por la tarde, cuando el sol declina esparciendo haces de luz sobre las olas del mar y por el cielo enrojecido, mientras revolotean los patos y pelícanos salvajes, y las cigüeñas regresan en bandadas á las montañas, enciéndense las hogueras y empieza la algazara.

Los negros cantan acompañándose con los timbales; óyense redobles de tambores en torno de las fogatas; los mejicanos bailan el bolero sobre alfombras extendidas, y los indios, te-

niendo entre los dientes cañitas blancas, tratan de imitar el movimiento, gritando y alborotando.

Las hogueras, alimentadas por la leña, esparcen por el aire, entre alegres chisporroteos, vivas llamaradas que iluminan con reflejos dorados los rostros de los que reclaman con insistencia su puesto en la fiesta: alrededor se sientan los colonos con sus hijos y mujeres, como espectadores del baile y la alegría.

Pero cuando la fiesta alcanza su mayor intensidad es el día en que, bajo los pies del indio, concluye de ser triturado el último grano de uva: entonces llega el circo del Sr. Hirsch, de los Angeles, alemán de nacimiento, poseedor de un gran patrimonio de monos, jaguares, leones, y dueño de un elefante y de algún viejo papagayo venido á menos por estrago de los años (*the greatest attraction of the World!*)

Los habitantes de Cahuilla no son avaros y se desprenden gustosos de la última peseta que se libró de convertirse en vino, no para admirar algún animal salvaje, al que pueden ver en libertad en sus desiertos, sino para aplaudir á los artistas, un atleta y dos clowns, y á todas las demás maravillas del circo, que son consideradas por los indios como prodigios de magia realizados por los espíritus y propios de seres sobrenaturales.

La llegada del circo hace que acudan no solamente los habitantes de las colonias y haciendas próximas, sino también los de ciudades limítrofes como Westminster, Orange y Los Nietos, que se reúnen con tal motivo en Anaheim.

En tales ocasiones, la calle de «Pomeranza» es un continuo ir y venir de vehículos grandes y pequeños, hasta el punto de hacerse imposible el andar á pie. Las jóvenes y graciosas *misses* pasan en coche, riendo y charlando, al galope de sus caballos. Las *señoritas* (1) españolas lanzan miradas apasionadas al través de sus velillos, mientras que las señoras de

---

(1) En castellano en el original.

las comarcas vecinas circulan orgullosamente del brazo de sus maridos, bronceados por el sol, cuyo único adorno consiste en los cabellos ralos y en ciertas camisetas de lana, sujetas por corchetes, y sin corbata.

Toda esta gente se saluda al pasar con frases corteses, y después se mira de reojo si es *very fashionable*, criticándose recíprocamente.

Por entre los carruajes de las señoras, engalanados con flores, circulan, cabalgando, jóvenes de cabellos largos, que, desde lo alto de sus sillas mejicanas, dirigen ojeadas á las muchachas. Los caballos, medio salvajes todavía, avanzan entre aquella insólita batahola, y dando resoplidos, con las narices dilatadas, tratan de abrirse paso, pero la firme mano del jinete los contiene sin gran esfuerzo y refrena sus impaciencias.

Todos hablan de la *greatest attraction* y del programa del espectáculo, que ha de aventajar en lujo y amenidad á todas las anteriores representaciones; innumerables prospectos anuncian verdaderas maravillas. «El director Hirsch en persona, provisto solamente de su látigo, se defenderá de los ataques del más fiero león del Sahara; pero ese látigo, en manos del gran domador, punzará como una hoja de acero, brillará como una antorcha, y, retumbando como el trueno, dominará á la bestia enfurecida, la cual habrá de someterse dócilmente á la voluntad del amo.» No es esto todo. «Un joven de diez y seis años, llamado Orso, el *Hércules americano*, hijo de un blanco y de una india, llevará seis hombres, tres en cada brazo, y la dirección concederá un premio de cien dollars á quien logre vencerle en la lucha, sea un blanco ó sea un negro.»

Se dice que de los montes de San Bernardo ha venido expresamente un tal Gryzli-Killer, célebre matador de osos, para medir sus fuerzas con el atleta; lo pintan como hombre de extraordinario valor, y se cuenta que él solo, armado de cuchillo y hacha, sabe afrontar y matar al oso gris de California. Se confía en su victoria, y se sueña con la gloria y el honor que ha de proporcionar al país al mismo tiempo.

Otro número del programa despierta la curiosidad y excita las caprichosas cabecitas de la población femenina de Anaheim. Orso, el incomparable atleta, llevará en la punta de un palo, de treinta pies de altura, á la pequeña Jenny. La reputa el programa por la muchacha más hermosa que se haya visto desde la venida de Cristo hasta nuestros días, «una maravilla del mundo.» Jenny, á pesar de sus trece años, es la bella entre las bellas, y se entregará un premio de cien dollars á la joven, de cualquier raza que sea, que pueda rivalizar con la citada.

Al leerlo, las *misses* de Anaheim, altas y bajas, jóvenes y viejas, fruncen el ceño despreciativamente: no se sienten halagadas en manera alguna, y encuentran que sería muy poco «*ladylike*» (propio de señoras), tomar parte en semejante concurso. Pero no se puede faltar á la representación; la muchacha portento debe ser vista, porque ninguna de las señoras que pasean por las calles de Anaheim cree en tal belleza, la cual, seguramente, no podrá sostener la comparación con las hermanas Bimpa.

Estas, entre tanto, Refugio, la mayor, y Mercedes, la menor, pasean en su *buggy*, leen con negligencia el programa y parece que no se fijan en que todas las miradas de Anaheim se dirigen hacia ellas, para que salven con el prestigio de su belleza el honor amenazado de California.

¡Y en verdad que son bellas! No en balde corre por sus venas la pura sangre de Castilla. Flexibles y elegantes, sus movimientos rebosan gracia y evocan impresiones de extraños deseos.

Son tan bellas como encantadoras; las líneas de su rostro son purísimas; la piel es transparente y matizada por un color rosado que recuerda la transparencia de la aurora. Las cejas son largas y negras como los ojos á los que sirven de corona, y la mirada límpida é infantil está llena de ternura. Con sus muselinas perfumadas, pasean en su *buggy*, ornado de flores, sin reparar en que todo Anaheim las contempla con admira-



ción. ¿Cómo será, pues, aquella Jenny para poder superarlas? Ciertamente es que la *Saturday Weekly Review* ha escrito: «Cuando la pequeña Jenny se apoya en la punta del palo que Orso sostiene, y extiende los brazos con peligro de la vida para simular la mariposa, reina en el Circo un silencio profundo, y no solamente se fijan en ella todas las miradas de los espectadores, sino también todos los corazones, los cuales siguen con atención llena de ansiedad los movimientos de aquella niña maravillosa. Quien la vea, aunque no sea más que una vez, en el espacio ó sobre aquel palo ó corriendo á caballo, no la olvida ya, porque ni el mismo Mister Harwey de San Francisco, el primer pintor del mundo, que ha decorado el Hotel Palacio, podría reproducir tan maravilloso modelo.

La juventud poco crédula de Anaheim, y enamorada de las perfecciones de las hermanas Bimpa, asegura que todo esto es farsa: pero de todos modos, la representación de la noche habrá de comprobarlo.

La multitud aumenta sin cesar en torno del Circo: dentro, al otro lado de la tela, resuenan los rugidos del león y los de otras fieras. En la parte de afuera los papagayos lanzan gritos estridentes, y los monos hacen piruetas y juegan con el público, el cual está contenido á cierta distancia por una cuerda que da vuelta al edificio.

Por último, he aquí que sale por la puerta principal un gran cortejo destinado á seguir excitando la curiosidad del público. Los hombres deberán quedar petrificados ante tanta maravilla, así lo ha dicho y así lo quiere el señor director Hirsch.

Abre la marcha una carroza de extraordinaria magnificencia, tirada por seis caballos empenachados; los cocheros visten como los postillones franceses. Sobre las carrozas van las jaulas de los leones, y sentadas, una á cada lado, dos *ladies*, con un ramo de oliva en la mano. Inmediatamente detrás viene el elefante, sobre cuyo lomo, cubierto con un tapete, se alza una torre erizada de puntas. Oyense sonos de trompa, redobles de

tambor, chasquidos de látigo, y dominándolo todo, los rugidos de las fieras; en suma, se trata de todo el cortejo que avanza con el mayor fausto. Pero todavía no está satisfecho el director, y lo hace seguir de una enorme máquina provista de un tubo, que pone en movimiento un instrumento musical que, entre bufidos de vapor, emite nuevos y extraños sonidos. Es una música infernal, y el himno nacional *Yankee Doodle*, resuena entre el entusiasmo de la multitud, en medio de exclamaciones y gritos ensordecedores. Los americanos prorrumpan en *hurrahs*, los alemanes en *hochs*, los mejicanos en «vivas» y los indígenas aullan y chillan, como animales salvajes picados por insectos.

La muchedumbre marcha en pos del cortejo, y la plaza donde se halla el circo se queda desierta y tranquila; los papagayos cesan de chillar y los monos de moverse.

*The greatest attraction* no forma parte del cortejo: ni el domador incomparable con su látigo, ni Orso, el luchador famoso, ni Jenny, la *Diosa del Aire*, se dejan ver aún; se presentarán como maravillas en la representación de la noche.

Mientras tanto, el director lo inspecciona todo, enfadándose y rabiando por cualquier cosa.

Orso y Jenny ensayan en el circo. Bajo el gran techo de lona reina una calma y una obscuridad profunda: allá, en el fondo, donde los asientos tocan con el techo, la carencia de luces absoluta; la parte menos sombría es la pista, en aquellos puntos en que las aberturas del telón dejan pasar la claridad. En la penumbra, al lado de un trapecio, se vislumbra un caballo: en las proximidades no se ve á nadie. El animal, de ancha grupa, parece aburrirse, y con la cola espanta lentamente á las moscas, mientras menea la cabeza en todas direcciones, tanto como se lo permiten las bridas. En cuanto la vista se ha habituado á la obscuridad, se ven otros objetos: la percha de Jenny caída en la arena, y aquí y allí algunos aros de papel de colores destinados á los saltos, todo en gran desorden, así que el local parece una casa abandonada ha largo

tiempo por sus moradores, en la cual están cerradas las maderas de las ventanas. Las banquetas, semi-iluminadas por aquella luz blanquecina, y hacinadas en montón unas sobre otras, parecen escombros de ruinas; y ni el caballo, que en este momento tiene la cabeza baja, logra dar vida á semejante soledad. Sin embargo, el sol, pasando al través de un intersticio de la lona, ilumina un grupo: Orso y Jenny. El primero está sentado más en alto que la segunda, la cual apoya su bellísima cabecita en el hombro de aquél, le rodea el cuello con los brazos, y le mira al rostro fijamente: Jenny escucha con profunda atención lo que Orso le dice inclinándose suavemente.

Al verlos tan estrechamente enlazados se les hubiera creído dos enamorados, si la piernecilla de la damita, cuyo pie no llega al suelo, no se moviese de manera hartó infantil, y si su rostro, con los ojos muy fijos en los de su compañero, no revelase en vez de amor, una atención profunda.

Jenny es aún una niña, pero tan bella, que ni el mismo señor Harvey de San Francisco soñó jamás con una igual, en su fantasía de artista y de pintor. Jenny tiene cara de angelillo, y sus azules ojos miran con dulzura, intensamente, con expresión llena de ingenuidad; las cejas dibujan un arco perfecto en la frente blanca y purísima, sobre la cual descenden en ondas caprichosas los cabellos rubios.

La jovencilla evoca la imagen de una Margarita ó de una Cenicienta: hay en ella algo que expresa timidez, temor, necesidad inconsciente de una fuerza que la proteja. Es una figura ideal en un circo de saltimbanquis. Lleva por toda gala una faldita recamada de estrellas de plata, tan corta que deja ver las rodillas, y un jubón de color de rosa.

El sol en su marcha llega á iluminarla; y en este momento, bañada así por los rayos de oro, linda y delicada, ofrece un contraste más fuerte aún con las formas vigorosas y robustas de Orso.

El joven viste mallas de color de carne, lo que hace que

desde lejos parezca que está desnudo. El sol que alumbra á la niña ilumina también las espaldas del mozo, que son anchas y desproporcionadas; el pecho tiene excesivo desarrollo, y las piernas son cortas en relación al busto. Los vigorosos miembros carecen de gracia: Orso tiene todas las cualidades de un atleta de circo, y es todo en él tan excesivo que parece una caricatura. Es feo. Cuando levanta la cabeza, deja ver las líneas regulares de su rostro, demasiado regulares tal vez, pero duras como trazadas en hielo. La frente es pequeña; los cabellos negros como el ébano, hirsutos, probablemente una herencia de la madre, caen hasta la nariz y dan á todo el rostro una expresión sombría, casi amenazadora. Tiene algo del búfalo y del oso juntamente: da la impresión de una fuerza extraordinaria, pero mala. Y de hecho no es bueno. Hasta los animales parece que lo conocen, pues los caballos cuando Jenny pasa cerca de ellos, vuelven la cabeza, la miran con sus ojos inteligentes y relinchan de placer como si le preguntaran: «*¿How do you do, darling?*» (¿Cómo estás, querida?), y en cambio, cuando pasa Orso, tiemblan amedrentados. Es de un carácter tétrito y sombrío. Los negros del señor Hirsch, que cuidan de los caballos y hacen de clonws y de comparsas, le odian, y no dejan pasar ocasión de demostrarle todo su desprecio, por ser mestizo. El señor Hirsch, que en verdad no arriesga gran cosa ofreciendo cien dollars á quien logre vencer á Orso en la lucha, le desprecia, pero le teme, y á modo del domador que contiene á las fieras, le pega á cada momento. Y lo hace con lógica, porque el bueno del señor Hirsch piensa que, si no le pegara, Orso le pegaría á él, y es además de parecer que, si el zurrarle es un castigo, el no tocarle es ya una recompensa. Sin embargo, de algún tiempo á esta parte el pobre atleta está algo cambiado: á saber, desde que conoció á Jenny y la amó con toda su alma.

Un año antes Orso, que estaba encargado de limpiar las jaulas, fue herido por un jaguar que le dió un zarpazo al través de los barrotes. El atleta, entonces, penetró en la jaula y

entabló una lucha, de la que resultó él con vida y muerta la fiera. Pero Orso salió bastante mal librado, y los maliciosos murmuraron que no contribuyeron poco los golpes que recibió del director Hirsch, furioso por la muerte de la fiera.

Durante la enfermedad de Orso, Jenny estuvo siempre á su lado; y á falta de medicamentos le curó las heridas con vendas y agua pura, empleando los mometos de libertad en leerle la Biblia, ese *santo libro* que, hablando sólo de amor, de piedad y de perdón, era completamente desconocido del señor Hirsch y de todo aquel mundo de farsantes y saltimbanquis. Jenny lo había heredado de su madre y lo llevaba siempre consigo; y Orso á fuerza de dar vueltas á su cerebro rudo de indio para comprenderlo, escuchando atentamente, había llegado al convencimiento de que él no sería tan malo, si la vida del circo se acomodase á lo que enseñaba aquel «buen libro». «Si fuese así—pensaba,—no me hubieran pegado constantemente, y tal vez alguno me hubiese querido bien. Pero aquí nadie me ama, ni el señor Hirsch, ni los negros ciertamente; tan sólo quizá la pequeña Jenny.» Y la voz de la niña resonaba en sus oídos, dulce como una melodía.

Así fue como una noche, llorando amargamente, le besó las manecitas, y empezó á amarla con todo su corazón.

En adelante, cuando Jenny se agarraba al caballo lanzado á todo galope por la pista, el seguía con ansiedad todos los movimientos, sonriéndole y animándola cuando le ponía el aro para los saltos. Y después, mientras la paseaba sostenida en la punta del palo, al compás de la canción «¡Ah! la muerte está cerca», palidecía de terror. Y es que sabía perfectamente que si aquella pequeñuela se cayera, no habría ya nadie en el circo que le recordara el «buen libro»; y su angustia era tan viva y tan visible, que trascendía á los espectadores. Y cuando, en unión de Jenny, volvía á la pista llamado por los aplausos, la empujaba adelante para que recibiera los honores del triunfo, gruñendo de satisfacción cuando eran más entusiastas los aplausos que á ella se dirigían.

Así, taciturno como era, no hablaba más que con ella, y le abría todo su corazón. Lleno de desprecio hacia la gente del circo y hacia el señor Hirsch, que se parecían harto poco á los hombres del «santo libro», se inclinaba inconscientemente á soñar con la soledad, con la vida en los bosques y en los desiertos. Cuando el circo pasaba en sus peregrinaciones por los campos y lugares inhabitados, sentía despertarse en él los instintos de la Naturaleza, como lobo que, nacido en una jaula, le ponen en libertad en los bosques por la primera vez.

Entonces refería á Jenny sus deseos y le enseñaba la vida del desierto, que en parte adivinaba y de la cual había oído hablar alguna vez á los indios, cuando venían al circo para ofrecer al señor Hirsch las fieras capturadas ó para medir sus fuerzas en la lucha.

La pequeñuela escuchaba atenta con los ojos fijos en los de él. ¡Oh! ¡le agradaría tanto seguirle al desierto: pasaría el tiempo de una manera tan alegre, siempre á la ventura y cuidándose todos los días de hallar un nuevo albergue!

De esta suerte, sentados juntos, iluminados por un rayo de sol, charlan en vez de ensayar nuevas cabriolas: el caballo continúa aburriéndose solo en medio del circo.

La pequeñuela Jenny, apoyada en el hombro de Orso, con los ojos muy abiertos, piensa; en su cabecita bullen las imágenes de aquella nueva vida; de cuando en cuando hace alguna pregunta; finalmente, quiere saber cómo se vive en aquellos lugares.

—Hay bosques, árboles—responde Orso—se cortan con el hacha y se construye una cabaña.

—Well (bien),—dice Jenny, ¿Pero, y entre tanto?

—Siempre hace calor allí—replica Orso con dulzura.—Gryzli-Killer dice que siempre hace calor.

Las piernas de Jenny se mueven más aprisa, como en señal de satisfacción; está contenta porque hace calor. Después se pone pensativa. En el circo es dueña de un perro y de una gata, propiedad exclusiva suya. Les llama «señor perro» y

«señora gata», y desearía estar también segura de su suerte.

—¿Pueden venir con nosotros el «señor perro» y «la señora gata?»—preguntó.

—Ciertamente—responde Orso gruñendo de satisfacción. Y llevaremos también el «santo libro»—añadió con mayor contento aún.

—Well—dice la niña.—Y la «señora gata» cogerá pájaros, y «el señor perro» ladrará cuando vea alguno que quiera hacer daño; tú serás el marido, yo la mujer, y aquellos nuestros pequeños.

Orso es tan dichoso que no puede articular una palabra, y Jenny continúa diciendo: ¡Y dejaremos de ver al Sr. Hirsch, y también el circo, y no trabajaremos! Sin embargo—añadió después de un momento:—el «santo libro» dice que el hombre debe trabajar; y así yo trataré de saltar por dos, tres ó cuatro aros para no olvidarlo.

Jenny no ha concebido jamás que pueda haber otro «trabajo» distinto del que representa hacer ejercicios en la cuerda ó en el trapecio. ¡Pobre niña!

Como jamás ha pensado en los peligros á que se expone diariamente, puesto que á ellos se ha acostumbrado con los años, no tiene la más remota idea de los sufrimientos que á muchos cuesta un pedazo de pan. Tras unos instantes de silencio preguntó:

—Dime, Orso, ¿y yo permaneceré siempre contigo?

—Desde luego, monina mía, porque te quiero mucho.—Y su rostro se pone tan radiante, que casi parece hermoso.

Ni él mismo sabe siquiera todo el amor que experimenta hacia la rubia niña: es el afecto del perro al amo; solamente ella existe para él en el mundo.

—¡Chiquita mía!—exclama después de un momento.—Escúchame, todavía tengo que decirte algo.

Jenny, que se había levantado y se dirigía ya hacia el caballo, vuelve y se arrodilla ante Orso: teme que se le escape la menor palabra de aquel, en cuyas piernas apoya los codos, y

con el rostro sostenido por las manecitas, se dispone á escucharle atentamente.

Precisamente en este momento entró en el circo el director con el látigo en la mano, y muy furioso porque no le ha salido bien el ensayo con el león.

La fiera, debilitada por los años, que casi la han dejado sin melena, y no pidiendo otra cosa sino que la dejen en paz, no ha querido aceptar la lucha en manera alguna. Refugiándose en un ángulo de la jaula para escapar al látigo, no ha vuelto á menearse de su sitio. ¿Cómo va á ser posible lucirse luego en la representación si se mantiene en aquel estado de docilidad desesperante?

El mal humor del señor Hirsch ha subido de punto al saber que la mayor parte de los indígenas se ha bebido todo el dinero. El negro que está encargado de la taquilla ha manifestado que aquellos se agolpan en torno del despacho en demanda de billetes; pero que en lugar de dinero ofrecen prendas de vestir, mantas viejas y raídas en su mayoría. Tal carencia de dinero causa la desesperación del director, que había contado con la venta de todas las localidades; desearía en estos momentos reunir en montón á todos los indígenas, y dar una representación de latigazos sobre los lomos de aquellos á la vista de todo Anaheim. Lleno de ira entra en el circo, y lo primero que salta á su vista es el caballo inmóvil, completamente ocioso al lado del trapecio.

«¿Y Orso y Jenny?» se pregunta: se pone una mano sobre los ojos á manera de pantalla para resguardarse de la luz que le hiere de frente, y dirige una mirada escrutadora al fondo del Circo. Al fin descubre á Orso y á Jenny, que apoyada en las rodillas del atleta le escucha con atención. Ante semejante espectáculo queda casi paralizado por la rabia, se le cae el látigo, y...

—¡Orso!—exclama furibundo.

El estampido del trueno retumbando en el Circo no hubiera aterrorizado más á los dos pobres muchachos. Orso se pone



en pie y acude con la rapidez del perro llamado por la voz del amo, seguido de cerca por la pequeña Jenny, que corre con los ojos extraviados y agarrándose á los bancos para no caerse.

Cuando Orso llega al medio del Circo, junto al trapecio, se detiene silencioso al encontrarse fuera de las tinieblas. Ahora que está en plena luz, se ve lo colosal de su busto hercúleo, erguido sobre piernas demasiado cortas.

—Más cerca, ruge el director, mientras con afectada calma traza líneas en la arena con la punta del látigo, como tigre que agita la cola antes de lanzarse sobre su presa. Orso da algunos pasos hacia adelante, y el domador hace otro tanto; frente á frente, amo y esclavo, se miran con fijeza como si quisieran medir sus fuerzas. El señor Hirsch ofrece verdaderamente el aspecto del domador que, una vez franqueado el umbral de la jaula, se dispone á comenzar la lucha con la fiera. Quisiera apoderarse de ella, pero la sigue en todos sus movimientos con la mirada, pues la desprecia, pero la teme. Por fin, la rabia que ha estado contenida domina á todas las demás sensaciones. Sus piernas, metidas en los pantalones de cuero, se agitan nerviosamente, y toda la ira acumulada por tantos motivos apréstase á estallar contra aquellos dos pobres seres, cuyo ocio no es la única causa del descontento.

Allí, entre los bancos, permanece Jenny, sola, temblando de miedo, como el cabrito que presencia los topetazos de dos búfalos.

—¡Canalla!—ruge el director; y el látigo, después de describir un gran arco, cae rudamente sobre el joven con la rapidez del relámpago. Orso no exhala un quejido, y, erguido, avanza con altivez; pero al primer golpe siguen tres, cuatro, diez, crueles, continuos. La representación ha comenzado, con la sola diferencia de que el director, en lugar del león, tiene ante sí al muchacho, al que no cesa de castigar á latigazo limpio, que repercuten en el silencio desconsolador del circo.

Ya por dos veces, la bolita de plomo que lleva el látigo ha

hecho que la sangre brote en las espaldas de Orso; pero éste permanece mudo, y continúa avanzando pausadamente, á medida que el director retrocede.

Se conduce el último como el domador que busca la salida de la jaula y se apresura á desaparecer en cuanto encuentra la portezuela secreta. Pero de repente se para: se ha fijado en Jenny.

—¡Pronto, arriba!—exclama.—¡A caballo! Después arreglaremos cuentas.

No bien se oyó esta voz, cuando voló por los aires la blanca faldita de Jenny, y, con rara habilidad y desenvoltura, saltó la niña sobre la silla del caballo. El director desapareció tras el telón, y el animal comenzó á galopar en torno de la pista.

—¡Hop, hop!—gritaba la débil vocecita de Jenny.

—¡Hop, hop!—y el grito resonaba en los aires como un sollozo reprimido. El caballo corría cada vez más; oíase el eco de los cascos golpeando en la arena, tendía el cuello y se inclinaba hacia un lado. La pequeñuela, con los piecitos juntos, parecía apenas tocar la silla. Con los brazos desnudos y rosados, que agitaba con movimientos regulares para conservar el equilibrio, con los cabellos y los pliegues de la falda agitados por el viento, parecía un pajarillo que volara por los aires.

—¡Hop, hop!—gritó una vez más, pero después se echó á llorar; y las lágrimas, contenidas hasta entonces á duras penas, corrieron por las mejillas, ofuscándole la vista y obligándole á inclinar la cabeza para poder ver. El movimiento del caballo, que seguía corriendo, la mareaba; la pista, los telones y todo el circo, comenzaron á girar ante sus ojos. Vaciló una vez, dos, y al fin cayó en los brazos de Orso, que la había seguido con atención en todos sus inseguros movimientos.

—¡Orso! ¡Pobre Orso!—exclamó la niña, sollozando.

—¿Qué te pasa, chiquita mía?—murmuró el joven.—¿Por qué lloras? ¡No te pongas así! ¡Si no me duele; no, no me duele!

Jenny le echó los brazos al cuello y le besó en las mejillas. Todo su cuerpecito temblaba en las convulsiones de los sollozos: no podía tenerse; había sufrido demasiado.

—¡Orso, Orso!—eran las únicas palabras que podía articular, mientras le enlazaba con sus brazos. Y seguía repitiendo aquel nombre, y lloraba como si le hubieran pegado á ella.

Por fin, á fuerza de caricias, Orso consiguió calmarla, y, olvidándose del propio dolor, la estrechó contra su corazón: por la primera vez, en la inmensa excitación de sus nervios, comprendía que la amaba, no con el afecto del perro, ¡oh, no!, sino de una manera muy distinta.

Respiraba anhelosamente.

—No sufro ningún dolor cuando estás conmigo... — balbuceó al fin trémulo, — me encuentro bien... ¡Jenny..., querida Jenny!

Entretanto el director, lleno de rabia, andaba de un lado á otro por las cuadras. Su corazón estaba atarazado por los celos. Comenzaba á estar apasionado por Jenny; la había visto de rodillas ante Orso, y, como era vicioso, no le cabía duda de que existían relaciones amorosas entre los dos muchachos. Experimentaba el deseo de pegarle bárbaramente; le era imposible resistir; necesitaba vengarse. Pasados unos instantes la llamó.

La niña se apartó más que de prisa de los brazos de Orso, y desapareció por el oscuro pasadizo de las cuadras, mientras que el joven, una vez solo, acercó un banco y se arrojó en él, contraído por el dolor.

Entre tanto Jenny había penetrado en las cuadras; pero al pronto no vió á nadie, pues en aquel lugar la obscuridad era más densa que en el circo. Andaba despacio, sobrecogida por el terror; después, temiendo que su tardanza irritase aun más al amo:

—Aquí estoy, — dijo, hablando lentamente, — estoy aquí.

En este instante se sintió coger fuertemente por la mano del director, el cual le decía con voz ronca:

—¡Ven!

Si el director hubiera gritado ó blasfemado, la niña no se hubiese aterrado tanto como ante ese silencio inesperado. La condujo, empujándola, á un local que servía de guardarropa en el circo.

Jenny trataba de librarse repitiendo:

— Señor Hirsch. Mi querido, mi buen señor Hirsch, déjeme, no volveré á ser pere...

Iba á decir perezosa; pero el director no la dejó concluir; la metió á viva fuerza en un cuarto, donde se guardaban los trajes de los artistas, y cerró la puerta por dentro. La niña entonces se puso de rodillas, juntó las manos, y, temblando como la hoja de un árbol, imploró perdón. Pero el director permaneció impasible, cogió después un látigo que colgaba de un clavo, agarró aquel pobre cuerpecillo por la cintura, lo echó sobre un montón de ropa colocado en una mesa, sujetó con una mano los piececillos que se defendían, y... resonó el primer golpe.

— ¡Orso, Orso! — gritó la niña.

En aquel momento la puerta sacudida retembló sobre sus goznes, se oyó un crujido como de planchas que se desgajan, y al través de la brecha apareció Orso. Se escapó el látigo de la mano del director, el cual se puso blanco como la cera. El aspecto de Orso era terrible. Con los ojos inyectados en sangre, con la boca arrojando baba, con la cabeza echada hacia adelante, recordaba al búfalo que se apresta á la lucha.

— ¡Fuera! — rugió el director, tratando de ocultar el terror que le invadía con un último esfuerzo de severidad.

Pero la rabia de Orso había hecho explosión. En este momento no había freno que contuviese al que en toda otra ocasión conservara la docilidad del perro. Se inclinó aún más y alargó hacia el director el brazo musculoso con la mano abierta.

— ¡Socorro, socorro! — exclamó Hirsch.

Oyéronse los gritos.

Cuatro negros gigantesos aparecieron en la puerta, y se arrojaron sobre el atleta.

Entonces se entabló una lucha terrible, que el director seguía con ansia, castañeteándole medrosamente los dientes. Durante unos segundos, no se vió más que un hacinamiento de cuerpos y de miembros que se agitaban, rechazándose y entrechocándose. Después, un silencio profundo no interrumpido más que por un rumor anheloso de gemidos y de lamentos.

Luego se vió á un negro, levantado en alto, agitarse con los brazos abiertos en el espacio, y caer pesadamente, con un ruido seco, al lado del director; al primero siguió otro, y por último, á Orso, que apretaba entre sus musculosas piernas á los otros dos negros, lleno de sangre, con los cabellos descompuestos, más fiero y más terrible que nunca. Después nuevos golpes, nuevos apretones, y los dos negros yacieron también por tierra sin sentido. Entonces Orso se enderezó, y avanzó tranquilo hacia el director.

Este cerró los ojos antes de que el atleta se le hubiera aproximado..... Un segundo después, se sintió levantado; sus pies se agitaban en el vacío, alguien le lanzaba lejos..... luego nada; pegó en la puerta con la cabeza y perdió el conocimiento.

Orso se enjugó el sudor, se aproximó á Jenny y le dijo sencillamente:

—¡Vamos!

La cogió de la mano, y la condujo afuera.

La ciudad seguía de fiesta, y el pueblo continuaba yendo en pos del gran cortejo del circo, acompañando con rugidos de alegría la canción *Yankee Doodle*. Por eso no se veía á nadie en torno de la barraca: sólo los papagayos y los monos jugando con la cola, se pusieron á chillar desaforadamente á la vista de Orso y de Jenny que, cogidos de la mano, se alejaban más que de prisa, sin dirección, deseosos de libertad, hacia el desierto infinito. Pasando silenciosos ante las casas som-

breadas por los eucaliptus, llegaron al límite de la villa, saltaron un foso, atravesaron un bosquecillo de naranjos, y se encontraron entre matorrales de cactus. Allí comenzaba el desierto.

Hasta donde podía alcanzar la mirada, se extendían zarzas y matorrales que hacían difícil el camino, y desgarraban la mísera faldita de Jenny; á veces los cactus se erguían tan altos, que casi formaban una intrincada selva; pero hasta allí nadie se hubiera lanzado á buscarles. Entonces buscaban por uno y otro lado alguna salida, pero siempre avanzando, adelante, lejos de la ciudad, de las tristezas y de los dolores sufridos. Allí donde las plantas eran más bajas, podían descubrirse los montes de San Bernardo con reflejos azulados. El calor era sofocante: las anchas hojas de los cactus parecían doblarse bajo el peso del bochorno, y las flores languidecían en sus tallos. Los pajarillos piaban entre los matorrales, y la tierra, bajo los ígneos rayos del sol, se abría resquebrajándose.

Con la cabeza baja, pensativos, los dos muchachos continuaban avanzando: todo cuanto les rodeaba era nuevo para ellos, y abandonándose á aquellas primitivas impresiones, se olvidaban de la lucha de hacía pocos minutos, y hasta de su cansancio.

Jenny miraba en derredor con inquietud, escuchaba y sólo de cuando en cuando se aventuraba á preguntar á su compañero con voz que parecía un susurro:

—¿Es este el desierto?

Y el desierto no era mudo: se oía el gorjeo de los pájaros, el zumbido de los insectos; y todos los diversos rumores de los menudos habitantes de los matorrales, eran nuevos á los oídos de Jenny.

Aquí y allí veíase una banda de perdices que alzaba el vuelo, una negra ardilla que corría á ocultarse en su manida, liebres y conejos que asustados por el eco de los pasos, se escapaban, apresuradamente, á sus madrigueras, mientras que, en cambio, algunos topos tranquilamente acomodados ante sus

cuevas con las patas levantadas miraban maravillados, como honrados burgueses sentados ante sus casas.

Tras un breve descanso, los dos niños se pusieron nuevamente en marcha: Jenny tenía sed, y Orso, que había heredado de su madre la habilidad y el ingenio del indio, conseguía satisfacerla con los frutos de cactus, que crecían de una manera maravillosa al lado de las flores. Cierto es que al cogerlos se pinchaba con las espinas largas y punzantes; pero esto parecía servir para que les fuesen más apetitosos, y aquel sabor agridulce les quitaba la sed y les satisfacía; el desierto les protegía como una madre amorosa, y ya menos estenuados podían proseguir su camino. Llegados á un montículo poco elevado echaron una mirada en rededor; las casas y las cabañas de Anaheim aparecían en lontananza tan bajas y pequeñas, que presentaban el aspecto de un hormiguero ó de un matorral de cactus. Del circo ni siquiera trazas.

Siguieron caminando aún algunas horas hacia los montes que ya se dibujaban más distintamente en el horizonte: también cambiaba de aspecto la Naturaleza. Tras los matorrales se sucedían los arbustos y aquí y allí se alzaba también algún árbol. Los dos jóvenes penetraron en la parte más espesa del bosque, dirigiéndose hacia Santa Ana. Orso arrancó una rama de un árbol, le quitó las hojas y se hizo un bastón que, en caso de necesidad, podía convertirse, en sus manos, en una arma terrible. Se lo había sugerido el instinto indio, especialmente ahora que el sol iba á desaparecer. Antes de sepultarse en el Océano, el astro del día hizo que Anaheim apareciese como un enorme globo de fuego. Algunos minutos después desapareció todo aquel esplendor y no quedaron más que algunos reflejos de oro, esparciéndose como brillantes meteoros por el cielo de turquesa.

Entre aquellos resplandores, los montes parecían más altos, y los matorrales de cactus presentaban en el crepúsculo el aspecto de hombres y de fieras.

Sin embargo, Jenny empezaba á sentirse cansada; tenía

sueño, pero continuaba avanzando valerosamente hacia los montes de un modo casi inconsciente.

Más adelante notaron humedad y á poco hallaron un manantial del que brotaba agua fresquísima; ambos bebieron con avidez y prosiguieron su camino siguiendo el curso del riachuelo. La senda por la que marchaban era estrecha. Se habían extinguido todos los resplandores, en derredor la obscuridad era absoluta. Las lianas, entrelazándose, cubrían el camino con un toldo de verdura, y de toda aquella lujuriantes vegetación brotaban rumores indistintos y ruidos misteriosos.

Orso comprendió que debían hallarse en un lugar donde tenían su guarida las fieras y las aves de rapiña; se oía con claridad el aullido del lobo cervero y el del jaguar.

—¿Tienes miedo, chiquita mía?—dijo.

—No—respondió Jenny.

Pero estaba demasiado cansada y no podía andar más.

Orso la cogió en brazos: le sostenía la esperanza de encontrar algún hogar ó algún campamento de mejicanos. A cada momento le parecía ver fijos en él los brillantes ojos de una fiera. Entonces estrechaba á Jenny, que se había ya dormido, contra su pecho, y blandía el bastón, pronto al combate. Pero poco á poco se sentía invadido por el cansancio; á pesar de sus fuerzas prodigiosas, Jenny le pesaba cada vez más, y con mayor motivo por llevarla en el brazo izquierdo con objeto de tener el derecho libre para la defensa. Respiraba anhelosamente, á menudo veíase obligado á detenerse para cobrar alientos, le tambaleaban las piernas amenazándole con no poder continuar. Y sin embargo, andaba, seguía andando, ante el temor de sentarse y de dormirse; pues en tal caso hubiera tenido la seguridad de ser devorado, en unión de Jenny, por alguna fiera. De repente se detuvo; le parecía escuchar el tintineo seco de una campanilla que los pastores cuelgan durante la noche á los corderos y á las cabras para que no se descarrien.



Se puso en marcha con nuevos bríos, corriendo, hasta que llegó al fin al sendero donde el riachuelo torcía, dirigiéndose por ancho camino; el son que creyó oír confusamente lo percibía ahora con claridad; no tardó en oír hasta el ladrido del perro. Ya no había duda, debía encontrarse cerca de una choza de pastores. Y ya era tiempo, porque las fuerzas, después de tantas fatigas, le abandonaban.

A los pocos pasos divisó una luz: llegó á poder distinguir los objetos. A corta distancia ardía una hoguera, y cerca había un perro que ladraba furioso, sujeto por la cadena á una estaca; por último, vió también á un hombre apoyado en una piedra.

¡Oh! ¡Si se pareciese á los del «santo libro» de Jenny! Y se decidió á despertar á la niña.

—Querida, despiértate—dijo—ahora tenemos que comer.

—¿Qué pasa?—preguntó ella medio dormida.—¿Dónde estamos, Orso?

—En el desierto—replicó él.

Jenny se despertó por completo.

—¿Qué es aquella luz?

—Allí hay un hombre y nos dará de comer.

¡Qué hambriento estaba el pobre Orso!

Entre tanto se habían acercado á la hoguera: el perro ladraba cada vez con más furia, y el hombre se había puesto una mano ante los ojos para ver.

—¿Quién va?—preguntó.

—Somos nosotros—respondió Jenny con su débil vocisita—y tenemos mucha hambre.

—Acercaos—replicó el viejo.

Avanzaron hasta llegar al círculo iluminado por el resplandor del fuego, y el aspecto de aquella niña le pareció al viejo tan extraño y maravilloso, que la miró estúpidamente y se puso en pie exclamando:

—*¿What is that?* (¿qué es esto?)

Lo que veía debía ser tan nuevo para un pobre habitante

de aquellas desiertas regiones, que justificaba todo su estupor.

Orso y Jenny llevaban puestos sus trajes de saltimbanquis.

La niña, con la faldilla corta, aparecía á la rojiza luz de aquella hoguera como la fantasía de un sueño, bellísima; detrás de ella, Orso, grande, desproporcionado, con las mallas de color de carne que daban mayor relieve á los músculos, y que ofrecía con la delicada niña un extraño contraste.

El viejo continuaba mirando con los ojos muy abiertos.

—Pero, ¿quiénes sois, pues?—preguntó al fin completamente maravillado.

Jenny comprendió en seguida que le tocaba responder en lugar de Orso, por ser más avispada, y dijo de un tirón:

—Venimos del circo, querido señor; el Sr. Hirsch ha pegado mucho al pobre Orso, y después quería pegarme á mí también: ciertamente, Orso no podía permitirlo, y entonces ha derribado al Sr. Hirsch y á cuatro negros por añadidura, y después hemos huído al desierto, y hemos caminado mucho por los campos de cactus. Después, yo me he dormido, y Orso me llevó en brazos, y hemos llegado aquí, y tenemos mucha hambre.

El rostro del viejo pastor pareció iluminarse, y sus ojos simpáticos se posaron benignamente sobre los recién venidos. Acarició paternalmente los cabellos de la niña que le había referido en tan pocas palabras sus sufrimientos y los de su compañero; después le preguntó:

—¿Cómo te llamas, pequeña?

—Jenny—respondió ella, ya tranquilizada.

—Pues bien, Jenny, que seas bienvenida—exclamó,—y también tú, Orso. En raras ocasiones veo hombres; acércate más, Jenny.

La niña no dió lugar á que se lo dijese dos veces: rodeó con sus bracitos el cuello del anciano y le besó de corazón. Se le había aparecido como un hombre del «santo libro».

—¿Y el Sr. Hirsch no nos vendrá á coger aquí?—exclamó después—retirándose de pronto, despavorida.

—Antes hallaría una paja—respondió el viejo;—luego añadió:—¿No has dicho que teníais hambre?

—¡Oh, mucha!

Entonces el pastor se dirigió hacia la hoguera, buscó entre la ceniza, y retiró una hermosa pierna de ciervo, cuyo perfume se esparció en rededor: al punto los tres se pusieron á comer.

La noche era espléndida, brillaba la luna en el cielo y el fuego chisporroteaba alegre. Orso gruñía de placer, y comía con Jenny ávidamente, mientras que el viejo había dejado de comer; mirando á Jenny, sus ojos se llenaban de lágrimas.

Tal vez había tenido una hija que lo abandonó para lanzarse al mundo, en tanto que él apenas veía hombres... tal vez había encontrado en Jenny una semejanza extraña... con una nietecilla querida, muerta hacía tiempo.

\*  
\* \*

Y desde aquella noche los tres vivieron siempre juntos.

ENRIQUE SIENKIEWICZ.

# LOS PLACERES EN CHINA

(CONCLUSIÓN)

## JUEGOS DE HABILIDAD

### LA PRESTIDIGITACIÓN

En China no tenemos teatros del género de Robert-Houdin. Así pues, el prestidigitador ha de trabajar siempre en las plazas públicas, como aquellos colegas suyos que vemos en París, en la feria de Neuilly. Cuando alguna familia da una fiesta, invita frecuentemente á un prestidigitador para que vaya á dar variedad con sus habilidades, siempre aplaudidas.

El acróbata, al mismo tiempo, cumple á maravilla con sus dos oficios. Es realmente estupenda la proverbial destreza de nuestros artistas en el citado género. Ábrese, en general, la sesión con ejercicios acrobáticos; después de haberse tragado sables, de hacer juegos malabares con pesas y realizar otros ejercicios del mismo género, el acróbata se transforma en mago. Se despoja de su túnica, la echa al suelo y pide á los espectadores que le digan el objeto que desean ver aparecer.

Se elige, como es natural, algo difícil, y el brujo comienza por hacer con los dedos extraños signos. En seguida se acerca á la túnica, le murmura en voz baja misteriosas palabras, la magnetiza con pases singulares, y, he aquí, que de repente la túnica se eleva y se alza paulatinamente; por fin, su dueño retira aquel telón movable y se ven aparecer, ya platos hu-

meantes, ya una gran vasija llena de agua en la que se agitan pececillos.

Yo he visto lo que jamás he acertado á explicarme, pero uno de mis amigos me ha referido cosas más estupendas.

Un día, en una de dichas fiestas, solicitó un prestidigitador del auditorio que designase lo que deseaba ver aparecer. Alguien pidió una calabaza. Al punto, el brujo hizo ademán de decir que la cosa era imposible con arreglo á la estación, pero ante las instancias del público, concluyó por ceder. En seguida cogió una pepita de calabaza y la puso en el suelo; después hizo acostar á su hijo, niño de cuatro ó cinco años, y le clavó un cuchillo en el cuello, como se sangra á una bestia. El mago recogió la sangre en una vasija y regó el lugar en donde acababa de plantar la pepita. Cubrió después el cadáver del niño y colocó una campana de madera en el suelo humedecido. Algundos minutos después, se vió á la semilla hender el suelo, germinar apresuradamente y florecer. Cayó la flor, apareció la calabaza y creció con extraordinaria rapidez. Cuando estuvo madura, el mago la arrancó del tallo, la presentó al público é hizo la cuestación. Después alzó el cobertor, bajo el que había colocado el cadáver, y el niño se levantó radiante, y, por supuesto, sin la menor herida. Y todo esto fue ejecutado con sorprendente limpieza.

Otro amigo mío, que volvía de Pekín, me dijo que había presenciado cosas más extraordinarias aún. Un día, después de terminados los concursos literarios, reuniéronse los candidatos para organizar algunas fiestas, é hicieron venir á una compañía de prestidigitadores. El director, después de varios juegos, preguntó á la sociedad si podía serle agradable ejecutando algo extraño: «¡Un melocotón!» exclamaron. Era el mes de Marzo, época en que aún no se había quebrantado el hielo, sobre todo en el Norte de China. «¡Un melocotón!» Esa es la única fruta que no es posible obtener, respondió el director. En esta estación no hay melocotones sino en los jardines del Paraíso.

—Hacedlos venir, puesto que tenéis el poder mágico.

Después de haber presentado algunas dificultades concluyó por acceder. Trenzó un rollo de cinta que arrojó al aire, y se vió surgir una escala, que se remontó á prodigiosa altura en el espacio. Un niño, al que colocó en los primeros tramos, trepó por ella con la agilidad de un mono y desapareció entre las nubes. Transcurridos algunos minutos, cayó del cielo un melocotón y en seguida otro. El mago los dividió y los presentó al público; eran verdaderamente melocotones. Todavía no se había deshecho el fruto en la boca de los asistentes cuando cayó al suelo otro objeto, tan redondo como los melocotones. ¡Horror! Era la cabeza del niño; vinieron después los brazos, las piernas y, por fin, el tronco. El brujo, llorando, recogió estos restos, y dijo que la concurrencia era la culpable de aquella muerte por sus exigencias imposibles; que los guardianes del Paraíso habían tomado al niño por un ladrón y le habían hecho pedazos. La asistencia, conmovida y entristecida por tan doloroso espectáculo, creyó realmente que había cometido un homicidio con sus exigencias, y deseó rescatar su involuntaria falta por medio de una suscripción generosa. Mientras tanto, el mago metió en la caja que siempre le acompañaba los miembros de su hijo. Cuando recibió el importe de la suscripción, abrió de nuevo la caja y dijo:

—Ven, hijo mío, á dar gracias á estos señores.—El pequeño gozaba de buena salud.

Para terminar el capítulo, voy á referir una escena de ventriloquia.

Ocurrió en una comida dada por un señor que se aburría mucho de ordinario: en ausencia de sus amigos, los mullidos cojines le parecían pelotas de agujas, y corazas las adornadas paredes. Hacía versos para distraerse. En cuanto llamaban á su puerta, ya estaba invitando á comer al visitante sin preguntarle siquiera su nombre.

Aquel día, en la mesa donde se reunían convidados improvisados, desconocidos todos entre sí, se trataba de saber cuál

era el sonido más agradable. Uno de los asistentes dijo: «El ruido de la lanzadera cuando teje, ó bien el de una lectura hecha por un niño.»

—No, no; es demasiado serio—dijo el anfitrión.

—Entonces el relincho de los caballos, ó un concierto de mujeres.

—No—dijo otro—es demasiado ruidoso.

—El ruido del ajedrez, jugado por damas.

—Tampoco; es demasiado monótono.

Un cuarto convidado vaciaba tranquilamente su vaso y guardaba silencio.

—Díganos, pues, vuestro parecer—le dijeron los demás.

—No tengo parecer que daros, pero os diré los sonidos que he escuchado en Pekin. Me parecen superiores á todos los demás, y eran producidos por un ventríloco. Estaba sentado tras un biombo, y allí no había más que una silla, una mesa, un abanico y una regla. Golpeó con la regla sobre la mesa para imponer silencio y todos se callaron.

De repente se oyó el ladrido de un perro, después el movimiento de una mujer, que, despertada por el bullicioso animal, sacudía á su marido para decirle ternezas. Creíase ya que se iba á asistir á una escena íntima entre los dos esposos, cuando vino á interrumpir aquellas expansiones el llanto de un niño. La mujer dió el pecho al pequeñuelo, que, mamando y todo, continuaba llorando; su madre trató de consolarle y después se levantó para mudarse. Otro niño mayorcito se despertó en otra cama, haciendo ruido; el padre le regaña; el pequeño sigue llorando sin dejar el pecho; la madre le mece.

De repente, el marido, la mujer y los niños se acuestan y se duermen. El marido ronca, la madre da golpecitos al niño cada vez menos fuertes; se oye el correteo de un ratón que tropieza contra un cacharro y lo tira; la mujer, dormida, tose. Oyense gritos ¡fuego, fuego! Ha sido el ratón que tiró la lamparilla y prendió fuego á las cortinas. El marido y la mujer gritan; los niños lloran; acuden miles de personas que vocife-

ran; millares de niños lloran; los perros ladran; las paredes se derrumban; se escuchan detonaciones; se cree asistir á una desbandada general. Llegan los bomberos, el agua corre á torrentes y silba contra el fuego. Había tanta realidad, que los asistentes se disponían á huir creyendo habérselas con un verdadero incendio, cuando se oyó un segundo golpe de la regla contra la mesa, y al espantoso tumulto sucedió el silencio más absoluto. Todos se precipitaron tras el biombo: allí no había más que el ventríloco, la mesa, la silla y la regla.

#### LA EVOCACIÓN DE LOS ESPÍRITUS

Aparte de sus placeres habituales, y para darles variedad, algunas personas que creen en los espíritus encuentran el medio de evocarlos. En todos los templos, y delante de cada uno de los dioses, se puede ver una caja de forma cilíndrica, que encierra una porción de toñas numeradas. Cuando se desea conocer el porvenir se va al templo, se queman cirios é incienso, y se arrodilla uno ante el dios con la caja en las manos; se formula en voz baja la pregunta, á la que ha de responder el dios, y en seguida se sacude suavemente la caja hasta que salga una toña por la abertura, se la recoge y se la coloca ante el dios; se cogen después dos hemisferios; la parte plana es *cruz*, la convexa *cara*; se tiran al suelo, y si dan cruz es que sí, y si cara que no, en cuyo caso no sirve la toña y hay que empezar de nuevo.

Cuando el resultado es bueno, se va, con el número de la toña, en busca del guardián del templo para que enseñe el número correspondiente, que está impreso y contiene versos y enigmas, y de esta suerte se conjetura el porvenir que le está reservado á uno. Algunas veces se presentan coincidencias sorprendentes, pero á menudo se presentan respuestas que no tienen significación posible.

Otras veces se pega un papel sobre un plato, de manera



que quede bien adherido; un sacerdote taoista, al que se ha llamado previamente, comienza por hacer sobre el plato misteriosos signos, y después, con un rollo largo de papel fino, frota el papel del plato, hasta que se empiece á arrugar el último por diferentes lados. Las partes de plato que van quedando al descubierto ofrecen toda suerte de formas y de escenas. Con este procedimiento se llegan á descubrir las cosas ocultas. ¿Ha habido un robo? Pues el plato reconstituirá toda la escena, con el retrato del ladrón, cómoda manera de llevar á cabo con poco trabajo las instrucciones del sumario. Además, el culpable puede recibir al punto el condigno castigo, y ¡qué castigo! Con una aguja se pinchan los ojos del ladrón, que queda ciego inmediatamente..... en el plato.

También hay algunos sonámbulos inspirados y lúcidos. Se duermen, desciende el espíritu sobre ellos, se yerguen y comienzan á anunciar infinidad de cosas futuras; también curan las enfermedades. Mientras están hipnotizados, se les puede punzar sin que experimenten ningún dolor; caminan, sin quemarse, sobre carbones encendidos.

Tampoco carecemos de dioses escritores. Se toma un plato bastante grande, sobre el que se echa arena; después se hace un compás de madera y se pasean las dos puntas por la arena, las cuales escribirán frases, sentencias, versos y acrósticos.

Se evoca el espíritu de los letrados que murieron, y se les ruega que asistan á la ceremonia y escriban versos suyos.

Citaremos una de esas escenas.

El compás, después de moverse un poco, anunció la llegada de un dios letrado, y en seguida se puso á escribir esta cuarteta:

*Cubre el crepúsculo la mitad de las montañas.*

*Los pájaros, cansados, regresan al ruido;*

*La cigüeña, impulsada por los céfiros azules,*

*Desciende del espacio, al través de las nubes.*

Escribió después una diosa:

*Los lejanos montes se dibujan á la luz del ocaso; unas veces brillantes, otras sombríos.*

E. M.—Diciembre 1900.

3

*El sonido de las campanas parece hender la aurora boreal.  
Mi existencia es semejante á esa ligera nube que en un instante franquea los mil LIRIOS*

*Lo que me permite contemplar diez mil montañas en un momento.*

La diosa reclamó á su vez las poesías de los asistentes á la escena para alabarlas ó criticarlas, según su mérito; todos se apresuraron á quemarlas para presentárselas.

De pronto, llegó una amiga de la diosa; se llamaba Siax-Ling, es decir, *Loto tierno*, la cual escribió por su cuenta:

*Ayer noche, la brillante nieve y el helado cierzo cortaban como unas tijeras.*

*Abri mi puerta para contemplar la perspectiva.*

*Vi que el ciruelo había aumentado el número de sus flores.*

Preguntamos, entonces, si había mucho que hacer en el cielo en aquella época del año.

—No—respondió ella en seguida;—todos los días se parecen. Unicamente el primero de año tenemos una gran recepción en la morada del Soberano Señor.

—¿Ayunan los dioses?

—Nuestro amo, antes de convertirse en genio, se abstenía ya del arroz. Una vez inmortal, cesó de alimentarse en absoluto. En cuanto á los alimentos de los dioses, se componen de carne de venado, hígado de dragón, flores de las montañas, frutas del Paraíso, etc.

—¿Es verdad que, además del Paraíso, hay un infierno?

—El paraíso y el infierno están en la conciencia de los mortales; uno representa el bien y el otro el mal.

Este cambio de preguntas y respuestas se producía con tanta facilidad como en una conversación de amigos. Y las palabras se sucedían con más rapidez que en las mesas giratorias de los espiritistas.

Juego tan atractivo, se prolongó hasta una hora muy avanzada de la noche.

Las creencias y el aparato con que se presentan tales esce-

nas son semejantes en todas partes: lo que difiere, es la manera de pensar y de hablar.

Y el lenguaje siempre elevado que se usa en esas reuniones, es una de las principales causas del favor que las dispensan los letrados.

#### FRENOLOGÍA Y QUIROMANCIA

En ningún país ha estado nunca tan extendida, como en China, la creencia en los frenólogos y quirománticos. Según esos hombres de ciencia, todos los signos del rostro ó del cuerpo tienen su significación; por lo tanto, como tal particularidad que figura en vuestro ojo izquierdo puede ser contrarrestada, en todo ó en parte, por tal otra, propia de vuestra mejilla derecha, existe una serie de cálculos y combinaciones para llegar á establecer con seguridad el dignóstico de un individuo dado.

Cuando uno se presenta ante esos adivinos, empiezan por examinarle el rostro, después las manos, y, por último, todo el cuerpo, como hace un médico con un enfermo. Terminada esta inspección, hacen andar al paciente con su paso ordinario, lo que constituye otro elemento de su combinación, pues, según ellos, los diferentes actos de la vida son igualmente significativos; comer muy lentamente, tener evacuaciones muy rápidas, sueño pesado y pereza en vestirse, constituyen otros tantos enojosos pronósticos.

La frente sombría, es señal de duelo por un pariente cercano.

La cara larga, en cuerpo corto, anuncia á un hombre de vida tranquila y reposada.

La cabeza hundida entre los hombros y el vientre abultado, denuncia á un hombre vil.

Las orejas largas, de lóbulo redondeado, indican con seguridad la presencia de un estadista. Las orejas grandes y re-

plegadas hacia adelante, implican una vida penosa y agitada. El famoso Lao-Tse, fundador de la religión taoista, tenía orejas de siete pulgadas de longitud.

Las cejas tupidas y enmarañadas, advierten que su poseedor será rico en hermanos y hermanas. Si las cejas son más largas que los ojos, señal de letrados.

Los ojos encarnados denotan gentes sanguinarias. Lunar negro cerca de un ojo, persona destinada á llorar.

La nariz ha de ser grande y gruesa, pues entonces es la «Fuente de las Montañas», el «Pozo del Diablo», el «Lago de los Genios» ó la «Torre del alma».

Todo esto es así, porque la nariz está considerada como la facción principal de la cara, y porque muchos de nuestros soberanos, Fu-Hi-U y Han-Kao-Tsu sobre todo, tuvieron grandes narices. El último gozaba además de poblada barba, tenía rostro de dragón, y poseía, bajo la cadera izquierda, setenta y dos respigones negros.

Otro Emperador, Weng-Uang, tuvo cuatro tetillas.

Como se ve, también se cultiva entre nosotros la teratología.

A todos estos personajes, así como á Lao-Tze, les predijeron desde niños sus altos destinos.

La barba erizada es señal de hombre astuto. Larga, indica una vida larga también. La barba negra caracterizó á un General, y un sacerdote budhista estaba predestinado á alcanzar una gran fortuna, á causa de su barba, que le descendía más abajo de las rodillas.

Boca grande encuentra siempre que comer. Lunar negro en la comisura de los labios predica buena pitanza. El hombre astuto y falaz, tiene los labios finos y plegados: los labios rojos, indican una buena cuna. Igual significación tienen los dientes blancos é iguales, y si son fuertes, anuncian una vejez prematura. La lengua perezosa es la del orador.

La voz ruda y los ojos de avispa, pertenecen á gentes sin piedad ni sentimientos.

La mano ofrece un gran número de signos; poco más ó menos, los de la quiromancia europea. No insistiré, pues, y romperé la monotonía de esta descripción con algunas anécdotas.

Un letrado, Tao-Kan, tenía una línea de felicidad que se prolongaba sin borrarse, desde la muñeca hasta la primera falange del dedo medio. Le dijeron que si acertaba á prolongarla, podía esperar los mayores honores. Se contentó con darse un pinchazo y escribir con la sangre que brotó la palabra «duque».

Y, en efecto, llegó á ser Duque.

Otro, llamado Li-Kon, fue á consultar un día con un frenólogo, el cual le dijo que tenía los temporales muy pronunciados prolongándose detrás de la nuca y que, por consiguiente, alcanzaría honores. La profecía se realizó, en efecto.

Un Prefecto de Ho-Nan, llamado Tcheon, encontró á un frenólogo, que le habló de esta suerte: «Dentro de tres años seréis noble, dentro de ocho Ministro y Generalísimo, y un año después, moriréis de hambre.» El Prefecto se rió mucho, y dijo que si llegaba á puestos tan elevados, no podría morir-se de hambre. Pero el frenólogo insistió en que tal era su destino, al cual no podía sustraerse, puesto que las venillas, que de ordinario se dirigen verticalmente hacia la boca, ofrecían en él una dirección horizontal. Y todo se cumplió al pie de la letra: después de ser Ministro y General en Jefe, el Prefecto, que incurrió en desgracia, hubo de retirarse y murió de una enfermedad que le impedía tomar ningún alimento.

El Duque Onang-King-Tche, cuya madre era frenóloga, vino al mundo con una envoltura de color de violeta. Poco después, le crecieron bajo los sobacos dos senos muy largos. La madre predijo el brillante porvenir de su hijo, y el tiempo demostró que no se había engañado.

A la madre de la Emperatriz Won-Hao, de la dinastía de los Thang, le predijeron que tendría un hijo que reinaría. Como era una simple burguesa, no dió crédito al anuncio.

Tuvo una hija que mostró al frenólogo, diciéndole que era un niño. El adivino hizo que anduviese la criatura, y dijo: «Si es un niño, llegará á ser Emperador.» En efecto, la muchacha llegó á ser Emperatriz, y á la muerte de su marido le sucedió en el trono. Es una de las dos únicas Emperatrices que hayan reinado en China.

Un Emperador de la dinastía de los Tching, no tenía hijos. Hizo venir á un frenólogo para que le indicase cuál de las señoritas del Palacio podría darle herederos. El frenólogo eligió una que había de responder á los deseos del Emperador; pero —añadió—la madre será comida por un tigre.

Después de haber gozado de los favores del Emperador, la joven le dió un hijo. Cumplida esta primera parte del anuncio, se pensó en la segunda. Nadie veía tigres por ninguna parte, ni señal de que los hubiese. Trajeron un dibujo que representaba un tigre, para conocer al animal que había de ser tan funesto á la Emperatriz, la cual, queriendo destruir á su enemigo, golpeó la estampa con tal fuerza que se hirió: se declaró la gangrena en el brazo y murió.

Un hombre, de treinta años de edad, llevaba ya perdidos á dos hermanos suyos. La madre, temiendo también por él, se dirigió á un frenólogo, al que preguntó si su último hijo correría la suerte de sus hermanos. El adivino mostró deseos de acostarse cerca del joven para examinarle bien.

Mientras dormía, le escuchó atentamente: la respiración del durmiente salía por las orejas. El frenólogo tranquilizó á la madre. «Vuestro hijo—declaró—vivirá mucho tiempo y será dichoso; pues respira como las tortugas.»

Como es natural, son muchos los charlatanes que hay en dicha profesión. He aquí, para final, un caso cómico.

Un gobernador llamó á un frenólogo, y le dijo que adivinase cuál era la esposa de la autoridad, entre varias damas análogamente ataviadas. Miró el hombre, y no se atrevía á pronunciarse. De repente exclamó: «Aquella que lleva esa nube amarilla que acaba de brotar de su frente, es vuestra esposa.»

Como es natural, todo el mundo se volvió para mirar, y el frenólogo, que de esta manera comprendió quién era la gobernadora, la señaló con su profético dedo.

## JUEGOS DIVERSOS

### EL TIRO ORIENTAL

Según el *Libro de los Ritos*, en toda comida, el anfitrión debía ofrecer unas flechas á sus invitados, los cuales rehusaban al principio, y concluían por aceptarlas. Entonces colocaba un criado en medio de la mesa «una vasija de cuello largo y embocadura estrecha», y cada uno de los comensales lanzaba al blanco dos ó cuatro flechas. En las reuniones ricas, tocaba una música cuando un proyectil penetraba en la vasija.

Aquel que lograba hacer blanco con todas las flechas, recibía como regalo un caballo ó un tiro para coches.

Decían los antiguos que en ese ejercicio se mostraba palpablemente el carácter de las personas. Los dardos de los celosos y perezosos, se desviaban frecuentemente, y los de las personas débiles de carácter no llegaban por lo general al blanco. Acertar una vez y errar dos, indicaba falta de constancia; porque para dar en el blanco, se necesita tener buen ojo y mucho tino, sin pecar por exceso ó por defecto.

También es necesario que el dardo vaya recto y dirigido al medio, cosa que está de acuerdo con los principios de rectitud y moderación.

Creían igualmente los antiguos, que la actividad desplegada en ese juego se parecía á la de la conciencia. Errar el blanco, es como faltar á un deber. Si se reflexiona con prudencia y se lanza uno con tino, se poseen aptitudes para gobernar el Estado.

En dicho juego se pueden también distinguir las personas

honradas de las que no lo son, pues unos ganan sin manifestar orgullo y alegría, y otros hacen trampas.

En suma: antiguamente se juzgaba á los hombres por detalles poco importantes en sí mismos, pero que eran auxiliares poderosos de la verdad. Por esta razón, nuestros antepasados colocaban dicho juego entre los ritos.

#### EL CANDELERO

Este juego data también de los antiguos tiempos, y consiste en ocultar bajo una campana opaca, de porcelana ó metal, un objeto que ha de adivinar una persona determinada. Los que lo aciertan, no deben decir directamente el nombre del objeto oculto, sino que tienen la obligación de hacer cuatro versos alusivos.

Se oculta, por ejemplo, un lagarto, y dirá una persona ingeniosa:

*No es un dragón, puesta que no tiene cuernos;*

*No es una serpiente, porque tiene pies.*

*Puede trepar por las paredes: es un lagarto.*

En una ocasión se ocultaron tres cosas: un huevo de golondrina, un trozo de panal y una araña.

He aquí las cuartetos que anunciaron el descubrimiento:

*Lo primero es una amante de la primavera, que mora en los tejados.*

*Cuando lo que encierra está formado,*

*Desplega en seguida sus alas.*

*Es un huevo de golondrina.*

*Lo segundo es una casa colocada al revés,*

*Que tiene multitud de puertas y ventanas.*

*Allí se conserva el líquido más dulce*

*Y los habitantes se multiplican.*

*Es un panal.*

*Lo tercero se parece á una babosa con largas patas,*



*Que produce hilos para tejer redes,  
Con las que coge sus alimentos:  
La noche hace sus delicias.  
Es una araña.*

Ha habido más hábiles adivinadores, pero sin hacer versos.

Un soberano hizo que pusiesen un pájaro blanco bajo una campana, y ordenó que lo adivinase á uno de sus Ministros. Respondió éste que el Emperador no podía obligarle á que lo adivinase, y, como le preguntaran la razón sonrió y dijo: «Que suelte primero á un pájaro blanco.»

En otra ocasión escondieron una rata. Todo el mundo decía que era una rata, pero uno de los más listos aseguraba que había cuatro. Quitaron la campana, y, en efecto, había cuatro, pues el animal había dado á luz tres crías.

#### EL VOLANTE

Tenemos volantes hechos de cuatro plumas de ganso, medidas en el cuadrado agujero de una ó dos de nuestras monedas y enlazadas por debajo, con lo que resultan muy elásticos. Las mujeres juegan con palas y los hombres con la punta del pie (como en el *foot-ball* inglés). Se señala la altura que han de alcanzar los volantes y pierde el que no llega á ella. Se emplean también para el mismo juego pelotas de cuero rellenas de algodón.

#### LAS MONEDAS

Se lanza una moneda contra una pared; el poseedor de la que rebota más lejos vuelve á jugar; tira la moneda á donde quiera, y se conviene en que, para ganar, cada jugador habrá de lanzar su moneda de suerte que llegue á una distancia convenida respecto de la primera. Los que alcanzan esa distancia

ó llegan más cerca aún, ganan; los que quedan lejos, pierden.

Este juego, al que se dedicaban en otros tiempos las damas de la corte, sirve hoy de distracción únicamente á los muchachos, que lo juegan en las calles.

## JUEGOS DE AZAR

### LOS NAIPES

Nuestros juegos de naipes son más complicados que los de Europa. Obedece, desde luego, al número de cartas: nuestras barajas tienen ciento veinte, subdivididas en cuatro géneros, que corresponden á cuatro colores, y en treinta especies; hay, por lo tanto, cuatro cartas de cada especie, y treinta de cada género.

Se cuentan nueve *cuerdas*: 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup>, 3.<sup>a</sup>..., 9.<sup>a</sup>; nueve *pasteles*, nueve *figuras*, un *hombre rojo*, uno *civil* y una *mariposa*. No hay para qué decir que hay varios juegos de naipes.

#### 1.º — *Esperar la carta.*

Se sientan cinco personas en torno de una mesa, se baraja y se dividen las cartas en ocho montones de quince cada uno. Se echan tres dados y se alzan tres montones, según el orden que indiquen los números de los dados. Se vuelven á echar los dados para saber qué jugador ha de ser el primero en tomar las cartas, y después se turna contando hacia la derecha. Una vez alzados los tres montones, se les coloca en una caja y se vuelve la última carta, la cual corresponde al afortunado poseedor del primer montón. Los otros jugadores cogen entonces sus cartas y las van colocando en pila, por su orden de números y géneros, así: 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup>, 3.<sup>a</sup>. etc., *cuerdas*, *hombres* ó *pasteles*; ó bien, 2.<sup>a</sup> *cuerda*, 2.º *hombre*, 2.º *pastel*.

Para ganar se necesita tener una ó varias *cargas*.

Las *cargas* son en número de siete, y se componen de:

- I. 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup>, 3.<sup>a</sup>, pasteles;
- II. 9.<sup>a</sup> hombres, 8.<sup>a</sup> cuerdas, mariposa;
- III. 8.<sup>a</sup> pasteles, 2.<sup>a</sup> cuerdas, 2.<sup>a</sup> hombres;
- IV. 9.<sup>a</sup> cuerdas, civil, hombre rojo;
- V. 9.<sup>a</sup> cuerdas, civil, 9.<sup>a</sup> hombres;
- VI. 7.<sup>a</sup> pasteles, 3.<sup>a</sup> cuerdas, 3.<sup>a</sup> hombres;
- VII. 9.<sup>a</sup> pasteles, 1.<sup>a</sup> cuerda, 1.<sup>a</sup> hombres.

Cuando se cogen las cartas es preciso clasificarlas ya en el orden de cargas. Si no se tienen más que dos de una carga ó de una de las combinaciones de orden, se entrega al vecino de la derecha una carta suelta; si aquél ve que le es útil, la coge y la coloca en lugar de otra, que entrega á su vecino correspondiente; si le es inútil, la deja y coge de la caja la última carta. Se queda con ella y da otra á su vecino, y así sucesivamente.

Cuando uno de los jugadores ha logrado agrupar todas las combinaciones, excepto una, para la que le falta una carta, coloca sobre la mesa la carta 1.<sup>a</sup> de una de las cargas, con lo que da á entender que, desde ese momento, puede coger todas las cartas que se saquen de la caja para completar su combinación; si lo consigue ha ganado.

Se cuentan entonces las cargas del ganancioso, y se le paga, según la cantidad que se haya establecido, tanto por carga.

Algunas veces se vuelve la carta que está encima del paquete colocado en la caja; se la llama *oro*, y todos los que tengan una carta igual pueden cambiarla por cualquiera otra que les falte para hacer una carga.

## 2.º—*La pesca.*

Juegan tres personas.

Se hacen ocho montones de catorce cartas, de las que quedan ocho sobrantes. Los indican los tres paquetes que se han

de meter en la caja. Se cogen al azar dos montones, á los que se unen los ocho naipes restantes.

Otra jugada de dados designa á las personas que han de coger los otros tres montones.

El que tiene el último montón ha de extender sobre la mesa, siguiendo sus números de orden, los dos montones y las ocho cartas sueltas, de manera que todos puedan ver el valor que tienen.

Para recompensarle de su trabajo, el juego concede una ventaja á dicho sujeto; se le da la carta de arriba, de las que están en la caja, con lo que inmediatamente conoce el naipe que ha de esperar.

El que juega primero, *pesca* una carta con la que tiene en la mano, con idea de que tenga el mismo número, sin necesidad de que sea de la misma figura. Los demás jugadores hacen lo mismo alternativamente. Si el montón se agota, es decir, si no contiene el número que os conviene, es señal de que no pescáis, echando en balde... el anzuelo.

Cuando se ha agotado toda la baraja cada cual cuenta el producto de la pesca por *cargas* semejantes á la del juego anterior, excepto las quinta y sexta, que no existen en la pesca. Cada carta vale trece puntos en la carga una, doce en la segunda, once en la tercera, trece en la cuarta y diez en la sétima; fuera de la carga, el naipe no vale más que el número que indica.

### 3.º—*Picotear*.

Juegan dos personas y se emplea toda la baraja. Cada uno de los dos coge tres cartas y vuelve una para ver quién es el que ha de empezar á *picotear*. El favorecido por la suerte echa una carta en la mesa, y el otro hace lo mismo. Si al que corresponde jugar vé que puede hacer una combinación ó una carga con sus cartas y las que están en mesa, recoge las últimas, y se continúa así tomando del robo tres naipes cada vez,

hasta que termina la baraja. Después se cuentan los puntos como en la *pesca*.

En todos los juegos se puede apostar una cantidad en cada jugada, además de lo que se atraviere en la partida completa.

Tenemos también unos naipes que representan las piezas del ajedrez: el cañón, el coche y el caballo forman una carga; el general, el consejero y el elefante otra, y lo mismo tres cartas iguales.

Se juega del mismo modo que con los otros naipes.

Las cartas chinas son mucho más pequeñas que las que se usan en Europa: tienen, poco más ó menos, dos centímetros de ancho por cinco de largo.

Se inventó la baraja en tiempos de la dinastía de los Han, para distraerse en la soledad, pero hoy constituye un juego de sociedad, hasta en las reuniones donde no se aburre uno.

#### LA LOTERÍA

Carecemos de lotería oficial, y si no me engaño, no la hemos tenido nunca. No obstante, existe una especie de lotería privada, muy beneficiosa... para el que la organiza.

Cuando un individuo se encuentra momentáneamente en un apuro ó tiene necesidad de dinero, ya para los funerales de un pariente, ya para la boda de un miembro de su familia, ya por fin para ayudar á uno de los suyos á ir al concurso general de la capital, reúne á cuarenta ó cincuenta personas amigas y conocidas y les ruega que tomen billetes de lotería. El precio de estos billetes es pagadero por fracciones, á cada tirada. El que primero gana es á su vez el organizador de la lotería, pero la ganancia no es, en realidad, sino un adelanto, un préstamo pagadero á plazos, puesto que en las demás tiradas paga como sus amigos y no puede ganar por segunda vez.

La segunda tirada y las siguientes dan la victoria al que obtiene mayor número de puntos, suministrados por los seis

dados encerrados en una caja, sacudida alternativamente por los jugadores. Estas reuniones, que se verifican por un trimestre ó por un semestre, según lo que se conviene, terminan con una comida pagada por el ganancioso.

Se juega tan lealmente que nadie pierde, pues ninguno puede ganar más de una vez. Nadie puede echar los dados sin haber depositado antes el dinero en la mesa. El que obtiene el número mayor, se lleva toda la jugada, sin comisión ni interés, y salvo deducción de una suma insignificante para saldar el importe de la comida.

En China no se pone el dinero á interés como sucede en todas partes; así, pues, el último que gana no tiene por qué quejarse de la suerte; al contrario.

El uso de esta clase de loterías está muy extendido en la clase media, es decir, entre gentes muy respetables y muy solventes, que no gustan de pedir por temor de crearse obligaciones, y son demasiado altivas para admitir socorros gratuitos. Recurren á la lotería, á un préstamo, cuyo capital ha de ser reembolsado en cierto número de anualidades. En las clases elevadas, no se necesita recurrir á estos medios, y las inferiores no pueden servirse de ellos, porque su solvencia no está suficientemente garantizada. Para estos desheredados de la fortuna, existe felizmente otro género de ayuda.

Se trata, por ejemplo, de un obrero que ha perdido á su padre. Sus compañeros de trabajo hacen inmediatamente una colecta para pagar los gastos del entierro. ¿Ha llegado á la edad de casarse? También se recolecta para atender á sus apremiantes necesidades. ¿Le han aprobado á su hijo en los exámenes? Le envían regalos en especie para que pueda hacer frente á los gastos que ocasione la celebración del suceso.

No hay caja de ahorros ni montepíos oficiales; están reemplazados sencilla y ventajosamente por un compañerismo bien entendido y una perfecta solidaridad entre gentes de igual posición social, que conocen sus recursos mutuos y saben ayudarse entre sí.

Jamás se niegan estos servicios recíprocos: el hombre que goza de la estimación de sus compañeros, puede contar siempre con su concurso en las circunstancias que hemos indicado. Y esta organización tan sencilla, obliga á que todos sean buenos y benévoloos para todos, pues nadie está seguro del día de mañana. Se hace por los demás, lo que se quisiera que hicieran por uno. Así también, cuando muere uno de los asociados, su viuda y sus hijos recogen, con la herencia del difunto, los frutos del reconocimiento de sus amigos y obligados.

En el fondo, esto nó es más que una forma especial de la caja de ahorros y de los seguros sobre la vida, con la diferencia de que nuestro sistema—por lo mismo que no implica ningún derecho—hace que cada cual sea bueno y compasivo con los otros.

Aparte de esas organizaciones regulares y útiles de la lotería, hay otras irregulares y perjudiciales, las cuales tienen por base el juego nada más. Me refiero, especialmente, á esas *Treinta y seis Bestias* que tanto ruido han hecho últimamente, y quizás menos en Cambodge que en París. Muchas veces se ha descrito la ruleta cambodgiana, que es una importación de origen chino.

En China no se juega con figuras como nuestros vecinos, sino solamente con fichas, que llevan escritos los nombres de las bestias.

Unos cuantos individuos se declaran banqueros sin más formalidades, y numerosos agentes dan á conocer, rápida y discretamente, por la ciudad, la instalación del nuevo establecimiento. Todas las mañanas se iza en la banca, en lo alto de un mástil, un saco, donde se mete al azar una de las treinta y seis fichas. Los jugadores colocan su dinero sobre una de las treinta y seis bestias, y si acierta gana treinta y seis veces la puesta. Hay seis bestias reservadas exclusivamente al banquero. No hay para qué decir que los jugadores pierden casi siempre. La superstición, compañera inseparable de los juegos de azar, no deja de intervenir en éste. Para adivinar el

nombre que ha de salir, colocan la lista ante los dioses ó ante Budha, á los que se ruega designen con una señal cualquiera la bestia que ha de ganar; la ceniza de incienso que caiga en la ficha, la quemadura producida por una chispa de los cirios, constituyen otros tantos indicios para guiar á los jugadores, los cuales, en todos los ámbitos del globo, son siempre infinitamente más cándidos que inteligentes.

Como se ve, el juego de las *treinta y seis bestias* es una especie de ruleta, en la que los números están reemplazados por nombres de animales. Está prohibido, pues aunque no es más que una lotería bajo otra forma, en continuo funcionamiento es muy ruinoso para los que se dejan arrastrar por la pasión. Dicha prohibición hace que ese juego no funcione más que de manera clandestina y poco duradera en el Imperio del Medio. Cuando se coge á los organizadores, se les castiga severamente. Se considera que varios años de prisión no es un castigo excesivo para esos acaparadores de la fortuna pública.

Por el contrario, la lotería de socorros mutuos, organizada por la clase media, está juzgada como obra útil y digna, hasta el punto de que algunas veces, á fin de completar el número de individuos necesarios para constituir la, se puede solicitar el concurso de los funcionarios públicos, los cuales se apresuran á llevar su óbolo á una obra de solidaridad, que sirve á menudo para socorrer miserias, que no escasean, y que en todo tiempo y en todo lugar afligen al pobre género humano.

## PLACERES PÚBLICOS

### EL TEATRO

Entre nosotros, el teatro es una institución absolutamente privada. No conocemos los teatros subvencionados; pero, en cambio, las personas ricas tienen el teatro en su casa.

En el Norte de China hay teatros públicos, como en Eu-

NECE A LA BIBLIOTECA DEL  
 INSTITUTO DE INVESTIGACIONES



ropa, donde se dan representaciones regulares de las obras que están en boga, y en donde se tiene la ventaja de poder comer en los palcos ó en los anfiteatros. En las otras comarcas del Imperio no hay más que compañías ambulantes que representan en los templos, en las fondas ó en casas particulares.

En todo templo hay un escenario fijo, y en la fiesta del dios del edificio ó en otras ocasiones solemnes, se dan representaciones.

En tales casos se hace venir á una compañía y elige una obra. Mientras que los organizadores se instalan en dos balcones laterales—especie de proscenios,— el público que no paga entrada se coloca delante y en torno del escenario. Al final de cada acto—por lo general no se representan más que obras en un acto—un cómico, vestido de mujer, presenta, para que elijan los organizadores, una tablilla de marfil, en la que están inscriptos los títulos de todas las obras que constituyen el repertorio de la compañía.

Una representación consta siempre de cinco actos, ó lo que es lo mismo, generalmente, de cinco obras.

En las fiestas con que se celebra el natalicio del Emperador ó el de la Emperatriz, se dan representaciones ante los domicilios de los funcionarios públicos y en la calle misma, lo que constituye un placer para el público, que se divierte sin pagar.

Todos los buenos *restaurants* tienen escenarios, en donde se representa dos ó tres veces por semana.

El público se sienta por grupos de cuatro ó seis personas, junto á mesitas de las que no se ocupan más que tres lados, dejando libre el que da al escenario.

Como las personas que comen en esos lugares son todas de posición acomodada, sucede que los actores bajan para servirles vino y pedirles que elijan una obra: si la representan bien, el que la ha indicado reparte una gratificación en especies.

Cuando la ejecución es mala ó se canta mal un pasaje, los

espectadores guardan un silencio absoluto, sin dar á conocer sus sentimientos. Jamás se silba. El silencio del auditorio es la mejor lección para los actores. Por el contrario, si al ejecución es buena, todos los espectadores se levantan y gritan: ¡Bien! ¡Bravo! (¡Lao!) Esto demuestra que el pueblo del *Celeste Imperio* es cortés en su desaprobación y pronto al entusiasmo.

Estos detalles permiten preveer, en tesis general, cuál ha de ser la actitud de los chinos en cualquier circunstancia. Nada de críticas directas, de ruidosa desaprobación, de gritos indignados. Basta el silencio: tiene toda la elocuencia de los apóstrofes más acerbos, de las exclamaciones más patéticas... y con el aditamento de la dignidad. Condena sin discusión y sin apelación.

La orquesta, en vez de estar colocada delante del escenario, está detrás y toca siempre sin papeles. Reemplaza á la batuta del director una especie de tamboril sordo y un par de castañuelas de grandes dimensiones; el primero indica el compás y las segundas los cambios de tono. Los actores representan todas las obras de memoria, sin apuntador. Se reirían mucho si vieran á un músico con el papel delante, ó á un señor oculto en una especie de nicho, apuntando á un actor en el momento de entregarse éste á un desbordamiento de gestos apasionados.

Delante del escenario, y sobre dos columnas que dan cara al público, hay generalmente, entre otros adornos, dos cartelones con máximas filosóficas.

He aquí una de las más célebres: «Podeis eonsiderar esta representación como verdadera ó como falsa; pero siempre será imagen de la vida y de sus conclusiones.»

Además de estos grandes teatros, tenemos también muñecos, que se manejan por medio de alambres; estos espectáculos del Guiñol constituyen una de las diversiones favoritas de los chinos. El teatro Guiñol permite que las personas de mediana posición y los lugares que no pueden tener otro teatro, se

ofrezcan un espectáculo, que se desarrolla del mismo modo que en las representaciones ordinarias, con su canto y música correspondientes. La única diferencia estriba, en que los actores, en lugar de ser vivos, son de cartón y muy pequeños, en vez de grandes. Poco importa esto en el fondo. La humanidad se da constantemente en espectáculo: podemos desdeñar la talla, el traje ó la substancia de los actores, pues todo esto es engañoso y superficial: la verdad, la grande é inmortal verdad es que nuestros deseos, nuestras pasiones, nuestras alegrías, nuestros sufrimientos no varían: los mismos siempre, vemos repetirse constantemente, en todos los siglos y bajo todas las latitudes, la eterna comedia humana.

## RIÑAS DE ANIMALES

### I.—RIÑAS DE GRILLOS

Jamás hemos conocido en China los horribles combates del Circo, que fueron un placer pasajero y son la eterna vergüenza de la antigua Roma. Jamás hemos dado en espectáculo á nuestros refinados, los sangrientos combates del hombre contra el hombre ó contra los animales salvajes, que «hacían las delicias de la joven vestal.» Así es que no hay en nuestro país, ni estatuas de gladiadores moribundos, ni Coliseos, ni esas corridas de toros, que son los últimos vestigios de las trágicas «Circenses» de otras épocas.

Sin embargo, también nosotros tenemos combates de animales, pero se verá que las tales luchas no tienen nada de terrible.

Por de pronto hacemos que se peleen los grillos. ¡Los grillos, sí! Estos modestos moradores de los prados, son combatientes encarnizados. Sus combates, aunque desprovistos de todo aparato, son muy interesantes y la multitud se agolpa para presenciarlos.

Se coge á los grillos y se les prepara cuidadosamente. Cada prisionero tiene por cárcel una jaula de bambú, y su alimentación consiste en granos de arroz y hojas de lechuga.

Después de algunos dias de ese régimen, el cautivo es puesto en libertad... temporal y muy relativa; la salida de la prisión no tiene otro objeto que colocar al nuevo en condiciones de medir sus fuerzas contra un veterano. Se coloca á los dos combatientes en una copa, generalmente de madera, para que no resbalen tanto; se les excita haciéndoles cosquillas en la cabeza con un cabello. Cuando llegan al grado de cólera suficiente, se precipitan violentamente uno sobre otro, y el primer encuentro derriba á uno de los adversarios y decide la victoria.

El vencido se retira confuso y resignado; el vencedor, loco de alegría, bate las alas y celebra su hazaña con penetrantes chirridos.

Cuando, tras varias pruebas se puede juzgar definitivamente de la fuerza de algunos de ellos, se elige á los mejores, los cuales tendrán el honor de figurar como campeones en las riñas públicas, y se cruzarán apuestas con tanta pasión como en Europa en las carreras de caballos. Me apresuro á añadir que en las apuestas no se atraviesa nunca más que por valor de algunos céntimos, con lo que los jugadores pueden dedicarse con frecuencia á su distracción favorita.

## II.—RIÑAS DE CODORNICES

Acabamos de asistir á torneos muy inofensivos, pero hay otros que son más serios y en los que salen peor librados los combatientes: me refiero á las riñas de codornices.

Sin embargo, no creais que os vaya á describir epopeyas sangrientas, análogas á las que ofrecen en Inglaterra las riñas de gallos. Las codornices se baten, pero únicamente con las armas que les prestó la Naturaleza. ¡Nada de espolones artificia-

les! ¡Ninguno de esos perfeccionamientos con los que se ha aumentado la natural ferocidad de los reyes del corral! Se prepara á las codornices durante algunos días, hasta que se las considera suficientemente dispuestas.

Llega el momento del combate: sus amos respectivos excitan á las codornices colocadas frente á frente. Por fin se las suelta y se precipitan una contra otra. Después de mucho saltar, correr, perseguirse, esquivarse y demás movimientos propios de los que luchan, se cogen y las plumas vuelan; se entabla un verdadero combate cuerpo á cuerpo, hasta que uno de los dos combatientes se ve obligado á declararse vencido y huye, con las alas caídas, para escapar al pico de su victorioso contrincante.

Como se ve, el espectáculo no es excesivamente cruel, y es más bien una riña que un combate. Los adversarios no se hacen nunca mucho daño, y si hay vencedor y vencido, por lo menos:

«Sabemos matarnos, nadie morirá.»

## CONCLUSION

### LOS PLACERES DE UN FILÓSOFO

Hay, solamente en China, más filósofos que los que haya quizás en todo el resto del mundo. Para que se comprenda mejor la manera de ser de esos pensadores, que gozan á su modo, voy á hacer hablar á uno de ellos:

«Los trinos de los pájaros y los chillidos de las golondrinas, anuncian la llegada de la primavera: un hermoso día invita á pasear. Hubiera querido responder á ese llamamiento de la Naturaleza, pero mis ocupaciones cotidianas me lo han impedido.

»Ayer he encontrado, en el pabellón de las flores, á un amigo que me censuró por haber faltado á una cita. Respondí:

»—¡Ah! Yo no soy como tú, libre, para hacer lo que me plazca. Vivo en la dependencia de otro, al cual estoy sometido, como un menor de edad á su tutor. ¡Ah! ¡Si supieses la tinta y las plumas que gasto al año! Ante este hermoso tiempo, en el que la Naturaleza renace con nuevo vigor, no hago más que envidiar los placeres de los otros sin poder compartirlos. Pero, en compensación, gozo de un placer mío: el de vivir, en los momentos de asueto, en el seno de mi familia y odeado de los míos.

»Cuando arrimado al hogar bebo vino con mi mujer, con mis hijos sentados en mis rodillas, no tengo más ambiciones, y no creo que los genios del cielo sean más felices que yo. Algunas veces, por variar, vamos á tomar una taza de te en el pabellón, ó á contemplar las flores en el jardín; así, en mi casa abundan por todas partes alegrías que duran y no varían.

»En cuanto á lo que se llama placer, no es más que el resultado de una situación que puede cambiar súbitamente de un día á otro, y que haría que desapareciese todo. Las buenas comidas, los vinos finos, los caballos, los juegos, no son sino metamorfosis instantáneas, si no se tiene una base sólida para hacer que duren siempre: se asemeja todo ello á una hermosa naranja, que no encerrara más que fibras esponjosas y sin gusto. Cuando se apagan los fuegos artificiales, vuelve á reinar la obscuridad, más negra que antes.

»¿Habéis leído la historia de X, que se las daba de ricachón y arrojaba el dinero como puñados de arena? Los amigos se sucedían en su casa, sin interrupción. Sus criados eran más altivos que los grandes señores. Noche y día no se pensaba más que en una cosa: organizar diversiones para el día siguiente. A juzgar por la vida que llevaba, se hubiera dicho que tenía una mina de oro en su morada.

»Pero al cabo de algunos años faltaron los recursos. Sin embargo, no podía variar de género de vida.

»Recurrió al principio á los empréstitos, cerca de amigos

generosos; en seguida, al Monte de piedad. Cuando estuvieron agotados todos los recursos, huyó.

«¡Cuántos manjares exquisitos devoró con aire de satisfacción perfecta! ¡Cuántas mujeres hermosas se enorgullecían de haber sido amigas de él unos instantes! Por todas partes se oía su nombre: en los teatros, en todos los lugares donde se reúne el gran mundo. ¡Cuántas modas inventó, solamente con el color y los matices de la seda! ¡Cuántas joyas distribuyó!

»Y todo se hacía con el dinero de los demás, pues las facturas están aún por pagar. ¿Es esto un placer? ¡Evidentemente no!

»En vez de brillar un instante para ser deshonrado eternamente, prefiero, en los momentos de descanso, encender mi perfumatorio en una mesita, ante la cual hablo con los sabios de la antigüedad, por intermedio de los libros. En ellos se encuentran placeres sólidos, muy preferibles á los superficiales. Todo lo que se puede ver y sentir, ha sido escrito ya y... esto no cuesta dinero. En esas páginas admirables, escucho cánticos y músicas, y veo mujeres hermosas. ¿Para qué correr de nuevo al través de un polvo gris, por lugares donde vuestra personalidad desaparece, y en los que solamente el dinero reina como amo incontestable?»

EL GENERAL TCHENG-KI-TONG.

# POETAS AMERICANOS

---

## MADRE

A Guillermo Camacho.

### I

Russa, la más hermosa de la manada,  
La cabra preferida de los pastores,  
Aquella que se aleja cada alborada  
Y se pierde en los vastos alrededores;  
La que con sus pequeños y finos cascos  
Escala de los montes las altas crestas;  
La que conoce el líquen de los peñascos  
Y el fondo más obscuro de las florestas;  
La que sube á las rocas más escarpadas  
Y sabe de retoños frescos y vivos;  
La que conoce el musgo de las cañadas  
Y las ramas más altas de los olivos;  
La que el pastor hallaba, de angustia lleno,  
Perdida en las aristas y entre las quiebras,  
Ó saltando la cerca del predio ajeno,  
Ó en lucha encarnizada con las culebras;  
Como con gran frecuencia se refundía,



Vagando por los bosques y por los cerros,  
El pastor de su cuello colgado había  
El más grande y sonoro de los cencerros.

Y así el cabrero siempre se hallaba alerta,  
Oyendo del cencerro los retintines,  
Para que no asaltara la ajena huerta  
Ni pisase las flores de los jardines.

## II

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS

En uno de esos riscos que ostenta el abra  
De los cercanos montes, muriendo el día,  
Lejos de su rebaño, la inquieta cabra  
Sobre una peña estéril tuvo su cría.

La peña, de la sombra quedó cubierta;  
Sopló el viento entonando notas extrañas;  
Y allí pasó la noche, sola y despierta,  
Acariciando al fruto de sus entrañas.

Luego la aurora trajo con sus ruidos  
Y con los rojos tintes del nuevo día,  
Calor para esos cuerpos entumecidos  
Por una noche larga, ventosa y fría.

Fue surgiendo la vida de la espesura,  
El sol fue iluminando monte y sabana,  
Y llevaban los vientos hacia la altura  
Los confusos rumores de la mañana.

Y vió á José la cabra, salvando cerros,  
Trepando á lo alto, á riesgo de hacerse daño,  
Agitando los timbres de los cencerros,  
Y gritándole: ¡Russa, vuelve al rebaño!

Y ella que, si quisiera, llegar podría  
De un salto donde estaban sus compañeras,  
Tuvo envidia al rebaño, porque pacía  
En los verdes pastales de las praderas;

Porque de sed y de hambre los sinsabores  
Ignoran en la granja que las escuda,  
Ni saben de los graves, serios temores  
Que ofrece en los peñascos la noche muda.

Acaricia la madre su débil cría;  
Trata de conducirla peñón abajo;  
¡Imposible! El cabrito se resistía  
En presencia del recto tendido tajo.

Y ella sola la peña no dejaría:  
Quiere correr del hijo la misma suerte,  
Y antes que abandonarlo, llegar vería  
Tranquila y satisfecha la helada muerte.

Mas todavía en bajarlo tenaz se empeña  
Y de nuevo lo intenta con nuevo brío,  
Mas ¡ay! es imposible. ¡Lisa la peña,  
Y abajo, en la hondonada, bramando el río!

Se irguió la cabra entonces: con la mirada  
Abarcó granja y llano, monte y maleza;  
Y al sonar del cencerro la campanada  
Dijo un *adiós*, preñado de honda tristeza.

### III

Los indecisos tintes del horizonte  
Anuncian que la noche ya se avecina,  
Y ya se va extendiendo por llano y monte  
El vaporoso encaje de la neblina.

El rayo de la tarde los aires hiende,  
Y con luz mortecina las cumbres baña,  
En tanto que la sombra su imperio extiende  
Por los tendidos flancos de la montaña.

Del pantanoso seno de la espesura  
Surge la única nota que canta el grillo,

Y con ecos confusos rima en la altura  
El acorde lejano del caramillo.

Vuelan á los rincones más escondidos  
Los huéspedes de valles, cerros y lomas,  
Y en busca de sus cuevas y de sus nidos  
Se arrastran los reptiles, van las palomas.

Todos los pobladores de la espesura  
Que dejan con la aurora la selva umbría,  
Vuelven cuando se acerca la noche oscura  
A esperar los fulgores del nuevo día.

Russa escuchaba el sordo confuso ruido  
De esa variada tropa que alegre viene;  
¡Qué horrible es ver que todos tienen su nido,  
Para el que sólo sabe que no lo tiene!

La sombra va subiendo por la hondonada:  
A extender el silencio su imperio empieza;  
Y aquella pobre madre quedó rodeada  
Del horror, de la angustia, de la tristeza.

Poblaron las estrellas el firmamento;  
Cruzó el espacio un soplo cortante y frío;  
Y en medio de la sombra, con los del viento,  
Se escuchan los sonoros tumbos del río.

Creció el terror mirando surgir del cerro  
Dos ojos que brillaban con luz de hoguera;  
Se estremeció la cabra, sonó el cencerro,  
Y espantado huyó el lobo por la ladera.

Si poblaban el aire tristes gemidos,  
No era que aquella noche fuese más fría;  
Era que de esos cuerpos enflaquecidos,  
A pasos gigantescos la vida huía.

La noche avanza: Russa se acerca y cubre  
Con su cuerpo la prole débil y fría,  
Quiere infundirle al darle la seca ubre  
El calor que ella misma ya no tenía.

De pronto hendió los aires profunda queja,

Queja doliente y honda que el alma hiere,  
 Y dijo de la madre que no se aleja  
 De sus hijos, y de hambre con ellos muere.

## IV

Sintiendo va los pasos de los trotones  
 Del carro de la aurora; la noche huía  
 Y su manto de nieblas hecho jirones  
 En la cumbre del cerro lo recogía.

Va surgiendo la vida de la espesura;  
 El sol va iluminando monte y sabana,  
 Y conducen los vientos hacia la altura  
 Los rumores confusos de la mañana.

Cuando José á la peña llegó cubierto  
 De sudor, contemplando quedóse fijo,  
 El cuerpo de la madre rígido y yerto  
 ¡Que aún trataba de darle calor al hijo!

.....  
 .....

Después se vió tan solo compacta y lenta  
 En torno del peñasco, del sol lucido,  
 La bandada de cuervos torva y hambrienta  
 Que poblaba los aires con sus graznidos.

DIEGO URIBE.

Bogotá: 1900.

# UN TESORO SUBMARINO

---

## LOS GALEONES DE VIGO

Destruída por completo la Marina de España en las guerras sostenidas durante el reinado de Carlos II; interrumpida por tanto la comunicación con las colonias de América por largo espacio de tiempo, tan luego como se instaló en el solio el nieto de Luis XIV de Francia, nombrado Felipe V, se trató de traer las mercancías y los caudales detenidos al otro lado del Atlántico, disponiendo al efecto flota de 19 naves, de las que solamente tres eran de guerra, pero á cuya fuerza suplía una escuadra francesa de 23 navíos de varios portes, regida por el vicealmirante Château-Renault.

Habiendo cargado en el puerto de Veracruz, emprendieron el viaje á España el 11 de Junio de 1702, sin noticias de lo ocurrido en el período de su ausencia; esto es, sin saber que coligadas contra la casa de Borbón Inglaterra, Holanda, Alemania, Dinamarca y otras naciones, habían empezado nueva guerra, atacando á la plaza de Cádiz sus fuerzas navales.

Al llegar á las proximidades de las islas Azores, tuvieron ambas flotas nueva del rompimiento y de estar en crucero Armada anglo-holandesa que las esperaba, y tratado el caso en Consejo decidieron los Generales dirigirse al puerto de Vigo, evitando los cabos de San Vicente y de Finisterre, extremos

de la Península, en que era más de presumir el encuentro con los enemigos.

Todas las naves, en número de 40, tomaron el puerto con felicidad el 22 de Setiembre, y adoptadas las precauciones de defensa que la prudencia aconsejaba, recibida autorización de la Corte, empezaron á desembarcar la plata de registro, amonedada ó en lingotes, cargándola en carretas que hacían dos viajes diarios á Pontevedra; otras la conducían desde allí al Padrón, y otras, en tercer trasbordo, hasta Lugo, por escalas, con escolta de soldados de infantería y caballería. Empleáronse 1.500 carretas, y en diez días que duró la faena hubiera podido extenderse á los frutos valiosos del cargamento, pero á ello opusieron resistencia pasiva los maestros y mercaderes, porque lejos de persuadirse de que corriera riesgo á bordo, les dolía sacrificar el 20 por 100 que, según ellos, había de costarles el transporte terrestre, amén de la avería que en aquel clima, siempre húmedo, pudieran padecer géneros delicados, como son grana, añil, cacao y tabaco.

A su seguridad dió alas la entrada de un patache gaditano, cuyo patrón comunicó la grata noticia de que, derrotada y en mala disposición la armada enemiga, había salido de aquella bahía, y dividiéndose en el Cabo de San Vicente, parte de ella navegaba hacia las Indias, mientras el resto se encaminaba á los puertos de Inglaterra.

Fácilmente se admite lo que satisface al deseo, y así, bastó la relación no sólo para suspender el desembarco de efectos, sino también las obras defensivas que se habían comenzado y que harto se echaron de menos el 21 de Octubre al señalar los vigías la vista de la Armada inesperada, en suma de 150 velas.

La entrada inmediata, el combate que siguió, el abordaje y el incendio, son acciones largas de contar; darán materia á un capítulo de mi historia de *La Armada Española* (en el tomo 6.º); aquí baste apuntar que perdida completamente la flota y la escuadra que la escoltaba, cayeron en manos enemigas por trofeo nueve bajeles franceses y once españoles, según la

cuenta de los adversarios, no conforme con la nuestra en estas cifras, y mucho menos en las de muertos y heridos y en la del valor de la presa, punto el último de averiguación difícilísima.

El hecho es que, según el P. Belando, historiador español contemporáneo, «llenaron los enemigos el mundo de noticias, contándolas muy alegres, y ponderando que habían conseguido innumerables tesoros.»

Campbell, escritor inglés, refirió que de los galeones tomaron seis sus compatriotas y cinco los holandeses, pero sin que de lo contenido en sus bodegas supiera determinar cosa cierta. Este es el particular más delicado y en el que varían las apreciaciones casi al infinito.

Haría falta como dato primordial la suma de valores embarcados en Veracruz, que no se conoce ni se estimaría con verdad teniendo á la vista los registros oficiales, por los fraudes ordinariamente cometidos, en esta ocasión muy grandes, dada la proporción de embarcar oro y plata en los navíos de guerra franceses sin pago de derechos reales ni de travesía.

Publicó la *Gaceta de Madrid* afirmación de ser la flota mandada por D. Manuel de Velasco la más rica que había venido de América, repitiéndolo D. Agustín López de Mendoza, Conde de Robres, en sus *Guerras Civiles de España*, aunque sin expresar la cuantía, que llevan los más á 20 millones de pesos en plata y á otros tantos en valor de las mercancías. De los primeros se condujeron á Lugo en carretas los que estaban registrados, siendo no menos varias las sumas, que se calculan entre los límites de 15 y 10 millones á que reducen la conducta los más moderados, habiendo conformidad en que se salvó por completo la que constituía la remesa de la Hacienda real, como lo da á entender D. Antonio de Ubilla, Secretario del despacho universal, que se hallaba al lado del Rey D. Felipe, y escribió:

«Tuvieron los Generales la resolución de pegarles fuego (á los navíos), por evitar el que los enemigos se apoderasen

de ellos, con que sólo pudieron tomar algunos, en que se tardó el incendio; pero como el tesoro grande que había conducido esta flota para Su Majestad y sus vasallos, que excedía de veinte millones, se había puesto ya en seguridad, en cumplimiento de las órdenes que había dado el Gobierno de España, y las que desde Italia mandó Su Majestad repetir, fue sólo la pérdida de los navíos y algunos géneros de frutos, que por su carga voluminosa resistieron los interesados el desembarcarlos, perdiéndolos en el todo por no expender el corto interés de su desembarco.»

Del todo no los perdieron: idos los enemigos de Vigo, se buscó y extrajo parte de la carga de la Capitana y Almiranta; y si en verdad ascendía á siete ú ocho millones lo que se llevaron los aliados, según sus cómputos y Memorias, no afectaba la sustracción al Comercio de Sevilla, habiendo transcendido al público que dos terceras partes del cargamento de la flota era propiedad de mercaderes ingleses y holandeses, adquirida secretamente por segundas manos, y resultando, por tanto, que los aprehensores arruinaron á sus compatriotas.

Fue la propiedad simulada de las mercancías una de las causas que sostuvieron la oposición de los factores al desembarco de bultos en Vigo, recelosos de que la investigación administrativa pusiera en claro lo que no tanto habían reservado que no se sospechara, hasta el punto de venir indicaciones de la corte de Versalles, recomendando el secreto de lo que justificadamente apareciera ser de pertenencias] de beligerantes. Así lo ha consignado Mr. Baudrillart. (*Philippe V et la Cour de France.*)

Todavía, relativamente á pérdidas y ganancias, habría mucho que considerar analizando la justificación escrita por monsieur de Gastines, Comisario de la escuadra francesa, con narración completa de ocurrencias en Vigo y pormenores originales muy curiosos, de los que entresaco los siguientes:

Recibió orden de desembarcar los caudales del Rey de



Francia «y los de algunos amigos particulares que los habían puesto en Veracruz á bordo del navío *Le Fort*», en el momento de entrar la escuadra anglo-holandesa en Vigo, y con lanchas los condujo á Redondela. El 23 de Octubre, verificado el desembarco de los enemigos, le mandó el Almirante retirarlos hacia el interior, lo que procuró hacer en el acto, convocando á carreteros contratados de antemano; pero ninguno compareció; huían todos tierra adentro, atemorizados por el estampido de los cañones. Durante la acción, fueron llegando al pueblo marineros franceses anunciando que todo estaba perdido, con lo que esparcían el espanto, llegado á máximo grado con la aproximación de bombardas enemigas que comenzaron á lanzar proyectiles sobre la población. Salieron entonces de su convento los frailes de San Simón, descalzos, llorando, y viéndolos, acabó la gente de aturdirse y desbandarse. Procuró el Comisario traer vehículos de los pueblos inmediatos, ofreciendo cien escudos por cada uno para un trayecto de tres ó cuatro leguas, y solamente dos carreteros aceptaron. En una de las carretas cargó la caja del Rey, conteniendo en sacos 16.000 pesos, otros 6.000 en moneda y varios lingotes de particulares. En la otra puso un baul de cuero con la vajilla de plata del difunto Marqués de Nesmond, seis lingotes muy pesados, y de 8 á 10.000 pesos de particulares, en sacos. Quedaron en la casa, por falta de medios de transporte, muchos cofres con plata labrada, moneda y objetos preciosos, así como los que, á última hora, traía una lancha del navío *Solide*, con más moneda, platería y sedas de China.

Con las dos carretas emprendió la marcha el día 23, yendo á hacer noche en Moheda, legua y media de Redondela, donde llegaban sin cesar soldados franceses fugitivos y medio desnudos. El 24, al amanecer, advirtió que los carreteros se habían marchado, llevándose los bueyes, é inútiles fueron las gestiones que hizo, auxiliado del cura, para procurarse otros. En este apuro, reunió 20 marineros de sus navíos é hizoles cargar con otros tantos sacos de á mil pesos para proseguir

el camino á pie hasta Tuy, marchando en grupos, bajo la vigilancia de cuatro oficiales.

Llegado á un paraje de arboleda, distante no más de un cuarto de legua, sonaron tiros detrás de un vallado, y cayó muerto Mr. Fleury. Los marineros, creyendo ser perseguidos por los ingleses, arrojaron los sacos al suelo y escaparon: él retrocedió á Moheda, abandonando el dinero al pillaje de los campesinos. Pudo lograr después que le facilitaran caballos sin freno ni silla, con los que llegó á Santiago, llevando consigo á los franceses que fue encontrando por el camino; pero no más caudal que el guardado en los bolsillos.

Comprueban el espantoso desorden de la dispersión, durante la que ni los milicianos, ni los soldados y marineros de la escuadra, resistieron á la tentación de apropiarse los objetos de valor esparcidos, otras relaciones del tiempo, así como la tradición recogida por los historiadores de la localidad D. Nicolás Taboada y D. José de Santiago y Gómez, por donde se aprende que, aunque el Tesoro cambiara de manos, no aprovechó tanto á los enemigos como se propaló.

«El Rey perdió más que todos—escribió el Marqués de San Felipe—no sólo en no quedarle navío para Indias, y en lo que había de percibir de las Aduanas si se introducían todas las mercaderías, cuanto en que fue preciso después valerse de navíos franceses para el comercio de la América, que fue la ruina de sus intereses y la de sus vasallos.»

Hay también que distinguir, como en las apreciaciones anteriores. El Rey retuvo la totalidad de la suma salvada, haciendo oídos sordos á las reclamaciones y á los lamentos de los particulares interesados; puso á disposición de su abuelo Luis XIV de Francia dos millones de pesos como indemnización de lo sufrido por su Armada; ofreció 40.000 de joya ó regalo al Almirante Château-Renault, y aplicó el resto á las necesidades de la guerra.

Vengamos al epílogo.

Veinte años después de la batalla desastrosa, elevó al Rey

de España, un sueco nombrado Liberto Wolters, un memorial solicitando autorización para buscar y extraer el gran caudal oculto bajo las aguas de la ría de Vigo, con condiciones que tanto habían de favorecer á su propio interés como al del Estado. Se estudió el asunto; se formó expediente; se discutieron aquellas condiciones y se formalizó asiento ó escritura por término de tres años, sin comprometerse á otra cosa que á la entrega en Cajas reales de la tercera parte del valor de cuanto sacara del fondo.

Expedida la Cédula de concesión en Mayo de 1724, como el empresario no tuviera, al parecer, el pensamiento tan hondo como el tesoro estaba, sin haber hecho registros ni prepararlos, á los dos años, en 1726, traspasó sus derechos á don Juan Antonio Cosca, quien, llevado de la ilusión, no encontrando recursos, dejó caducar el privilegio.

Otorgóse otro nuevo con idénticas cláusulas á D. Juan Antonio Rivero, si bien ampliando el plazo á seis años, contados desde el 20 de Febrero de 1732. Rivero era hombre de buena fe: consumió gran parte de su caudal, haciendo cambiar á los buzos de uno á otro casco, sin verles sacar más que anclas, cañones de hierro, tablas, balas y palanquetas, con alguna que otra moneda adherida. Se declaró satisfecho de probaturas, y, hecha liquidación por el veedor del Estado, se tasaron en 3.068 reales vellón los efectos que se habían de repartir.

No faltaron, sin embargo, otros pretendientes, entre los que William Evans, inglés, y Alejandro Goubert, francés, se disputaron las influencias, que ganó el último, así por representar á una Compañía provista de fondos, como por no faltarle padrinos en la Cámara real. Su concesión, firmada en 1728, extendía el término á treinta años y rebajaba al seis por ciento los derechos de la Hacienda.

Trabajando más de diez años en las estaciones y días que la mar lo consentía, con buen material, registró la Compañía casi todos los cascos sumergidos, prefiriendo al que en la localidad nombraban *Tojo*, que fue desembarazado del fango y

suspendido á fuerza de cabrestantes y de cajas de aire, consiguiendo vararlo en la playa, aunque destrozados los extremos de popa y proa.

En el interior se encontró lastre de piedra, botijas de barro, balas y palanquetas, jarcia inútil, palo campeche, 14 cañones de hierro y cuatro marcos de plata, objetos poco correspondientes á los gastos sufragados por los trabajos, que ascendían en aquella fecha á dos millones de francos.

Otras Compañías representadas por D. Pedro Boyer, señor de Baufontaine, por Nicolás Reyni y Mateo Walic, por Jaime de Córdoba de Volubière y Francisco Pescharry, sucedieron á la de Goubert en las concesiones solicitadas por los años de 1747, pero no en la práctica de los sondeos. Hasta el de 1825, no volvieron á emprenderse, y lo hizo Mr. Isaac Dickson, inglés, llevando á la bahía al bergantín *Enterprise* provisto de una campana perfeccionada, entre varias máquinas expresamente adquiridas. El resultado no fue más satisfactorio que los anteriores: salieron del fondo más cañones y tosas de madera.

En 1859, un Mr. David Langland, también inglés, acometió la empresa de exploración haciendo inteligentes gestiones para formar Compañía anónima que le proporcionara capital sobre la garantía de la concesión obtenida. Se entendió, al efecto, con Mr. Saint-Simón Sicard, al cual transmitió sus derechos mediante escritura otorgada en Vigo en 1866, y aprobación del Gobierno. Mas como si tal acto no pasara, circuló prospectos en Londres, emitió obligaciones, dió á entender que William Evans é Isaac Dickson se habían enriquecido extrayendo sigilosamente muchas cajas de pesos duros, vajillas y lingotes de plata, y hubo de inspirar un libro en que, recogiendo las noticias de historiadores antiguos y modernos, las relaciones contenidas en las *Gacetas* de Londres y de Amsterdam, y las confidencias descubiertas en cartas particulares, se demostraba matemáticamente la existencia segura en las aguas de Vigo de millones y millones, por siglo y medio despreciados.

Pero simultáneamente constituía Saint-Simón Sicard sociedad en París, usando de idénticos argumentos, y la publicidad produjo, naturalmente, reclamaciones, protestas, embrollos, que se llevaron al terreno litigioso y produjeron la anulación del asiento, declarada en 1867 por el Gobierno español, que abrió concurso público para adjudicarlo al que mejores proposiciones hiciera, entre los muchos que solicitaban la explotación de aquella mina.

Hízose la adjudicación en 1867 á M. Stanislaó Barthe, que la traspasó á su compatriota M. Hippolyte Magen, activísimo empresario. Bajo su dirección no tardó en organizarse en París una Compañía de banqueros, transformada después en Sociedad por acciones, siempre bajo la gerencia de M. Magen. Con el año 1870 comenzaron los trabajos de exploración y salvamento, empleando cuantos medios alcanzan las últimas invenciones: escafandras, luz eléctrica, torpedos, bombas, rastras. Se trazó el plano submarino de la bahía de San Simón, situando en él á los restos de los galeones; se verificó reconocimiento de buzos en diez cascos, y de cada uno se extrajo en montón lo posible, que, lo mismo que en los anteriores intentos, se redujo á cañones roñosos, anclas, zurrones averiados, maderas, objetos menudos, muchos de curiosidad, ya que no de valor, como varillas de abanicos, tazas de China, jícaras mejicanas y piezas de metal corroído. De plata, hasta 60 kilogramos, según se comunicó en junta general de accionistas, al anunciarles que estaba agotado el capital y era preciso reponerlo, ya que á ciencia cierta, sin género de duda, quedaba averiguado haber en el fondo de la bahía *de 133 á 135 millones de francos*.

La demostración cumplida fue obra del referido gerente M. Magen, juzgando por la firma que aparece en la introducción de un libro semejante al de Londres antes citado, con título más largo y atractivo, con copia mayor de datos también, acreditando prolija investigación histórica el cúmulo de citas de escritores, especialmente españoles é ingleses, y no

escasa pericia literaria, la amenidad con que están aprovechadas al referir la procedencia de la flota, el valor de su cargamento, la obstinación del combate y la importancia del botín llevado por los vencedores.

A no figurar entre las cifras numéricas la de 910.000 francos invertidos en extraer del agua los objetos antes mencionados, es de presumir encontrarán los accionistas en el libro mayor interés intelectual del que realmente despierta su lectura antes de llegar á la narración de las dificultades económicas en que se vió envuelta la Sociedad, agravadas por la guerra entre Francia y Alemania, la captura del gerente al salir en globo de París, sitiado, las diligencias hechas para obtener sucesivas prórrogas á la concesión, que duró hasta 1884, fecha en que fue retirado el material de la bahía.

Posteriormente acudieron al reclamo nuevos especuladores animosos. En el registro oficial de concesiones del Ministerio de Marina figura en 1885, la acordada á Mr. John Emery Gowen, y en 1892 á M. E. A. Corbin, Presidente de la Sociedad internacional submarina establecida en los Estados Unidos de América, que es la última, por haber negado el Gobierno otras peticiones, sin lo cual quizá se prolongara indefinidamente la historia del tesoro legendario de Vigo.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

# LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

---

EL ROMANTICISMO.—SEGUNDO PERÍODO.—LA NOVELA

Prosiguiendo el estudio de la novela romántica, trataremos hoy de Alejandro Dumas padre, y Eugenio Sué; y después, con mayor detenimiento, según es debido, de Jorge Sand, que representa, dentro de la evolución del romanticismo, una nueva forma: la novela idealista.

Al nombrar á Alejandro Dumas, padre, no ya en concepto de autor dramático, sino de novelista, noto más que nunca la dificultad de precisar, y más aún de fundar, ciertos juicios en que la crítica literaria se aparta del público, y no contenta con apartarse, rompe á andar en dirección diametralmente opuesta. Ante la crítica, no es Dumas, padre, novelista, un autor discutido, injuriado, maltratado, no; que á serlo, por vivo le tuviéramos. Es un autor decaído y arrinconado, á quien parece de mal tono, no digo estudiar, sino hasta citar. Los críticos le han barrido: no existe. Entre los muchísimos libros franceses de crítica que consulto á cada paso al trazar estos capítulos, no encuentro media docena de páginas dedicadas á las novelas de Dumas padre, si se exceptúa la fulminante diatriba de Zola contra el proyecto del monumento de bronce que á Dumas ha elevado la ciudad de París, y que, en sentir del autor de los *Rougon*, fue una usurpación á Balzac.

El público, en cambio, guarda fidelidad y predilección

tenaz y callada por las novelas de Dumas. He preguntado á libreros españoles, y contestan que mientras nadie pide ya un ejemplar de aquellas novelas de Hugo, que hace treinta años se despachaban á millares, Dumas se vende siempre sin interrupción. Ni se ha cesado de traducirle, ni los periódicos de circulación han dejado de ver en sus grandes novelones seriales un gancho para los suscriptores. Si estas cuestiones del mérito literario pudiesen resolverse mediante un plebiscito, aún hoy, á estas alturas, Dumas se llevaría de cierto la palma.

Para mucha gente, acaso para la mayoría, las creaciones de Dumas realizan el tipo del género novelesco. ¿Qué se propone el novelista? Recrear, divertir, cautivar y suspender el ánimo con un relato en que el interés no desmaye un punto, en que sin fatiga del entendimiento y hasta casi sin su intervención, se espacé la fantasía, ya con aventuras y lances sorprendentes y extrañas y dramáticas peripecias, ya con el desfile de una colección de telones donde aparezcan bocetadas á brochazos y retocadas por la imaginación, las principales escenas de la historia moderna y antigua, á guisa de epopeya barata y vulgar; y todo esto, diluído en un estilo incoloro, amorfo, claro y corriente como agua, que ni pese ni brille, sin pretensiones artísticas, el pan nuestro de cada día de los lectores sencillos, que detestan los primores de la forma porque obligan á admirar, la verdad porque es ejemplar y triste, la psicología porque recalienta los cascos y el análisis y la observación de lo real porque es una labor como otra cualquiera, y aunque el novelista se encargue de desempeñar esa labor, los lectores á que me refiero se parecen á aquel patricio romano harto de deleites, que sudaba y tenía congojas de ver trabajar á un esclavo.

Lo que el público agradeció á Alejandro Dumas es que supiese, como los narradores de los apólogos orientales, contarle cuentos interminables, y al mismo tiempo hacerle cosquillas en la planta de los pies para que se durmiese sin sentirlo. La



facultad dominante en el hombre, la que se sobrepone á la razón, es la imaginación, y abundan más las imaginaciones frescas é incultas, parecidas á la del niño ó del salvaje, que las imaginaciones empobrecidas ó discontentadizas, remilgadas y exigentes por el lastre de la cultura. De la imaginación nace la credulidad, el ansia de lo extraordinario y estupendo, que antaño llamaron *maravillosidad* los frenólogos; y la imaginación y la credulidad se pusieron resueltamente de parte de Dumas, cuando éste restauró las novelas de caballerías y los relatos de las *Mil y una noches*, renovando las Sergas de Esplandián y los prestigios fabulosos de la encantada cueva de Aladino, atestada de rubíes, perlas y diamantes.

Es justo reconocer que, si carecía Dumas de elevadas exigencias artísticas, si no es posible extraer de sus novelas página que pueda incluirse en una *Antología*, si no nos ha legado un profundo estudio humano, ni una obra de esas que abren surco en el pensamiento, nadie como él poseyó las cualidades secundarias del novelista, la inexhausta vena, la prodigiosa fecundidad, la sorprendente inventiva, la amenidad, la alegría y buen humor en el trabajo; nadie como él devanó la enredada madeja de la narración; nadie encontró en mayor copia los recursos que avivan el interés é incitan á la lectura; y el conjunto de estas cualidades, en el grado en que Alejandro Dumas las reunía, compone una poderosa personalidad literaria. Entre otros rasgos peculiares de Dumas hay que contar su destreza para el *pasticcio* ó franca imitación. Hay entre sus obras una serie de cuentos imitando tan bien la manera tétrica y terrorífica de Hoffman y de Edgardo Poe, que sólo los muy inteligentes pueden distinguirlo, como sólo un experto distingue la esmeralda falsa de la verdadera. Y es que Dumas se lo asimilaba todo; su pluma se adaptaba á lo externo de cualquier manera y de cualquier estilo, así como sabía apoderarse de lo ajeno y fundirlo en sus propios moldes, por lo cual es difícil, si no imposible, separar de entre la inmensa producción de Dumas la parte que corresponde á sus

colaboradores asalariados, dándose este curioso fenómeno; seguros ya de que tal novela no la escribió Dumas, sino ver-vigracia, Augusto Maquet, de Dumas nos sigue pareciendo y como de Dumas la miramos. Peregrina manera de ser, análoga á la de una máquina de fabricar papel, que de mil despojos heterogéneos, trapos, manuscritos, fragmentos de hojas impresas, saca una pasta homogénea.

Se ha sostenido, sin pretensiones paradojales, que una de las cualidades que más favorecieron á Dumas fue su ignorancia. «La ignorancia»—afirma un crítico eminente, Albert, cuando después de bastantes remilgos se determina á decir algo sobre Dumas—«tiene muchas ventajas. Al que sabe, le atan las manos mil escrúpulos; la cuestiones de Historia, de Filosofía y de Arte, le estorban; las reminiscencias le molestan; el temor de imitar le paraliza. En cambio, el ignorante camina impávido.» Sin duda, los primeros estudios de Dumas fueron deficientes, y no se quemó las cejas; pero esto de la ignorancia, que se le atribuye como rasgo distintivo, no me parece del todo exacto. Los escritores de *amena* y *vaga* literatura no han solido ser unos sabios profundos, y menos especialistas; lo son por excepción únicamente: en general, se les puede calificar de *ingenios legos*, como á nuestro Cervantes. Comparado á Agustín Thierry, ignorante es Dumas, sin duda alguna; pero no hemos de exigir la conciencia del severo y documental historiador al que decía, desenfadadamente: «La Historia es un clavo que me sirve para colgar mis cuadros.» De esa varia y pintoresca instrucción que necesitan el novelista y el autor dramático, se apoderó Alejandro Dumas por sorpresa, como él lo hacía todo, ya asaltando las bibliotecas á manera de niño que asalta una alacena de golosinas, y revolviendo crónicas empolvadas, ya leyendo á diario, con voraces y alégres ojos de incansable viajero, ese libro inmenso que se llama el mundo. Además, vivió, cosa de que á veces se olvidan los doctos. Vivir y viajar, son dos aulas donde se aprende mucho; recordemos que Cervantes llamaba *Universidad* á las almadrabas

de la pesca del atún. De estos estudios que realizó Dumas, otro sacaría el escepticismo de la desengañada experiencia; él sacó una ilusión vivaz, y la tela de cañamazo indispensable para bordar sus invenciones; ora el libro de caballería, que cuenta las hazañas de los Artagnan y los Porthos; ora las narraciones de viaje, en que á cada momento mezcla y diluye cinco partes de verdad, en forma de descripción ó de recuerdo histórico, con noventa y cinco de novela y de divertidas patrañas. Aquí hemos comentado las trapisondas de su *Viaje de París á Cádiz*: en Italia, con ser el país favorito de los viajeros impresionistas, no han concluido aún de reirse de las inofensivas y cómicas farsas del *Speronare*, el *Corricolo* y la *Villa Palmieri*. Pues bien: para urdir tanta leyenda sobre motivos de Historia, de Geografía y de Arte; para tanto patrañar, no se puede ser un ignorante cerrado, el prototipo de la ignorancia, como hoy se pretende representar á Dumas: al contrario, es preciso saber bastantes cosas á diestro y siniestro y atesorar nociones y conocimientos, que batirse á la nieve para sacar unas merengadas tan huecas y á veces tan gustosas.

Lo que hay es que en Dumas, esa *fuerza de la Naturaleza*, como dijo Michelet, la vegetación natural, viciosa y exuberante de la fantasía, ahogaba toda simiente de estudio. La fecundidad de Dumas era fenomenal y sin ejemplo. Aquí llamamos fecundo á un autor cuando escribe todos los días algunas cuartillas, lo cual debería calificarse de regularidad, y no de fecundidad; Dumas publicó en un año más de lo que podría escribir un copista, funcionando noche y día como una mecánica. Dos periódicos fundó para redactarlos exclusivamente, y así y todo le faltaba espacio; no tenía canales por donde desahogar tanta prosa, y se hubiera anegado en tinta á no encontrar vado en el folletín, esa postdata ó coletilla de la prensa periódica.

El folletín nació con nuestro siglo, y al principio dió asilo á la crítica literaria y teatral. Tuvo sus tiempos heroicos y áureos; en folletín aparecieron los incomparables *Lunes*, de

Sainte Beuve. Pero, bajo la monarquía de Julio, el folletín abandonó los dominios de la ciencia, del buen gusto y la razón, y se entró por los de la imaginación, dando cabida á las novelas de Dumas y Eugenio Sué. La popularidad del folletín fue súbita y vertiginosa: podemos formar idea de ella releyendo el humorístico artículo que D. Modesto Lafuente, conocido por *Fray Gerundio*, dedicó en su *Teatro Social* á la obra de Sue, *Martín el Expósito*. Al pronto, los periódicos serios y de gran circulación se desdeñaron de recurrir al folletín; después no tuvieron más remedio que bajar la cabeza y solicitar con empeño y pagando muchos miles de duros por una obra, las novelas socialistas de Sue y las novelas de aventuras del autor de los *Tres Mosqueteros*. La evolución del folletín es sobrado conocida. Dumas y Sue eran semidioses del arte al lado de los industriales y prestidigitadores que les siguieron, y que todavía infestan con sus engendros disparatados el piso bajo de muchas publicaciones, sin conservar más lectores que la hez del vulgo intelectual, que puede vestir de seda ó de andrajos, porque se encuentra en todas las esferas sociales. Comparándole á los Richebourg, los Montepin, los Ponson y los Gaboriau, resalta la superioridad del narrador é inventor Alejandro Dumas, la dramática fuerza de algunas de sus novelas, por ejemplo, el *Conde de Montecristo*, y el vivo sabor de ficción caballerisca de otras, entre las cuales descuellan como modelo *Los tres Mosqueteros*, y su continuación, *Veinte años después*.

En el mismo año que vió nacer á Alejandro Dumas y Víctor Hugo, vino al mundo Eugenio Sué. De estos tres nombres tan resonantes, uno solo conserva sonoridad en los anales de la novela; sobre los otros dos pesan el desdén y el olvido de los críticos. También á Sué le encontramos arrumbado en el cajón de sastre de los diccionarios enciclopédicos.

No se cuenta con él para reseñar el movimiento estético: es un episodio estrepitoso y efímero de la historia literaria. Hay su parte de injusticia en este completo desprecio, y conviene

espumar un párrafo del tantas veces citado Sainte Beuve, donde compara á Eugenio Sué nada menos que con Balzac. «Sué novelista—dice el párrafo—es acaso igual á Balzac en invención, en fecundidad y en el arte de componer. Con maravillosa destreza levanta grandes armazones de novela; tiene caracteres que viven y que se sostienen, Dios sabe cómo; y sobre todo, tiene la acción y dominio de los recursos dramáticos. Pero los detalles son á menudo endebles; numerosos y variados, los encuentro menos finos y hondos, de menor originalidad y variedad que en Balzac. No le falta jovialidad, y suele encontrar tipos felices y naturales; pero le gusta lo excéntrico y se complace en describirlo. En Balzac, como en Sué, no busquemos la naturaleza normal y sana: su terreno es lo deteriorado y lo facticio. Eugenio Sué no sabe escribir tanto ni tan bien como Balzac, ni tan mal, ni con tanta sutileza en lo malo. Y, por último, Sué incurre en el error de no entregarse á sus propios instintos, y de consultar los sistemas que están de moda, profesándolos en sus últimas novelas, cosa que Balzac no hizo nunca, intransigente á fuer de verdadero artista.»

Por esta última acertadísima observación se puede perdonar la comparación entre dos novelistas de tan diferente talla y fuerza como Balzac y Sué. A su tiempo hablaremos de Balzac: limitémonos ahora á reconocer que, en efecto, Eugenio Sué viste según el figurín de su época, y se ha quedado antiguo como los retratos en que se exagera la moda sin corregirla con el gusto artístico, ideal eterno de la belleza.

Como además carece Sué de la ardiente convicción del sectario, que devora, por ejemplo, á Tolstoy, difícilmente se podrá ver cosa más marchita, pasada y apolillada que el socialismo sentimental de *Martín el Expósito*, *Los Misterios de París* y *Los Misterios del Pueblo*. ¿Y qué decir del libelo fantasmagórico terrorífico en varios tomos, espantajo y coco de la gente timorata y asunto de homérica risa para las personas serias, titulado *El judío errante*? Creo recordar—y lo digo así

dubitativamente por no tener á mano los libros donde supongo que encontré esta noticia—que á Pablo Feval le llevaron, antes que á Eugenio Sué, un fajo de documentos relativos á los jesuítas, proponiéndole una fuerte cantidad por escribir algo que se pareciese en su objeto y propósitos al *Judío errante*; y como Feval rechazase la venal tarea, Eugenio Sué, recogiendo los datos y aceptando la retribución, se encargó de desempeñarla. Sin responder de la verdad del hecho, digo que *El judío errante* es á todas luces labor de escándalo, obra en que se procura la calumnia y la detracción, y en que se amontonan extravagancias y horrores para seducir al público de nivel más bajo, aunque los lectores de algún discernimiento suelten la carcajada ó se encojan de hombros. Si gran parte de la humanidad no se dejase influir por la calumnia en proporción de su misma absurda inverosimilitud, maldita la falta que hacia poner en el índice *El judío errante*, prohibiendo su lectura, pues ya la había prohibido antes el sentido común. Pero es preciso reconocerlo: no ha llegado todavía la humanidad, ni sé si llegará nunca, á la edad de la razón, y á pesar de lo disparatado y burdo de las fábulas encerradas en *El judío errante*, su efecto fue enorme: las aventuras y desventuras de las huérfanas Blanca y Rosa, el trágico fin de Adriana de Cardoville y el príncipe Djalma, y las desdichas de las otras interesantes víctimas de las maquinaciones del *socius* Rodín, encargado por los *hombres negros* de apoderarse del fabuloso caudal de la familia Rennepont, conmovieron muchos corazones sensibles, y son acaso una de las obscuras fuentes de donde mana la antipatía y repulsión que el solo nombre de la Compañía de Jesús causa á personas á quienes les sería difícil razonar estos sentimientos.

La propaganda socialista de Eugenio Sué extrañó á los que le conocían, y no se explicaban cómo podía describir las últimas capas sociales, y los barrios sospechosos y extraviados de París un mozo tan elegante y pulcro, que sólo respiraba entre gente fina. Era, en efecto, Eugenio Sué, lo que hoy diría-

mos un gomoso. Hijo de un médico, á quien dió cierto renombre su discusión con Cabanis acerca del dolor que causa el suplicio de la guillotina y la persistencia de la vida en la cabeza cortada, Eugenio Sué fue sacado de pila por la Emperatriz Josefina y el Príncipe Eugenio, estudió mal y á trompicones la Medicina, y mientras le creían dedicado á hacer preparaciones anatómicas, realmente se consagraba á beberse el rancio Tokay y el Johannisberg que guardaba su padre como un tesoro. No aspiró Sué, en sus años juveniles, á la gloria: únicamente soñó con poseer un caballo, un cochecillo y un *groom*, y se los procuró recurriendo á los usureros, que le prestaron descontando la herencia que esperaba.

La primera idea literaria que tuvo Sué, *Las Cartas del Hombre mosca*, se originó de los apuros en que ponían al alegre muchacho sus gustos de esplendidez y la tacañería paternal. En castigo de sus calaveradas le obligaron á embarcarse, y dos veces hizo el viaje á las Antillas, encontrándose en la memorable batalla de Navarino, el moderno Lepanto. De esta época de su vida proceden las novelas marítimas, que á mi entender, son lo mejor, lo más sincero y poético que Sué escribió nunca, y entre las cuales descuellan *Kernoch el pirata* y *La Salamandra*. Al heredar un capitalito, Sué dió rienda suelta á sus instintos aristocráticos y mundanos: él fue el primero, dice Dumas, que amuebló sus habitaciones al estilo que tanto se generalizó después, el primero que recogió esas zarandajas bonitas llamadas *bibelots*, de que entonces nadie hacía caso; vidrios de colores, porcelanas de China y Sajonia, muebles tallados del Renacimiento, platos repujados y armas ricas. Al lado de estas aficiones de artístico refinamiento, nótanse en el Eugenio Sué de entonces tendencias parecidas á las que aquí manifestaron Espronceda y sus amigos los afiliados al Parnasillo romántico. Asociado con una trínca de jóvenes de buen humor y desaforadas inclinaciones, recorría de noche las calles de París, haciendo diabluras y burletas á los ciudadanos pacíficos, en especial á los especieros y porteros, profe-

siones muy expuestas á la mofa de los románticos de melena. De estas pesadas chanzas hay reminiscencias humorísticas en la lucha del portero Pipelet y el pintor Cabrion, en los *Misterios de París*. Como se ve, no daba indicios Sué de ser un redentor de la humanidad, un apóstol de la buena nueva socialista, sino un vividor elegante, con vistas á la escuela desdeñosa de Byron y Alfredo de Musset. Pero Sué se dejó arrastrar por la corriente entonces dominante, que era el socialismo poético y literario, y contra la cual sólo navegaban los artistas puros, los Gautier y los Merimée. Lo que entonces flotaba disperso en la atmósfera eran las doctrinas comunistas de Baboeuf, partidario de la abolición de la propiedad, las utopías de una Icaria más feliz que nuestra Jauja; el nuevo cristianismo democrático y social de Saint Simón; la organización de Fourier, el tradicionalismo socialista de Pedro Leroux, el misticismo de Reynaud, y tantas otras doctrinas filantrópico-religiosas, colectivistas y falansterianas. De este estado de conciencia literaria son reflejo las novelas de Sué, á cuya celebridad contribuyó y á cuya caducidad cooperó también.

Para estudiar las costumbres y las miserias de las clases populares dícese que Eugenio Sué se disfrazaba como su héroe el gran Duque de Gerolstein, y así disfrazado frecuentaba tascas y chiscones, bujíos y Cortes de los Milagros; todo el vasto mapa del vicio y de la miseria, los círculos del infierno parisiense.

No menos fecundo en la inventiva que Dumas, padre, Eugenio Sué poseía superiores condiciones de estilista. Hay en *El judío errante*, á vueltas de la laboriosa y forjada ficción, páginas que revelan al escritor de raza. Acaso lo más notable en este concepto es el trozo en que se describe la siesta del Príncipe Djalma y la abrumadora y espléndida naturaleza de la India. Todavía debe elogiarse en Sué la vena cómica, espontánea y abundante, aunque no muy ática, y asaz parecida á la de Pablo de Kock, á cuyo museo de tipos grotescos pertenece de derecho la figura inolvidable del portero Pipelet.



Acaso había nacido Eugenio Sué para ser un escritor festivo y un buen pintor de paisajes y marinas, en vez del filántropo que soñó en sus *Misterios de París* y en sus *Siete pecados capitales*.

Llegado el momento de tratar de Jorge Sand, quiero ante todo advertir que el relativo detenimiento con que hablaré de esta mujer extraordinaria no se deberá á sus méritos literarios considerados aisladamente, sino al oficio y papel que desempeñó en la evolución del romanticismo, más señalada en ella que en nadie, según reconocen críticos de suma autoridad y perspicacia; por ejemplo, Brunetière.

Los que me leen saben que por ahora no hemos salido del período romántico, el cual, prescindiendo de otros nombres—sin duda gloriosos, pero menos significativos,—puede darse por iniciado con Chateaubriand, y por llevado á su apogeo, á sus últimas consecuencias, con Víctor Hugo. Pues bien; siguiendo el mismo método, de dejar á un lado, momentáneamente, los nombres que no sintetizan de un modo absoluto ese movimiento, podemos decir que con Jorge Sand se cierra el período romántico, y que en las tres épocas y estilos de su vida y obras es fácil seguir paso á paso la transformación y hasta la desorganización del romanticismo, los nuevos aspectos que el siglo presenta, y, en suma, el cambio radical sobrevenido en los veinte fertilísimos y creadores años comprendidos entre 1830 y 1850.

Para demostrar que Jorge Sand tuvo efectivamente la representación que le atribuyo, es indispensable empezar extrayendo su biografía menos aprisa de lo que acostumbro á reseñar la de otros escritores ilustres. La biografía, en la historia literaria, tiene un puesto legítimo siempre que contribuye á explicar las obras; y no vacilo en afirmar que las de Jorge Sand serían una charada ó un logogrifo si no conociéramos algo de los sentimientos que las dictaron. Sin llegar al extremo á que llega Hipólito Taine cuando sostiene que lo único importante que hay detrás de un libro es un hombre ó una

mujer, paréceme que la significación de los libros se completa muchas veces con la de la vida; y cuando los libros son, como los de Jorge Sand, esa vida misma—interna ó externa—derramada por las hojas del manuscrito, y si además esa vida concentra la substancia de las ideas y de las esperanzas y ensueños que agitan al siglo y subvierten profundamente su expresión literaria, entonces el deseo de conocer esa vida no implica ni malsana curiosidad ni prurito chismográfico, sino el cumplimiento de un deber, como lo es en la profesión médica la autopsia del cadáver. A pesar de este convencimiento, no me propongo trazar una completa biografía, limitándome á ciertos rasgos, en mi opinión significativos; y el respeto debido al genio y al carácter de Jorge Sand, me enseñará á pasar al vuelo sobre lo que en su historia sólo puede importar á los golosos de escándalo, y que, en realidad, tiene mucho menos valor, y es menos significativo, que otros aspectos peculiares de su vida.

Aunque nacida en París, Aurora Dupin es una campesina, ó, según la llamó Zola, una faunesa; y la verdadera influencia que sufrió, la de la naturaleza agreste. Los antecedentes de familia, la herencia y el atavismo no deben desdeñarse, y ojalá conociésemos los de todos los escritores ilustres como conocemos los de Jorge Sand. Sin remontarnos mucho por el árbol genealógico, encontramos sangre de la raza sajona, más soñadora que la francesa, y también muy recientes tres historias novelescas consecutivas y tres hijos del amor, como se decía entonces. En efecto, el bisabuelo de Jorge Sand fue el célebre Mauricio de Sajonia, el héroe de Fontenoy, hijo natural de Augusto II, rey de Polonia, y de la condesa Aurora de Koengsmarck; la abuela de Jorge Sand era, á su vez, hija natural del regio bastardo; de las segundas nupcias de esta señora nació Mauricio Dupín, y de los amores volcánicos y secretos de Mauricio Dupin, Aurora Armandina, tan célebre bajo el pseudónimo de Jorge Sand. Aurora, con su acostumbrada indiferencia por las vanidades, se apresura á advertir

que, como nadie es hijo solamente de su padre, sino también de su madre, hay una enorme mancha en su blasón; que el biznieto del rey de Sajonia casó con una pobre grisetilla, nacida en el arroyo parisiense, hija de uno que vendía pájaros en los malecones, y, por consiguiente, de este lado Aurora Dupín es plebeya y muy plebeya. Esta mezcla de la sangre real y la del pueblo es otro dato que explica tendencias, á veces contradictorias, y teorías curiosas é ingenuas defendidas en las novelas socialistas de Jorge Sand, la cual, al citar una sentencia española, que transcribe en idioma español, *Cada uno es hijo de sus obras*, recuerda que también somos hijos, quieras que no, de nuestros antepasados, y que antepasados tienen, igual que los nobles, el aldeano y el obrero.

Desde la cuna afligió y atormentó á Aurora la lucha doméstica entre su abuela y su madre. La primera no olvidaba su ilustre origen y su intachable virtud, y jamás pudo consolarse del enlace que contrajo su hijo un mes antes del nacimiento de la niña. Ésta, en los primeros años, prefirió á su madre; después tomó el partido de su abuela; pero su corazón era de las dos, á las dos idolatraba, y costábanle grandes tristezas las disensiones y los odios de ambas, envenenados desde la trágica muerte del hijo y del esposo. De aquel largo drama de familia, sacó Jorge Sand buena parte de sus ideas igualitarias y democráticas.

Aunque no importe mucho este detalle en la biografía de Jorge Sand, es interesante para nosotros los españoles saber que las primeras impresiones pintorescas y poéticas que recibió las recibió en España, no en su residencia en Mallorca, que tan admirables cuadros le inspiró, sino cuando, muy niña, la trajo aquende los Pirineos el mismo azar que trajo á Víctor Hugo: la madre de Jorge Sand, celosa y apasionada, quiso á toda costa reunirse á su marido, oficial de los ejércitos de Napoleón y ayudante de Murat. El paisaje montañoso de las inmediaciones de Pancorbo quedó impreso siempre en la fan-

tasía de Jorge Sand, así como el terrible espectáculo de los pueblos incendiados—esto ocurría en vísperas de la jornada del Dos de Mayo—el calor, las cebollas crudas por alimento, las esteras en el suelo, la urraca que sabía decir «mueran los franceses», el palacio dorado de Godoy, los juguetes rotos de los Infantes de España y, sobre todo, el aspecto de su madre vestida de española, luciendo la mantilla y la falda de madroños. Lo cierto es que en este viaje á España empezó á despertarse una de las imaginaciones más sensibles y vivas que han existido jamás, y se inició aquel estado de perpetuo ensueño, descrito por Aurora en sus Memorias con tan singular hechizo. Es curiosa la coincidencia: las dos fantasías privilegiadas del poeta y la novelista del romanticismo, recibieron en la niñez la sacudida eléctrica de un viaje á España, peligroso y salpicado de dramáticos episodios. El recuerdo de España debió de imprimirse mejor en Jorge Sand, á causa de la muerte súbita de su padre, que á poco de regresar á Nohant, fue despedido por el indómito *Leopardo de Andalucía*, el caballo que le había regalado Fernando VII, con el fin, según creía la esposa de Mauricio, de desembarazarse de un oficial francés.

Obligada á prodigar la palabra *imaginación* para autores tan distintos entre sí como Víctor Hugo, Dumas, Sué y Jorge Sand, conviene notar que hay imaginaciones muy diferentes, si no en cantidad, en calidad; tan diferentes, por lo menos, como las inteligencias y los temperamentos. En la niñez de Jorge Sand se ve la formación y la índole de su imaginación propia, no plástica y material, hecha de imágenes como la de Víctor Hugo, sino idealista y vaga, orientada al Norte, nutrida de sueños. Todo adquiere en ella ese tinte romancesco, y su cabeza se puebla de cuentos de hadas, de leyendas mágicas, de mitología y de tradiciones aldeanas del Berry; de noche, creía ver animarse, desprenderse y luchar las figuras de bacantes y ninfas pintadas en el papel que reviste su estancia. «Mi cerebro infantil rebosaba poesía», dice sinceramente.

En esa fresca edad de la vida, en que las lecturas marcan huella indeleble como el ácido sobre el acero, es cuando cae en manos de la niña Aurora cierto libro trasconejado, *Las Batuecas*, de Madama de Genlis, institutriz y amiga de Luis Felipe. El contraste entre la inocencia y la rectitud del joven batueco que logra escaparse de su inaccesible valle y las leyes del mundo civilizado donde se encuentra, y que sancionan la propiedad y llaman robar á coger un pedazo de pan para socorrer á un hambriento mendigo, inspiró á Jorge Sand sus primeras y candorosas nociones socialistas.

Ningún crítico investigaría mejor las fuentes de una literatura y los tempranos éxtasis de una fantasía, como Jorge Sand cuando se retrata oyendo leer historias novelescas y cuentos de brujas ante la chimenea del viejo salón de Nohant. «Las mariposas—dice—flotaban ante mí. Eran bosques, ríos, praderías, ciudades de extraña y colosal arquitectura; eran pájaros de azur, púrpura y oro; eran rosas verdes y color de violeta, y yo soñaba estas rosas, porque los niños, como los poetas, se prendan de lo que no existe. Un día mis apariciones fueron tan concretas, que pregunté á mi madre si no las veía.»

La educación de Aurora en Nohant es otra batalla doméstica; su madre la deja crecer y desarrollarse fuerte y rústica como un árbol, correr por el campo, hablar *patuá* y vivir con los aldeanillos, mientras la abuela, aristocrática y solemne, quiere hacer de ella una señorita que se tenga muy derecha, cuide las manos y salude como en la corte. Aurora reniega del compás y se embriaga con la libertad agreste, pasándose las horas muertas al lado de los bueyes y los mansos borregos que vienen á comer en su mano; á la velada se extasía escuchando las consejas y cuentos de los majadores de cáñamo, y hasta dormida cree oír la paletada de las lavanderas nocturnas y el restallido del látigo del espíritu folleto. Es ya la misma que ha de escribir deliciosas geórgicas y églogas, que ha de sentir y describir la Naturaleza como nadie la había descrito, y

poner la ceniza en la frente al gran paisajista Chateaubriand, demostrando que no se necesita salir de Europa y recorrer los márgenes de los ríos americanos, y que con la verdad y la poesía, el humilde rincón de una provincia francesa encierra más hermosura. La novela *regionalista*, hoy tan difundida, está ya completa en *François le Champi* y *La mare au diable*.

Persuadida la abuela de Jorge Sand de que su nieta era un sér extraño, tan pronto zagaleja de zuecos como soñadora que escribía poesías é inventaba héroes semejantes á aquel famoso *Corambé*, ó insubordinada demagoga que sólo aspiraba á la pobreza y al trabajo, decidió ponerla algún tiempo en el Convento de las Inglesas para que se civilizase. Mas la imaginación, duende familiar de Jorge Sand en las veladas campesinas, no la abandona en el convento, al contrario. El trato con las muchachas inglesas ó irlandesas, supersticiosas y crédulas, las reminiscencias de una novela espectral de Ana Radcliffe, titulada el *Castillo de los Pirineos*, la exaltan más y más; y alistada entre los *diablos*, ó sea las alumnas revoltosas é incorregibles, dedícase con sus compañeras á buscar por los recovecos y subterráneos del convento *la víctima*, la prisionera que una constante tradición suponía emparedada en alguna celda en el espesor del muro, ó aherrojada en algún negro calabozo bajo las bóvedas. De estas expediciones sólo sacaron ropa destrozada y manchas de telarañas y yeso. Cuando la experiencia demostró á Aurora que no había tal víctima, su fantasía tomó otra dirección, su sér impresionable recibió otro impulso y la futura Jorge Sand se hizo devota. «Esto fue impensado—dice ella misma, pues me complazco en referirme á su testimonio— como pasión que de súbito se enciende en un alma ignorante de sus propias fuerzas. Había agotado el movimiento y la indisciplina; había gastado mi único cariño violento, el amor filial; necesitaba una pasión ardiente; tenía quince años, y por decirlo así, mi corazón se aburría. El ideal religioso se apoderó de mí como por sorpresa». Sorpresa tanto mayor, añadiremos, cuanto que la abuela, á un mismo tiempo aristócrata,

realista y volteriana, había hecho lo posible por preservar á la nieta de la fe, enviándola al convento sólo para que aprendiese buenos modales y la circunspección necesaria á una señorita. La fe vino, sin embargo, inundando de delicias el espíritu, y en la iglesia solitaria creyó Aurora escuchar una voz que le decía como á San Agustín nada menos: *tolle, lege*. Un torrente de lágrimas inundó su rostro; hizo confesión general, y tal fue su fervoroso misticismo, que las antiguas compañeras de *diablería* la pusieron de mote *Santa Aurora*. Ya se comprende que este estado de alma fue por desgracia asaz transitorio; sin embargo, tuvo acción directa y constante sobre las obras de Jorge Sand, que á pesar de sus alardes librepensadores, es un alma religiosa, siempre torturada por las cosas divinas, afirmativa en su exaltado deísmo, discípula de Leibnitz y enemiga jurada de los escépticos. La segunda crisis religiosa de Jorge Sand se resolvió años después en el misticismo humanitario.

A la salida del convento, llega para Aurora Dupin ese período de las lecturas glotonas y sin orden, que toda mujer deseosa de instruirse atraviesa en la juventud, y que tanto influye sobre el porvenir de su inteligencia. Este período en que Aurora devoró filósofos, historiadores y poetas, le reveló su verdadero iniciador y maestro, no Leibnitz, sino el mismo que había señoreado las almas de las dos insignes mujeres que representaron en Francia á fines del siglo XVIII y principios del XIX el liberalismo: Madama Roland y Madama de Staël. «El estilo de Juan Jacobo y sus deducciones—escribe Aurora—se apoderaron de mí como una soberbia música iluminada por un radiante sol. En política me declaré su ardiente prosélita, y en religión me pareció el más cristiano de todos los escritores de su tiempo.» Así el sofista peligroso entraba en el alma de Jorge Sand por el camino que habían abierto las emociones religiosas del claustro. «No me gusta Voltaire», es el corolario natural de este entusiasmo por el escritor ginebrino.

Harto sabemos que Rousseau no produce efectos calmantes, ni enseña resignación, ni reconcilia con la vida: y si se añade á la dosis de Rousseau la lectura del *René* y de las poesías de Byron, se comprende el acceso de tedio y desesperación que se apoderó de Aurora. Como Chateaubriand, otro discípulo de Rousseau, llegó á sentir el impulso del suicidio, intentó realizarlo. Era la enfermedad romántica que aparecía, era el primer ataque agudo de lirismo, en quien tantos había de sufrir.

Poco después del suicidio frustrado, Aurora contrajo matrimonio con el barón Casimiro Dudevant. No fue boda de amor, sino tratada y de mutua conveniencia, que aceptó Aurora sin repugnancia y hasta con gusto, como solución apacible, que la maternidad vino pronto á adornar con santas y dulces ilusiones. Uno de los momentos más característicos de la vida de Jorge Sand, es aquel en que olvida lecturas, estudios, correrías y ensueños, y aprende á coser la canastilla de su hijo Mauricio. Mas el ardiente cariño maternal, que en Jorge Sand nunca se desmintió, no era entonces suficiente para llenar su existencia y consolarla de las decepciones del matrimonio y las agitaciones que determinaban, en la madre de veintiún años, una nueva crisis de hastío de la vida, y un ansia invencible, no de felicidad, sino de independencia, trabajo y actividad libre. Confundiendo lo moral con lo físico, los médicos dijeron entonces á Jorge Sand que padecía un aneurisma. El aneurisma era plétora de lirismo y de fantasía; era el torrente de la vida soñada, que se desbordaba allá dentro. Se ignora qué luchas íntimas precedieron á su resolución, y sólo se sabe que hacia el invierno de 1831 salió la baronesa Dudevant para París, sin más compañía que la cuna donde reposaba su hija Solange, y sin más viático que una modestísima pensión que le pasaba su marido.

Por lo general, los que todavía hablan de Jorge Sand, ó con la saña de la reprobación ó con el romancesco entusiasmo que generan ciertas reputaciones, se la representan en



este azaroso período de su vida cobijada en su bohardilla del malecón de San Miguel, y recorriendo el barrio latino vestida de hombre. Ese es el retrato de Jorge Sand, que permanece indeleble en la memoria: la cabeza de melena romántica, envuelta en el humo del cigarro. Fue, sin embargo, un instante breve, impuesto por las circunstancias. No tuvo siquiera la extrañeza de la novedad. Hay pocas cosas nuevas bajo el sol, y en nuestra misma literatura española no faltan ejemplos de damas que anduvieron algún tiempo en hábito varonil, desde la poetisa Feliciano Enríquez de Guzmán hasta la pensadora Concepción Arenal. Sería, además, desconocer el carácter de Aurora Dupin creer que aquella excentricidad obedeció al menor deseo de llamar la atención ó de satisfacer depravadas curiosidades. Bien como para salir á cazar cordornices en Nohant había adoptado las polainas y la blusa, adoptó en París el traje masculino por razones de comodidad y economía. Resuelta á trabajar y á ganarse el pan en una profesión artística, obligada á recorrer á pie las sucias calles llenas de lodo, la que ya llamaremos siempre Jorge Sand veía con terror romperse los zapatitos, estropearse en un día un sombrero de terciopelo, y se recogía á su albergue mojada, acatarrada y con la ropa perdida. De aquí salió la idea del levitón-garita, la bufanda de lana y el sombrero de fieltro, atavío con el cual parecía absolutamente un estudiantito de primer año. Lejos de adoptar esta vestimenta para hacerse notable, vió en ella un medio de pasar inadvertida en calles, plazas, teatros y museos. «Nadie me hacía caso ni sospechaba mi disfraz. Yo lo llevaba con soltura, y la total falta de coquetería evitaba las sospechas. Las mujeres no saben disfrazarse, ni aun en el teatro; no quieren sacrificar el talle fino ni el pie pequeño. A mí esto no me importaba; y he notado que, para pasar inadvertida en traje de hombre, es preciso no haber llamado nunca la atención en traje de mujer.»

Son verídicas estas confidencias: Jorge Sand, tan femenina por el sentimiento, por el instinto maternal y por la bondad,

no lo era en esas miserias humanas, que sin fundado motivo se atribuyen exclusivamente á la mujer: ni tuvo jamás presunción, ni aspiró á hacer víctimas, ni se esclavizó á dijes, trapos y chucherías; sus errores y desvaríos son sentimentales, no tienen que ver con la fatuidad. Faltóla la susceptibilidad vanidosa hasta en el terreno literario, y no conozco á nadie menos literato de profesión, menos pagado de sus obras, más inconsciente de su gloria y más sincero en el entusiasta homenaje al mérito ajeno: virtudes doblemente estimables en el autor á quien Barbey d'Aurevilly (que la detestaba), llama el éxito más grande y más fácil de todo el siglo XIX, el niño mimado del público.

Los primeros pasos de Jorge Sand como escritor, y el origen de su pseudónimo masculino, son de lo más conocido de su biografía. Luchando por la vida pintó retratos baratos y petacas de madera, y como esto producía muy poco, recordó que tenía suma facilidad para escribir, y se decidió á colaborar con Julio Sandeau en una novela, firmada con el pseudónimo mixto *Julio Sand*. Rota la colaboración, Sandeau recogió el nombre de pila y ella conservó el apellido. El primer libro que apareció firmado por Jorge Sand fue *Indiana*. Poco después siguió *Valentina*. La acogida del público á estas famosísimas novelas permitió á Jorge Sand y á su niña vivir con algún desahogo.

Por necesidad voy resumiendo esta biografía desde que empieza á ser propiamente literaria, porque la vida privada de Jorge Sand se relaciona y enlaza con sus obras, y hemos de estudiarlas después. El origen de ellas está en la niñez, que ya conocemos, y la parte acaso más digna de consideración de la vida de Jorge Sand, en otro período en que no suele fijar la gente su mirada curiosa y no siempre benévola. Me refiero á su edad madura y á su ancianidad, tan rodeadas del respeto de todos y tan conformes á sus idílicos ensueños de la adolescencia y á su ideal virgiliano.

Ni el período lírico ni el período socialista de Jorge Sand

se derivan de la época en que vestía de hombre ni de otra muy comentada en que en Venecia, al triste rumor del agua en los canales, veló á la cabecera de Alfredo de Musset, enfermo de calenturas tíficas: la verdadera substancia de los libros de Jorge Sand es su niñez y juventud, las melancolías de su pubertad, las efusiones maternales de sus primeros años de matrimonio y las desilusiones de los últimos, en que, mientras parecía entregada á una vida monástica, á los cuidados del gobierno de casa, á hacer conservas y almíbares, hervía por dentro en anhelos de independendencia, y aspiraba á lejanos viajes, aventuras quiméricas y á una profesión artística ó literaria para ganarse la vida. Acaso la pasividad y el temperamento frío y tranquilo de Jorge Sand la hubiesen mantenido siempre en el camino trillado si no la sacase de quicio la compresión del aburrimiento; pero su verdadera naturaleza, apacible y morigerada, recobró sus fueros al fin y la condujo suavemente hasta los límites de una vejez gloriosa, pasada entre las satisfacciones de la familia, el trabajo y la beneficencia. Reseñemos esta última etapa sucintamente.

Asegurada ya la subsistencia con el producto de su trabajo literario, empezó para Jorge Sand la época de las influencias intelectuales y de las peregrinaciones artísticas á Italia y á Suiza. Trabó entonces amistades, no sólo con escritores y artistas insignes, como Sainte Beuve, Planche, Delacroix y Leopoldo Robert, sino muy principalmente con los filósofos y teóricos del socialismo humanitario, hacia quienes se sentía atraída: Michel de Bourges, el discípulo de Babœuf, que la convirtió; Luis Blanc; Pedro Leroux, y el ardiente apóstol Lammenais. También se atribuyó á Jorge Sand un papel político, y se supuso que era la ninfa Egeria de Ledrú Rollin. La política en ella fue como la novela: puro idealismo.

Una excursión á Suiza con Mad. de Agoult, más conocida por el pseudónimo de Daniel Stern, es el último episodio de lo que podemos llamar vida independiente de Jorge Sand. Desde que, mediante continuas gestiones, hacia 1837 ó 38 una

transacción legal con su marido permite á Jorge Sand disponer de sus hijos, y la encomienda el sagrado y austero deber de mirar por su educación y su bienestar material, empieza á dibujarse, en vez de la figura del estudiantillo, otra más simpática y grave: la señora, á quien los aldeanos y los pobres llegaron á llamar *la buena castellana de Nohant*. «Encontréme hecha á la vez padre y madre—nos dice Jorge Sand;—fuerte quebradero de cabeza cuando el patrimonio no alcanza y es preciso ejercer una industria absorbente, como la de escribir para el público. No sé qué hubiese sido de mí á no haber poseído la facultad de velar mucho y el amor del Arte. ¡Cuántas preocupaciones diversas para una persona nada fértil en recursos! ¡El respeto al Arte; las obligaciones de honor; el cuidado moral y físico de los niños, que es lo primero de todo; el gobierno de la casa; deberes de amistad y cortesía; y los días tan cortos y el trabajo tan largo, y el desbarajuste que al menor descuido se apodera de la familia, de la casa, de los asuntos ó del cerebro! Hice lo que pude..... Muchos años sólo dormí cuatro horas, y otros luché con jaquecas atroces, desfalleciendo sobre la comenzada página.» Y nótese que esto lo dice uno de los escritores más abundantes, la más fácil hilandera de prosa que ha existido; una mujer capaz de escribir diez horas seguidas, sin otro descanso que el cigarrillo, en cuya humareda parecía disiparse la fiebre creadora de su inexhausta fantasía.

Por otra parte, el deber maternal era oficio propio y adecuado para la mujer que, en su corazón y á pesar de las apariencias, no fue nunca una enamorada, sino una madre. Con sus ensueños pasionales, circunscritos á la juventud, lo único que Jorge Sand sintió profundamente fue la maternidad. Todo en la autora de *Lelia* revistió esa forma característica de la mujer: fue madre en sus extravíos, en sus amistades y hasta en sus ideas políticas y sociales, de las cuales abjuraba si tenían que costar una gota de sangre; á nadie sublevaron más las atrocidades de la *Commune*. De su fondo inagotable de

maternidad brotaron sus afectos más duraderos: quiso á Michel de Bourges porque era enfermizo, y á los treinta años representaba sesenta, y se encerró con Chopín en la pavorosa soledad de la Cartuja de Valdemosa, en Mallorca, porque los médicos le juzgaban tísico, y era obra de misericordia asistirle y calmar los temores del supersticioso eslavo, que creía ver desfilar por los góticos claustros de la Cartuja, á la luz de la luna, una procesión de fantasmas. Tuvo Jorge Sand vocación de enfermera, y si no podía asistir á sus amigos, asistía y recetaba á los aldeanos. Esta viva efusión persistió en la vejez, por la maternidad doble de la abuela embelesada con los nietecillos, escribiéndoles cuentos y comedias para su teatro de marionetas.

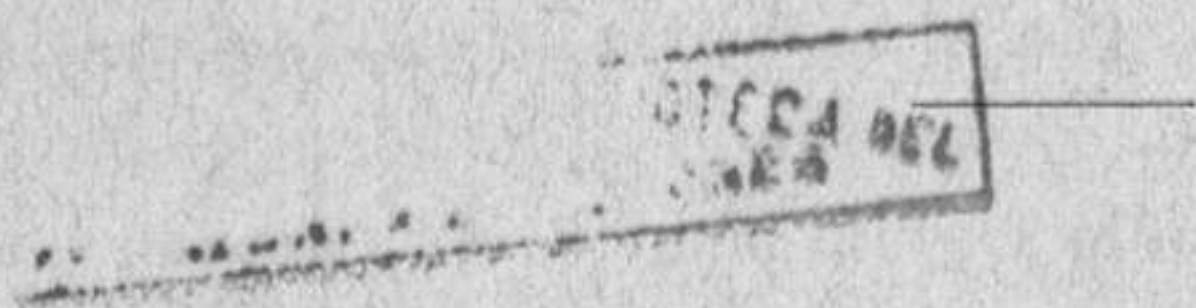
Lo que comprobamos, pues, y no sin sorpresa, en la que los sencillos naturales de Bourges suponían vestida de colorado y con un par de pistolas á la cintura, y á quien tantos han tenido por desaforada virago, es una mujer, exageradamente mujer, con su fondo inagotable de ternura. Así lo declara la misma Jorge Sand: «Yo no soy más que una buena mujer, á quien se atribuyen ferocidades de carácter enteramente fantásticas.»

EMILIA PARDO BAZÁN.

*(Continuará).*

# CONCEPCIONES PENALES Y SOCIALES DE TOLSTOY

SEGÚN SU ÚLTIMA NOVELA «RESURRECCIÓN»



## TOLSTOY Y SU OBRA «RESURRECCIÓN»

El mundo de las concepciones tradicionales, dominantes en la actualidad, está en verdadera crisis. Lo sabe todo el que haya ejercitado un poco su vista en mirar lo que está sucediendo. Esa crisis lo penetra todo y en todos los órdenes se manifiesta; es crisis orgánica (como por lo demás tienen que serlo todas); pero hay algunas esferas en que parece más grave y ostensible que en otras: v. gr., en lo referente á las ideas sociales. Hombres de hondo pensamiento y de trasparente sinceridad, algunos de ellos penetrados además de santa unción, han empezado á poner en tela de juicio la legitimidad y la justicia del estado social presente, con su complicado conjunto de instituciones, con ese complicado conjunto que constituye lo que ha venido llamándose y llaman muchos todavía el «orden» indefectible, absolutamente necesario, justo, hijo de la ley natural, concreción de la eterna, elemento indispensable de nuestra vida.

No es secreto ninguno para el estudioso la existencia, en el día de hoy, de almas muy grandes que reconocen una incompatibilidad irreducible, una perfecta imposibilidad de componer y concordar la vida de los hombres como tales hombres, no como cosas, animales ó esclavos, con la organización social y política presente, acompañada de sus autoridades, sus

leyes, sus ejércitos, sus tribunales, sus penas, su propiedad, etcétera; es decir, acompañada de todas aquellas cosas que de largo tiempo hace vienen siendo calificadas de «fundamentos esenciales» del orden social. Para las almas aludidas, el Estado, institución que compendia todas las otras como partes de él, es el estorbo mayor con que tropieza el progreso moral de la humanidad, es un artificio apoyado en la violencia y hecho para ejercitar la violencia, una construcción cuyo objeto no es otro que impedir el desplegamiento de las energías y cualidades nativas de los hombres, y que por lo mismo es necesario suprimir, so pena de hallarse la humanidad condenada á servidumbre perpetua. Por eso vuelven tantas gentes los ojos en nuestra época á Rousseau, sabiéndolo ó sin saberlo; á Rousseau, cuya doctrina ha sido tan mal conocida, tan mal interpretada, tan calumniada por los ignorantes y ligeros (sin perjuicio luego de seguirle en muchos extremos, en los menos aceptables y simpáticos); á Rousseau, que reivindicaba los fueros de la Naturaleza contra los convencionalismos y ligaduras artificiales que por todas partes nos rodean; que predicaba la bondad natural de los hombres y la confianza en ella; que atribuía los males sociales á aquellas ligaduras, hijas de la organización política resultante de la prepotencia de unos individuos sobre los otros. Mucha importancia se ha atribuído á los escritos de Rousseau, pero es muy posible que aún no se les haya dado toda la que merecen, á lo menos en la parte superior é íntima—que podríamos decir—de la doctrina contenida en ellos.

Todo el mundo sabe asimismo que entre los notables pensadores que preconizan la supresión de lo actual como requisito indispensable para el advenimiento del reinado de la justicia, descuella con grandísimo relieve el conde León Tolstoy, alma generosa, noble, saturada de amor al prójimo, enemigo de toda opresión. Quizá nadie representa con la fuerza que él la protesta racional, mesurada, pero viva y enérgica, contra el actual orden de cosas, y la defensa de otro orden que se

asiente sobre bases de verdad humanas, de verdad justa, no de mero nombre y en apariencia.

No ha consagrado el escritor ruso ningún volumen á la exposición concreta, exclusiva, ordenada, de sus ideas sobre los distintos problemas que vienen preocupándole, singularmente en la última etapa de su vida; ningún manual de filosofía religiosa, social, penal y artística en donde el estudioso encuentre condensada toda la doctrina que refleja el estado presente del pensamiento de Tolstoy; ese trabajo han tenido que tomárselo otros (Ossip-Lourié, Eltzbacher, etc.), sirviéndose al efecto de las muchísimas publicaciones, así de índole literaria como filosófica, en que Tolstoy ha vertido sus concepciones. Para penetrarse de la trascendental manera como el espíritu de nuestro autor se representa la vida, y del modo como han de resolverse en sentir suyo los múltiples problemas que ella envuelve, es preciso, pues, ó acudir á los resúmenes sistemáticos de referencia, ó hacerse cada cual su propio resumen leyendo con cuidado las obras del solitario de Yasnaia Poliana, y extrayendo y anotando los pasajes de mayor importancia.

Todavía con esto no puede uno estar seguro de haber sorprendido exactamente el pensamiento de Tolstoy. La mente de Tolstoy, como en general la de los hombres reflexivos (y podría añadirse, por cuanto no hay nadie que deje enteramente de reflexionar: y la de todo hombre, dentro de su límite), se halla en efervescencia constante, y por lo mismo, llena de contradicciones, de rectificaciones, de extravagancias y singularidades (aparentes más que efectivas). El pensamiento de Tolstoy ha ido pasando por etapas diversas en el curso de su desarrollo, y á veces parece que no son congruentes las afirmaciones hechas en un libro con las que se tropiezan en otro, escrito algún tiempo después. No es ahora el caso de detenerse á explicar el valor que ha de darse á semejantes incoherencias y contradicciones; lo que interesa por el momento consignar es que, á menudo, ellas desorientan y confunden á quien las ve *desde fuera*, á quien sólo percibe la existencia de dos



estados mentales que, según el criterio del que juzga (es decir, en *su* mente), son antitéticos, por no haber podido asistir al proceso interior que ha ido produciéndolos en el alma de aquel á que pertenecen, y donde, por lo mismo, constituyen términos esenciales de una misma serie. Lo mejor, en tales casos, es atenerse á las publicaciones más recientes, que serán las que con mayor fidelidad ofrezcan el estado mental del escritor en el momento de que se trata. De aquí la gran importancia de la novela última de Tolstoy, *Resurrección*, como fuente informadora del pensamiento presente de su autor.

Porque aun cuando *Resurrección* es una novela, no por eso deja de ser bastante más que una simple novela; es un libro en que el pensador ruso esparce lo más esencial de su doctrina, y del que se sirve para propagarla en forma de obra de arte, amena y agradablemente, con mucha mayor eficacia, por lo tanto, desde el punto de vista de la extensión, es decir, del número de personas á quienes alcance, de la que habría obtenido publicada en forma distinta, v. gr., en la filosófico-literaria de otros libros del mismo autor, tales como *En qué consiste mi credo*, *El reino de Dios está en vosotros*, etc., etc. En *Resurrección*, la trama novelesca, lo que se dice el argumento, tiene mucho interés, como tal argumento, como simple ficción, además de tener mucha miga; está, por otra parte, desarrollado con gran maestría, y con tal arte y tal sobriedad, que no hay una sola página que aburra ó fatigue, cosa difícil y sumamente rara en obras de esta clase. Pero lo principal no es la fábula. Antes bien, ésta no es sino un simple pretexto para ir entremezclando en ella las disertaciones que la acompañan, y que Tolstoy pone en boca de algunos personajes, sobre todo, del príncipe Nekliudoff, el protagonista, cuya historia externa é interna, podríamos decir, se parece tanto á la del propio Tolstoy, que en parte cabría considerarla como una autobiografía. Las ideas de Nekliudoff son las de Tolstoy, y el camino por donde llegó hasta ellas, muy análogo á aquel que ha recorrido Tolstoy. En vista de lo dicho, no es el esqueleto

E. M.—Diciembre 1900.

7

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEU BARCELONA

de la construcción, la armadura, lo que más interés debe despertar en los lectores de *Resurrección*, sino el relleno, el tejido muscular, si cabe llamarlo así, la paja (que aquí se convierte realmente en grano); al menos, tal ha debido ser el propósito con que el autor ha dado á luz su libro, una novela, cuando hacía ya tiempo que había abandonado este género de publicaciones.

Nosotros queremos ahora, en el presente artículo, exponer las principales concepciones sociales y, sobre todo, penales, de Tolstoy, según aparecen en *Resurrección*; al efecto, reproduciremos los párrafos más esenciales, sirviéndonos casi siempre de las mismas palabras que Tolstoy emplea.

#### ESTADO DEL ESPÍRITU DE TOLSTOY

La mentalidad de Tolstoy (como diría un psicólogo) es en el día de hoy muy distinta de la que suele tener la generalidad de los hombres. Estos, aun los que pasan por más avisados y radicales, no se atreven á pensar que nuestra vida, la vida social, pueda existir en otras condiciones sino en aquellas precisamente que constituyen la base de la vida actual. No son capaces de representarse que fuera de ellas sea posible el orden, y por lo mismo, juzgan que el «orden» presente es inmutable, necesario, inatacable, so pena de perecer. Tolstoy está muy lejos de pensarlo así. Para él, por el contrario, la forma presente de la vida es irracional, inhumana, injusta, anticristiana, y por eso debe acabarse con ella y reemplazarla por otra, de la que brotará el verdadero orden, aquel orden en que reinará la suprema ley de Cristo, la ley del amor, y en que, por consiguiente, no podrá existir ninguna de las mil y mil variedades de violencia de que actualmente se hace uso bajo los nombres de penas, de imperio de la ley, etc. Actualmente, en las sociedades que se llaman cristianas, se aplica á cada paso la violencia, no sólo por los individuos en forma de

venganza, de opresión, de delito, sino por el mismo Estado en forma de lo que se dice la justicia; Tolstoy, en cambio, piensa que la clave de todas las enseñanzas de Cristo se halla en el precepto que manda no aplicar nunca la violencia, ni siquiera para resistir al mal.

Tolstoy se da perfecta cuenta de esta contradicción entre sus ideas y las de la casi totalidad de los demás hombres, y se pregunta, como es natural, si serán éstos los equivocados ó lo será él. Nekliudoff, después de haber estado, durante tres meses, presenciando lo que sucedía en las cárceles y en las conducciones de presos, á quienes se trataba peor que los hombres rudos suelen tratar á las bestias, golpeándoles y dejándoles morir inhumana y despiadadamente; después de haber estado durante ese tiempo «viendo todas las variedades del sufrimiento y de la humillación, y asistiendo día por día al espectáculo de aquella tortura, y advirtiendo cómo se complacen unos hombres en atormentar á los otros, se había preguntado lo menos veinte veces: «¿Soy yo quien está loco y ve las cosas de distinta manera que los demás, ó, por el contrario, están locos los demás, aquellos que ejecutan ó toleran las cosas que yo veo?» Los demás hombres demostraban tal unanimidad, no solamente en tolerar esas cosas que tanto horrorizaban á Nekliudoff, sino en considerarlas necesarias é importantes, que no podía admitirse que todos estuviesen locos; y, por otra parte, no podía creer tampoco que, razonando como razonaba, y pareciéndole sus ideas claras y ordenadas, el loco fuera él. De manera, que no sabía nunca á qué carta quedarse» (1).

#### CAUSAS

Verdaderamente, la duda es atormentadora y está muy en su lugar. Está muy en su lugar, porque quien quiera que conozca un poco lo que se hace en los pueblos que se dicen civi-

---

(1) *Resurrección*, trad. esp., t. III, pág. 105.

lizados en materia de administración de justicia penal, y haya reflexionado sobre el asunto, no podrá menos de preguntarse con Nekliudoff y con otras gentes, no tan sólo si es justo (con justicia abstracta) y humano, sino ni siquiera útil para el bienestar social (ó sea justo realmente) lo que se viene haciendo con los individuos calificados de delincuentes, de perturbadores, de infractores del orden; no podrá menos de preguntarse si los tribunales y las penas sirven para suprimir, ó amenguar al menos, los delitos, ó si sirven para aumentarlos; si con tales instituciones se echa aceite al fuego, en vez de agua.

Nekliudoff «veía cada vez más clara la significación de lo que había presenciado durante aquellos tres meses»; que es lo mismo que puede presenciar cualquiera en nuestro país, donde se cometen bajo este respecto, como bajo mil otros, tantísimos horrores. La significación de lo que había visto, acompañando durante el tiempo dicho á los prisioneros y compartiendo su vida, aun cuando como hombre libre, era la siguiente, resumen de los efectos que produce, según Tolstoy, la cárcel: «Tenía [Nekliudoff] la impresión de que entre cuantos hombres viven en libertad, la magistratura y la administración escogían los más ardientes, los más despiertos, en una palabra, los más listos, pero los menos prudentes y astutos; y que esos hombres, sin ser más culpables ni más peligrosos que los que estaban en libertad, se veían de continuo en prisiones, en presidios, en conducciones, donde se les obligaba á estar por espacio de años en la más completa ociosidad, lejos de la Naturaleza, de la familia y del trabajo; es decir, fuera de todas las condiciones normales de la vida humana. Nekliudoff comprendió también que esos hombres estaban sometidos en las prisiones, presidios y conducciones, á una serie de humillaciones (1)—grilletes en los pies, esposas, cabeza afeitada,

---

(1) Que les convierten en verdaderos esclavos. Un profesor de Gratz, Julio Vargha, demuestra en su obra *La abolición de la servidumbre penal* (*Die Abschaffung der Strafknechtschaft*, t. I, 1896) que los encarce-

traje de presidiario—que no tenían otro objeto que destruir en ellos lo que constituye los principales móviles de la vida moral para la gran mayoría de los hombres, á saber: la preocupación del respeto ajeno, la vergüenza, el sentimiento de la dignidad humana. Veía, asimismo, Nekliudoff que, exponiendo á esos hombres á un peligro constante de enfermedad ó muerte, se les colocaba en esa disposición de ánimo en que el hombre mejor y más moral se ve impelido, por el instinto de conservación, á cometer y justificar los actos más crueles é inmorales. Advertía el príncipe también que, obligando á esos hombres á soportar día y noche la compañía de seres depravados por completo—asesinos, ladrones, incendiarios,—se les obligaba á soportar asimismo el contagio de esa depravación. Decíase Nekliudoff, por último, que, tratando de la manera que se trataba á esos hombres, entregándose para con ellos á toda clase de medidas monstruosas, separando á los padres de los hijos y á los maridos de sus esposas, ofreciendo un premio á los denunciadores, era como si se hubiese tratado de probar á esos hombres que *todas las formas de la violencia, de la crueldad, de la brutalidad, no solamente no debían ser prohibidas, sino que estaban recomendadas por la ley*, puesto que daban provecho: de donde surgía la conclusión que *todas esas cosas debían ser particularmente permitidas á hombres priva-*

---

lados son actualmente los representantes de los antiguos esclavos, desprovistos de personalidad como éstos, encadenados como éstos á la ergástula, sin libertad para nada, con trajes y señales especiales, deshonrosos..... Cuando yo ví á los presos de la prisión celular de una capital extranjera, metidos en cajones para que no se vieran ni se comunicaran entre sí, con trajes humillantes, uniformados, sin voluntad ni iniciativa para nada, me produjeron el efecto de una *ménagerie*. ¡Y eso que estaban en la escuela! Adviértase que esto sucede en las mejores prisiones (acabo de verlo también en la tan famosa como celebrada prisión celular de Lovaina, admirable bajo otros respectos)..... que si vamos á las *peores*, como las de España..... Razón mil veces tienen Tolstoy, Kropotkine y otros con ellos, para dudar de la legitimidad y conveniencia de tales instituciones, ó para negárselas del todo. Aquí hay un problema muy grave.

*dos de su libertad y sumidos en la más tremenda de las miserias. Diríase, pensaba Nekliudoff, que ese conjunto de medidas fue exprofeso inventado para propagar la depravación y el vicio entre los hombres más fuertes de la nación, con el fin de que la depravación y el vicio se extendiesen luego por la nación entera. Cada año, millares de seres humanos resultan pervertidos de ese modo, despojados de sus sentimientos naturales, impulsados á practicar las acciones más monstruosas; y cuando se les ha pervertido por completo, se les suelta para que puedan diseminar por todo el país los gérmenes infames de que se les impregnó. En la prisión había visto Nekliudoff naturalezas sencillas, ni buenas ni malas, penetradas de las tradicionales nociones morales del aldeano y del cristiano, que, poco á poco, se habían despojado de esas nociones para adquirir otras que consistían en admitir la legitimidad de toda violencia y de toda deshonra. Ante el espectáculo de los tratamientos infligidos á los prisioneros, aquellas naturalezas habían acabado por creer falsos todos los principios de justicia y de caridad que su religión les había enseñado, y dedujeron que estaban autorizados para olvidar y dejar de seguir aquellos principios» (1).*

#### EL PROBLEMA PENAL EN «RESURRECCIÓN»

Teniendo en cuenta estos efectos de la vida de la cárcel sobre los prisioneros, y otras cosas que después se dirán, compréndese muy bien que Tolstoy se preocupe tanto del problema de la administración de justicia penal. Tal problema es el que le ha tenido absorto el pensamiento al escribir *Resurrección*, el que se propone plantear y resolver en esta novela, aquel á que se hallan subordinados todos los otros que, con mayor ó menor insistencia, son en la misma objeto de alusiones. El problema penal, según puede hoy estudiarlo un pena-

(1) *Resurrección*, t. III, págs. 105-107.

lista de profesión, se halla indicado en el libro dicho en sus puntos más esenciales.

#### FUNDAMENTO DE LA PENA

En primer término, lo referente al derecho de castigar, ó sea á la llamada legitimidad de la función primitiva. Sobre esto se expresa Tolstoy con mucha claridad y resolución: nadie puede, ni debe, según él, imponer penas á sus semejantes, y el imponerlas produce, además de injusticias, verdaderos é innumerables daños sociales. Véase lo que escribe tocante al particular: «Nekliudoff anhelaba saber *en virtud de qué derecho* funcionaba, de dónde provenía aquella *extraña institución* llamada tribunal penal, del que eran resultado directo las cárceles con sus habitantes y los innumerables puntos de reclusión, empezando por la fortaleza de Petropaulows, y concluyendo por Sackalin, donde languidecían millares de víctimas de aquella institución penal» (1). Y en otra parte: «*¿Por qué y con qué derecho* unos pocos hombres se arrojan el poder de encarcelar, castigar, atormentar, pegar, desterrar y condenar á muerte á sus semejantes, siendo así que ellos *no difieren* de los que por su orden son castigados, encarcelados y desterrados? A cambio de una respuesta precisa á esta pregunta, encontraba Nekliudoff [en los libros] un cúmulo de disertaciones: si existe ó no el libre albedrío; si de la capacidad del cráneo de un individuo se puede deducir su culpabilidad; qué importancia tiene la herencia del delito; si existe un delito y una inmoralidad innatos; qué sean la moralidad, la locura, la degeneración, la índole; qué influjo pueden ejercer sobre el delito el clima, la ignorancia, el espíritu de imitación, el hipnotismo, etc., etc.» (2). «Los libros enseñaban á Nekliudoff que

(1) *Ob. cit.*, t. II, págs. 165-66.

(2) *Ob. cit.* t. II, pág. 170.

aquel conjunto de medidas cuyas tristes consecuencias tenía ante los ojos se justificaba por la necesidad de apartar de la sociedad á algunos miembros peligrosos *para asustarles y corregirles. Pero esto no resultaba de acuerdo con la realidad.* En vez de apartar de la sociedad á los individuos peligrosos, *lo que se hacía era propagar la depravación.* En vez de asustar á esos hombres, no se hacía sino *darles alas, ofreciéndoles continuos ejemplos de crueldad y de inmoralidad y asegurándoles una vida ociosa, de pereza y disipación, que les gustaba lo suficiente para que una porción de vagabundos solicitara su admisión en las cárceles.* En vez de corregir á los individuos peligrosos, no se hacía sino *contaminarles sistemáticamente el germen de todos los vicios.* Y lo que más le asombraba, era que todo aquello no se hacía de un modo provisional, sino de una manera continua y meditada, desde hacía muchos siglos...» (1). Sabia además Nekliudoff, por experiencia, que «aquel mal crecía de año en año, á pesar de los llamados progresos de la sociedad» (2). «A medida que estudiaba más de cerca las cárceles y las conducciones de penados, iba comprendiendo Nekliudoff que todos los vicios de éstos, el juego, la embriaguez, la violencia, el impudor, no eran, de ningún modo, la manifestación de un pretendido «tipo criminal», inventado por los sabios que tiene á su servicio la autoridad, *sino la consecuencia directa de la aberración monstruosa, en virtud de la cual ciertos hombres se habían arrogado el derecho de juzgar y castigar á otros hombres*» (3). «La objeción ordinaria que consistía en preguntar qué es lo que en otro caso habría de hacerse con los ladrones y los asesinos, *no tenía ningún peso para Nekliudoff.* Esa objeción únicamente hubiese tenido sentido, si los castigos produjeran una disminución de crímenes y corrigiesen á los criminales; pero *la experiencia demostraba á Nekliudoff*

(1) *Ob. cit.*, t. III, pág. 108.

(2) *Ob. cit.*, t. III, pág. 109.

(3) *Ob. cit.*, t. III, pág. 109.



que sucedía lo contrario. Hacía muchos siglos que se dedicaban los hombres á perseguir el crimen; pero ¿lo habían suprimido, ni atenuado siquiera? Lejos de ello, contribuyeron á esparcirlo, depravando á los presos por las condenas que hacían sufrir á los prisioneros, añadiendo á los crímenes de los ladrones y asesinos, los de esos criminales que se llaman magistrados, fiscales, jueces de instrucción, verdugos, policías y alcaides» (1).

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEU BARCELONES

#### EL CONCEPTO DEL DELITO

Son varios los pasajes de *Resurrección* en que Tolstoy indica con claridad suficiente que el delito es producido por la ley (2), que su concepto es relativo, que la lucha de clases existe en el orden penal, ó lo que es lo mismo, que los dominadores crean los delitos y castigan á los que los cometen, para mantenerse ellos en el poder; y en suma, que aquí, como en tantas otras cosas, los criterios de los individuos son muy varios, predominando el de los que disponen del poder, los cuales imponen violentamente su criterio á los demás.

Ya hacia el final de la novela, un viejecito que aparece en ella como un meteoro, y con el cual se tropezó Nekliudoff primero en una barca y después en la cárcel, donde estaba detenido por vagabundo, dijo al príncipe, entre otras buenas cosas, lo siguiente: «¡La ley! ¡Ah! ya puedes hablarme de la ley.

(1) *Ob. cit.*, t. III, págs. 156-57.

(2) Exactamente lo mismo que dijo en su día Bentham y que posteriormente han repetido no pocos sociólogos, tales como Gumpłowicz, Vaccaro, etc. Según Bentham, la ley, al prohibir ciertos actos, los convierte en delitos, como ella es también la que crea los derechos y las obligaciones. (*Idea general de un cuerpo completo de legislación*, en los *Tratados de legislación civil*, tratado cuarto, tomo IV, cap. II, pág. 20 de la traducción esp. de los *Tratados de legislación civil y penal*, por Bentham, con comentarios, por D. Ramón Salas. Madrid, 1822). Cosa muy semejante dicen también los demás autores aludidos.

Empezó por apoderarse de la tierra, despojó á los hombres de todas sus riquezas, suprimió á los que le oponían resistencia; y en seguida escribió prescripciones para decir á los hombres que no se debe robar ni matar» (1). «El fin de los tribunales, dice Nekliudoff, es *el mantenimiento de los intereses de clase. El tribunal es un medio cómodo, creado á propósito para proteger un orden de cosas ventajoso para la clase que está en el poder.* El tribunal tiene por objeto la conservación de la sociedad *tal y como al presente está constituida.* De aquí proviene que persiga y castigue, así á quien está por cima del nivel común y quiere elevar á la sociedad á su altura (2), como al que está por debajo de ese nivel (3)... Os aseguro que conozco personas *infinitamente superiores á los jueces que las condenan*» (4). «La sociedad se asombra en presencia de los ladrones y los asesinos que se alaban de sus atrocidades; *pero es porque el número de los ladrones y asesinos es relativamente pequeño y porque los que juzgan tienen distintos puntos de vista que los juzgados.* ¿No sucede acaso un hecho parecido entre los ricos, que alaban sus propias riquezas, las cuales *son producto del robo;* entre los generales, que alaban sus victorias, las cuales *no difieren en nada de un asesinato;* entre los poderosos, *que deben el poder á una superchería?* Si en esos no advertimos la perversión de sus ideas, es sin duda porque el círculo de personas que profesan tales ideas es más vasto, y *porque nosotros mismos formamos parte de él*» (5). E inmediatamente añade lo siguiente, que aplica á los delincuentes de profesión: «Comúnmente se cree que el ladrón, el asesino y la prostituta deben avergonzarse de su género de vida. No es así. Las personas que por azares de la suerte ó por erro-

(1) *Ob. cit.*, t. III, pág. 149.

(2) La llamada *criminalidad evolutiva.*

(3) La llamada *criminalidad atávica.*

(4) *Ob. cit.*, t. II, pág. 186.

(5) *Ob. cit.*, t. I, pág. 182.

res propios llegan á una falsa posición *se connaturalizan de tal modo con ella*, que no hay quien les quite de la cabeza que *su oficio es bueno*, y para confirmarse en tal opinión, se mantienen dentro de los círculos que están formados por sus iguales y donde se aprueban altamente sus acciones» (1).

Este fenómeno de automorfismo es muy común: creemos que ha de ocurrirles á los demás lo que á nosotros nos ocurre; que han de ver las cosas lo mismo que nosotros; que han de estimar bueno ó malo lo que estimemos nosotros; y cuando nos tropezamos en la vida con que no es así, tachamos de equivocadas, de perjudiciales, de perniciosas, de criminales, las ideas y acciones *de los demás*, erigiendo las nuestras en criterio y tipo de bondad, racionalidad y justicia; y perseguimos y castigamos, si podemos (ó al revés, somos castigados y perseguidos cuando otros pueden más que nosotros), á los que piensan y obran de diferente manera que pensamos y obramos nosotros. Tolstoy se da muy bien cuenta de esta relatividad y carácter impuesto del concepto del delito (como en general de todos los conceptos), lo cual no es, por desgracia, frecuente.

#### LAS CAUSAS SOCIALES

Tiene Tolstoy la convicción perfecta de que todos los males sociales, y entre ellos los delitos, son un producto necesario del ambiente social, de nuestra detestable organización social, de la organización viciosa que consiente y exige la existencia de un Estado y un gobierno cuyo fundamento es el ejercicio de la violencia, que consiente la existencia de tribunales, cárceles, autoridades, propiedad individual, etc. Ya desde las primeras líneas de *Resurrección* aparece esta idea, al hablar de la madre de Katuscha y de las condiciones domésticas y sociales en que esta última tuvo que criarse; y no la

(1) *Ob. cit.*, t. I, pág. 182.

abandona hasta terminar la obra. Al final de esta, cuando Nekliudoff reflexionaba á solas en su cuarto sobre lo que había visto en la cárcel, comprendió que el verdadero problema para él no era el de Katiuscha, *sino otro*; otro más hondo y general. «Sentía Nekliudoff que estaba en presencia de algo *espantosamente malo* que tenía el deber de destruir y que no sabía cómo destruir. Esa maldad fue la que en otro tiempo le perdió á él mismo, la que perdió á Katiuscha [convirtiéndola de buena y sencilla, en mala y en prostituta], la que acababa de perder al querido y admirable Kriltzoff, que dormía allá abajo en compañía de desconocidos cadáveres» (1).

El influjo de la causalidad social como determinante única de los delitos es cosa en que insiste muchísimo Tolstoy. En el tomo primero la pone bien de manifiesto. En el segundo también, al presentarnos la clasificación de los delincuentes, clasificación de que se hablará después, hace consistir la quinta categoría de los mismos en «individuos respecto de los cuales *es la sociedad más culpable frente á ellos que ellos lo son frente á la sociedad*; gente abandonada á sí misma, que ha vivido entre innumerables vicios y tentaciones, *embrutecida por la opresión incesante*, cual acontecía con centenares de hombres y de mujeres que Nekliudoff encontrara en las cárceles y fuera de ellas, quienes, *por las condiciones de vida en que se hallaban, debían, fatal y lógicamente, ser arrastrados A ESO QUE LLAMAN DELITO...* A esta categoría de delincuentes pertenecían también aquellos individuos depravados y corrompidos, con los cuales la nueva escuela antropológica ha constituido el tipo del delincuente nato, cuya existencia en el seno de la sociedad se cita como prueba irrefragable de lo necesarias que son las leyes penales y el castigo. Esos seres llamados delincuentes natos, caracteres morbosos, degenerados, debían, según Nekliudoff, inscribirse en el número de aquellos *con relación á los cuales es más culpable la sociedad que ellos para con la*

---

(1) *Ob. cit.*, t. III, pág. 152.

*misma*, con la sola diferencia de que la sociedad, si no es responsable de su presente, lo es de lo pasado, de un pasado ya lejano, cuanto permitía que sus progenitores se envilecieran» (1).

Tolstoy cita varios ejemplos de esta clase de delincuentes. Uno de ellos es Ocholin, «ladrón reincidente, hijo natural de una mujerzuela, crecido en la más profunda abyección, formando parte de una asociación de malhechores desde su primera juventud, pasando las noches en un albergue baratísimo, y que evidentemente á los treinta años no había encontrado todavía en su camino una persona de corazón recto y virtuoso.» Otro ejemplo es el de Fedoroff, «hijo de un aldeano ilegalmente despojado de su cabaña, y que durante el servicio militar había sido castigado porque se enamoró de la amante de un oficial. Buen mozo, naturaleza fogosa y apasionada, quería á toda costa gozar de la vida y creía tener derecho para ello, porque no había visto nunca á nadie que no hiciera lo que podía reportarle placer, y porque nadie le enseñara jamás que la vida tenía un fin más alto que la satisfacción de los propios apetitos.» Estos delincuentes (y otros en situaciones semejantes) le parecían á Nekliudoff naturalezas fecundas, exuberantes de fuerza, pero deformadas por el abandono, como deformes crecen los árboles descuidados por el jardinero... Aquellos desgraciados le causaban repugnancia, pero una repugnancia que no difería en nada de la que le inspiraban otros seres estúpidos que encontraba fuera de la cárcel con trajes espléndidos, con condecoraciones brillantes, en funciones y bailes. ¿Por qué, pues, todos esos infelices estaban reclusos en la cárcel, en tanto que otros que no diferían nada de ellos paseaban libremente y hasta llegaban á arrogarse el derecho de juzgar á los primeros?» (2).

Ninguna duda puede ofrecerse, en vista de lo dicho, de que para Tolstoy, de los hechos que las leyes califican de delitos y

(1) *Ob. cit.*, t. II, págs. 167-68.

(2) *Ob. cit.*, t. II, págs. 168-69.

como tales castigan, no es posible considerar culpables á quienes los cometen, sino á otras causas que residen fuera de ellos. A ellos no se les puede considerar, según el escritor ruso, más que como instrumentos y víctimas de semejantes causas. «Bien sabía Nekliudoff que, *dado el ambiente en que se había desarrollado la vida de aquellas personas* [de los presos], ERA MATERIALMENTE IMPOSIBLE *que dieran mejores frutos* [de los que daban]» (1).

No hay que decir cuáles son las consecuencias que de aquí deben sacarse; que saque cada cual las que bien le plazca.

#### CLASES DE DELINCUENTES

Corrobora la concepción que del delito y del delincuente tiene Tolstoy, la clasificación que hace de estos últimos. Nekliudoff dividía los que había visto en la cárcel, en las cinco categorías siguientes: 1.<sup>a</sup>, personas *inocentes del todo* (como la Katuscha), víctimas de errores judiciales (representa esta clase sobre un 7 por 100 de los penados); 2.<sup>a</sup>, gentes que cometieron sus delitos en circunstancias puramente ocasionales y accidentales, como por influjo de una excitación de ánimo, de la pasión, de los celos, de la embriaguez, etc., circunstancias en las que *también hubiesen delinquido los mismos que juzgaban y condenaban* (esta clase—dice Tolstoy—comprende un 50 por 100 de la población de las cárceles); 3.<sup>a</sup>, personas que, *según sus ideas*, no habían cometido culpa alguna, *pero que las personas extrañas á su vida, y los legisladores, consideran como delitos* (2): aquí estaban comprendidos los contrabandistas, los autores de hurtos de leña en prados y montes ajenos,

(1) *Ob. cit.*, t. III, pág. 63.

(2) Corroboración de lo dicho anteriormente, ó sea que, para Tolstoy, el concepto del delito es *relativo* al punto de vista de cada cual y además *impuesto*, pues los dominantes hacen pasar por delictuosos aquellos actos que ellos creen malos por oponerse á sus intereses, y como tales los castigan. Cambie de manos el poder, y el concepto del delito cambiará igualmente.

los descreídos que roban las iglesias, y otros análogos; 4.<sup>a</sup>, hombres *moralmente superiores al nivel medio de la sociedad*, y que *las demás personas* reputan ser delincuentes (1): tales como los miembros de sectas religiosas perseguidas, los polacos y circasianos, los presos políticos, los socialistas, los obreros huelguistas, los defensores de su propia independencia, etcétera; 5.<sup>a</sup>, la de aquellos individuos de que hemos hablado anteriormente.

#### JUICIO SOBRE LA ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA

Ya puede suponerse qué es lo que pensará Tolstoy acerca de la administración de justicia penal, de eso que nosotros solemos llamar «función augusta», «escudo de libertad», «garantía del orden», «salud de los pueblos» y otras cosas semejantes. Tolstoy habla largamente de ella en muchos sitios de su obra; en los tomos primero y segundo hace una pintura muy viva y muy exacta de todo su mecanismo y funcionamiento, así como de las «figuras» encargadas de moverlo. La califica de «comedia» (2), describiendo á los *actores* tan magistralmente, que cuantos lo lean estarán diciendo para su capote, aunque *ad extra* aparenten indignarse: «exacto, muy exacto; el magistrado tal, el fiscal cual, son los que yo conozco y hacen lo que yo sé muy de sobra; son unos canallas ó unos vividores, sin moralidad alguna, si bien aparentan otra cosa; hacen á regañadientes y mal, sólo por la paga, lo que hacen; de ciento, una vez aciertan, ni á ellos les importa acertar ó equivocarse; son máquinas de juzgar, sin alma, y juzgan y condenan como máquinas, con el mismo fervor por su obra que las máquinas, enterándose y procurando enterarse de lo que hacen igual que las máquinas; tirando á acabar pronto, cuanto más pronto mejor, para ir á ver á la institutriz que les

(1) Repítese la nota anterior.

(2) *Ob. cit.*, t. I., pág. 150.

espera y con la que están en relaciones ilícitas.....» Tal es la magistratura que nos fotografía Tolstoy, magistratura que se parece á la de por acá como un huevo á otro huevo. Y como la magistratura son los fiscales, los directores de cárceles, los gobernadores, todos cuantos tienen intervención, como autoridades, en la llamada administración de justicia.

El ejercicio de la autoridad perjudica de un modo atroz; deforma el alma de aquellos á quienes se halla encomendado. Pensaba Nekliudoff que «los oficiales y los carceleros eran quizá buena gente *antes de tener tal empleo*, pero las *exigencias del servicio les han convertido en seres despiadados... Toda esta gente es tan inaccesible á la piedad* como lo es al agua la tierra recubierta de guijarros. Quizá tales guijarros sean necesarios; pero aquella tierra despojada de vegetación y que hubiese podido producir grano, yerba, arbustos y árboles, como los que coronaban las colinas, le inspiraba profunda tristeza... Esos gobernadores y funcionarios *admiten como ley algo que no lo es y desprecian y desconocen la ley suprema, eterna, indiscutible, que Dios ha grabado en el corazón de los hombres*. Quizá esta es la causa del malestar que siento entre ellos; me dan miedo; *son terribles, mucho más terribles que los mismos asesinos*, porque éstos, al fin y al cabo, pueden experimentar compasión, pero aquéllos son refractarios á la piedad, como las rocas lo son á la vegetación... Creo que planteado el problema psicológico: ¿cómo pueden hacer daño hombres de sentimientos religiosos y de buena índole, sin experimentar remordimientos?, no puede solucionarse sino de esta manera: *basta hacerles gobernadores, alcaides, carceleros, oficiales; basta que crean que existe una condición, la de funcionario del Estado, para imaginar que les es lícito tratar á las personas como objetos* y para que estimen que la responsabilidad de sus actos no recae sobre un funcionario aislado, sino sobre la masa entera» (1).

Un famoso abogado decía á Nekliudoff: «Sabed que jue-

(1) *Ob. cit.*, t. II, pág. 234-35.



ces, fiscales y magistrados no son sino *empleados que esperan el sueldo á fin de mes, y para ganar ese sueldo acusan, juzgan y condenan al lucero del alba*» (1). ¡Qué grandes verdades estas; pero verdades bien tristes, de esas que «manan sangre», según suele decirse por ahí!

La administración de justicia es, en sentir del autor de *Resurrección*, «una comedia». Pero una comedia que termina generalmente en tragedia; una representación teatral que causa multitud de víctimas. «Por regla general, los actos de los tribunales resultan casi siempre *injustos y crueles*» (2). El modo de tratar á los delincuentes políticos se parecía «al modo como se pescan los peces en los estanques: después de echar la red, se tira sobre la arena todo el pescado y se guardan los peces grandes sin inquietarse por la morralla que muere en el fango. De igual manera se procede en la pesca de los revolucionarios: se prende á ojos cerrados, por centenares, aun cuando haya personas inocentes de un modo manifiesto; se las guarda, á veces durante años, en las prisiones hasta que enferman, ó enloquecen, ó se matan. La suerte de esas personas depende del capricho ó del humor de un jefe de policía, de un fiscal, de un juez de instrucción, de un gobernador ó de sus ministros». El autor se detiene á demostrarlo (3).

Cuando Neckliudoff tuvo que asistir al tribunal en calidad de jurado (donde por cierto comenzó á volver en sí, á medir la trascendencia de su pecado con Katiuscha, y consiguientemente á emprender el camino de su regeneración, de su *resurrección*), experimentaba tal repugnancia y tanto disgusto en presencia de aquello que se llamaba la administración de justicia, que trató de renunciar su cargo. «El motivo de ello era que *consideraba cada sesión del tribunal, no sólo inútil, sino indigna*» (4).

(1) *Ob. cit.*, t. II, pág. 60.

(2) *Ob. cit.*, t. II, pág. 189.

(3) *Ob. cit.*, t. III, págs. 40 y siguientes.

(4) *Ob. cit.*, t. I, pág. 152.

Tampoco inspira la tal administración de justicia más confianza y apego á aquellos que tienen que acudir á ella en demanda de protección. Al preguntarle en el tribunal á la víctima de un hurto si éste tenía importancia para ella, contestó, desalentada: «¡maldito lo que me importan esas cosas! Si hubiese sabido que me tenían que dar tantos quebraderos de cabeza, *no sólo no me hubiera querellado, sino que hubiese pagado algo para evitarme tantas molestias*» (1).

De gentes que piensen como el que así hablaba, y piensen de tal modo por obligarles á ello una triste experiencia, está el mundo lleno. Ya Cerdan de Tallada advertía que mientras en el tribunal de la penitencia se resolvían multitud de cuestiones graves en media hora, cuando se trata de las que se ventilan en el foro externo, suelen eternizarse por la complicación de que se las rodea. Bentham y otros muchos han censurado también esta complicación, que no puede desconocer nadie. Lo cual es una de las causas —no la única— por la que la justicia se ha hecho odiosa.

#### REACCIÓN CONTRA LAS INJUSTICIAS

Piensa Tolstoy que no tiene nada de extraño el que, en presencia de tales iniquidades, haya personas de buen corazón y de gran inteligencia que se conviertan en revolucionarios. Kriltzoff, el pobre tísico, alma noble, que vino á morir en la cárcel, dijo á Nekliudoff que se había hecho revolucionario desde el día en que, estando preso, supo que habían ahorcado á Lozinsky y Rosenberg, dos jóvenes, polaco el primero y judío el segundo, este último un niño de quince años, y los cuales no habían hecho otra cosa que repartir unas proclamas polacas (2). Añadía que «si le hubieran dado una segunda

(1) *Ob. cit.*, t. I, pág. 147.

(2) *Ob. cit.*, t. III, págs. 45 y sigs.

vida, *la empleara de igual manera en derribar un estado de cosas que permitía tantas injusticias y crueldades*» (1).

#### QUÉ DEBE HACERSE

¿Qué hacer, por consiguiente, con los malos, con los criminales, con los perturbadores del orden? Desde luego, no castigarles, sino perdonarles hasta *setenta veces siete*, tratarles como á hermanos, según enseñó Cristo. El cual nos dijo que no debíamos resistir al mal con la violencia. Este precepto, que es, según Tolstoy, la clave para interpretar todo el Evangelio, todos los demás preceptos contenidos en éste, en especial en el sermón de la montaña, es lo que debemos poner en práctica para hallar el reino de Dios. Búsquelo cada cual en sí mismo, regenérese interiormente, obre como cristiano de verdad, no use de prepotencia sobre los demás hombres, y todo andará bien. Tal es la idea del apóstol ruso.

«*Dios sólo es quien sabe castigar y recompensar*—le dijo á Nekliudoff el viejecito antes citado.—*Nosotros no sabemos*» (2). Por consiguiente, no debemos hacerlo.

Cuando Nekliudoff, después de conocer la vida de la cárcel *de visu*, «sentía hallarse en presencia de algo espantosamente malo que tenía el deber de destruir» y buscaba el medio para conseguirlo, vino á comprender que «*el único remedio para el mal que padecen los hombres consiste en que estos reconozcan en todo caso que tienen una deuda para con Dios, y por consiguiente, que no les corresponde derecho alguno para juzgar ni castigar á los demás hombres.*» «*Todo el mal proviene de que los hombres han emprendido una cosa imposible: siendo malos ellos mismos, quieren corregir á los demás. Hombres viciosos intentan corregir á hombres viciosos.* Y de esta ma-

(1) *Ob. cit.*, t. III, pág. 49.

(2) *Ob. cit.*, t. III, pág. 150.

nera, sólo consiguen propagar el vicio, en vez de desarraigar lo; estando ellos corrompidos, lo que hacen es esparcir en torno suyo su propia corrupción» (1).

No es la aplicación de las penas, no es la violencia en todas sus formas lo que mantiene en paz á los pueblos y conserva el orden en los mismos; sino el amor, la ley cristiana del amor, tan olvidada por los hombres que se dicen fieles á Cristo y á su doctrina. Nekliudoff vino á convencerse, al cabo de sus observaciones y de sus reflexiones, de que «si la sociedad y el orden social existen, *no es gracias á la crueldad de magistrados y jueces, sino á pesar de ella*, debido á que al lado de estos existen otros hombres *que aman á sus semejantes*» (2).

Verdaderamente, como el mantenimiento del orden no tuviera otras garantías que la fuerza, según suele creerse, ¡meadrado orden tendríamos! Porque, entre otras cosas, ¿quién metería en cintura á los que ejercitaran la fuerza, y luego á los primeros, y así sucesivamente?

De todas las manifestaciones de la violencia, aplicada en nombre de la justicia, la cárcel es una de las que provocan mayor indignación en Tolstoy. No cree este pensador que las cárceles tengan función alguna, tolerable siquiera, que cumplir. Preferiría los castigos corporales y la misma pena de muerte, las cuales formas de penalidad le parecen «verdaderamente razonables...», porque al menos su aplicación tendría un objeto»; si bien añade que tanto los unos como la otra «gracias á la suavidad de costumbres, han dejado de estar en uso». «En cambio—añade—lo de ahora (esto es, las cárceles) *es cruel y sin objeto alguno*» (3).

Por cierto, que le parece un sarcasmo el que se obligue á presenciar y presidir á la efigie de Cristo, prototipo del amor, la benignidad y la dulzura, las crueldades que á los

(2) *Ob. cit.*, t. III, pág. 156.

(1) *Ob. cit.*, t. III, pág. 157.

(2) *Ob. cit.*, t. II, págs. 187 y sigs.

hombres se infligen en las cárceles y en otros lugares análogos. Por eso se lamenta con profunda amargura de que «la imagen de Cristo no falte nunca en los sitios donde se atormenta á nuestros semejantes» (1).

#### OTROS PROBLEMAS

No es solamente doctrina penal la que Tolstoy expone en *Resurrección*, aun cuando es cierto que la doctrina penal, ó quizá sería mejor decir, las cuestiones penales y penitenciarias son las predominantes. Envueltas en estas mismas cuestiones penales y penitenciarias se hallan otras de índole más general, singularmente la relativa al valor que á la ley y á los medios coercitivos todos cabe atribuir en cuantos elementos contribuyen á producir el orden y el bienestar en las agrupaciones humanas: cuestión «de actualidad palpitante» y cuya trascendencia no podrá desconocer nadie.

Aparte de esto, el libro que, según se ha dicho, es mucho más que una novela (si bien, en cuanto tal, de gran mérito), una obra de apostolado y de propaganda, está esmaltado por do quiera de pensamientos y observaciones sociales y psicológicas. La mente del autor está llena de ideas de esta clase, y como no puede menos de suceder, á cada página se desborda y va dejando doctrina sembrada; doctrina por cierto que se aparta de la generalmente recibida y profesada como buena por la *turba multa* de los *filisteos*, pero que no deja de tener muchas concomitancias con la de varios otros ingenios.

De todas estas observaciones, que podríamos llamar secundarias, incidentales (las de índole penal y penitenciaria no lo son; más bien, constituyen la substancia íntima del libro), tenemos que prescindir por no dar proporciones desmedidas á este artículo. Únicamente copiaremos una como muestra; se

---

(1) *Ob. cit.*, t. I, pág. 224.

refiere á la honradez; como ella hay bastantes, sobre cosas varias. De un general llamado Volf, dice Tolstoy lo siguiente (advirtiendo que puede aplicarse á infinidad de personas, pues en el mundo hay muchos Volf): «Estaba acostumbrado á considerarse como un hombre dotado de una honradez á toda prueba; y por honradez entendía no aceptar regalos de nadie. Pero recibir indemnizaciones de viaje, dietas de estancia, seguir como un esclavo las órdenes del Gobierno para conseguir todo eso, eran cosas que no manchaban en lo más mínimo su honradez. Arruinar centenares de personas que no eran culpables sino de haber defendido su fe y su patria; arruinarlas con el destierro ó con prisión durísima, tampoco era una acción deshonrosa, sino noble y patriótica. Del mismo modo, tampoco creía que fuese deshonesto haber expoliado de toda su fortuna á su mujer, enamorada de él, y á su cuñada, en provecho propio.....» (1).

#### CONCLUSIÓN

Tolstoy ha llegado á ser un hombre universal. Quizá no haya hoy ningún otro cuyo nombre y cuya fama sean tan generales como el suyo y la suya. Su reputación como artista, como filósofo y como apóstol sincero y ferviente de las ideas que profesa está perfectamente cimentada y extendida por doquiera. Es además anciano, séptuagenario nada menos. Por lo tanto, no parece razonable suponer que el afán de popularidad, de notoriedad, ó la exaltación juvenil, sean los motivos que le determinan á sostener doctrinas tan radicales como las que sostiene (tan radicales desde el punto de vista de las concepciones corrientes). Es más: su actual modo de pensar no lo ha tenido siempre; es el modo como piensa hoy, viejo, no el modo como pensaba antes, hombre maduro, y menos el modo

(1) *Ob. cit.*, t. II, págs. 84-85.

como pensaba de joven, época en que su mente comulgaba con el conjunto de ideas que ahora rechaza con tanto ardor, y que son las que sirven de alimento á la generalidad de los hombres, al *infinitus numerus*. Podríamos decir que las concepciones del Tolstoy de nuestros días son concepciones depuradas en el tamiz de su inteligencia, donde á fuerza de cerner ha pasado únicamente la flor del grano molido, dejando atrás, en los cedazos, la cascarilla, el salvado y la harina de inferior calidad. Ofrece, pues, el pensamiento tolstoyano bastantes garantías de verdad.

Tengo, por lo mismo, por muy razonable el que los estudiosos de todo género, pero singularmente los de asuntos sociales, se hagan cargo de los razonamientos y advertencias de nuestro autor, se paren ante ellos y los mediten, en lugar de rechazarlos de plano y sin más, por descabellados ó utópicos. Todas las innovaciones han empezado por tener este carácter, y sin embargo, han venido con el tiempo á pasar á la categoría de verdades de sentido común y aceptación general, de la propia suerte que todas las palabras de una lengua han comenzado por ser barbarismos y neologismos, y han acabado por formar en el catálogo de las voces puras y castizas. Es posible que la mentalidad *actual* de muchas gentes no tolere tales exabruptos (para ellas), habituada como está á alimentarse diariamente de otras cosas; es posible, por eso, que devuelva incontinenti lo que desde luego le repugna. Pero también el estómago mental, el cerebro, es susceptible, como el fisiológico, de habituación, y puede suceder que llegue con el tiempo á encontrar agradable y aun apetitoso lo que antes no le parecía tal. El propio Tolstoy da el ejemplo de ello.

P. DORADO.

# EL CONGRESO HISPANOAMERICANO



Cuando escribimos estas líneas, el Congreso económico y social hispanoamericano, acaba de dar fin á sus tareas. Se ha celebrado ya la sesión de clausura, en la cual se han dejado oír voces muy elocuentes, llenas de entusiasmo y de cariño hacia la pobre España. No es todavía ocasión de examinar los resultados prácticos del Congreso. Tiempo vendrá en que se puedan apreciar estos de una manera positiva; pero sí sería precipitado emitir un juicio acerca de la labor del Congreso desde el indicado punto de vista; en cambio, juzgamos el momento oportuno para apreciar aquélla en sí misma, examinando los antecedentes, resumiendo las deliberaciones habidas en las diferentes secciones en que el Congreso se ha dividido, y consignando, por fin, las conclusiones á que el acuerdo de los congresistas ha podido llegar.

Poco creo necesario decir acerca de los antecedentes y preparación del Congreso hispanoamericano; débese, como es sabido, á la iniciativa de una Asociación de carácter privado, la *Unión Iberoamericana*, y ha sido además patrocinado por el Gobierno español (1). Se ha discutido muchísimo la oportunidad

---

(1) R. D. de 16 de Abril de 1900.



ó inoportunidad de la celebración del Congreso, y además se ha debatido bastante acerca de si la significación de los iniciadores de la idea era la más adecuada para despertar en las Repúblicas hispanoamericanas todo el calor y el entusiasmo necesarios. Realmente puede decirse, en cuanto á lo de la oportunidad, que por lo menos hasta ahora no hubiera sido discreto intentar un llamamiento á las antiguas colonias españolas, para que concurrierran á la capital de España á debatir acerca de la conveniencia de estrechar los lazos de amistad con la madre patria. Teníamos pendiente un pleito grave con las colonias que hasta hace poco poseíamos, y dados los términos en que el pleito estaba planteado, no podía esperarse que, mientras aquel no se fallase, si no en contra nuestra — como sucedió—en favor de las colonias, por lo menos los americanos respondieran á la invitación de la madre patria. Bien claro lo dijo el representante de Méjico, el insigne Sierra, en el discurso leído en la sesión inaugural del Congreso.

«Son estas unas Cortes — dice — también sin acción legal, pero sí moral; de todos los confines del mundo americano acudimos aquí sin reproches en los labios ni resentimientos en el corazón. Nuestro carácter español exigía que fuésemos independientes; lo fuimos, y hoy libres, para siempre libres, venimos aquí á proclamarnos solidarios de nuestra propia historia, á colgar nuestras ofrendas en el árbol secular de nuestra genealogía. Bajo su sombra, hoy maternal como nunca, *no nos habríamos congregado mientras no nos hubiésemos sentido absolutamente dueños de nosotros mismos, ni habríamos venido aquí alborozados si no supiésemos que la mano ensangrentada y dolorosa que aquí estrechamos, había dejado caer en el mar hasta el último eslabón de la cadena.*»

Quizá se hubieran podido dar en la Historia condiciones para que la aproximación deseada entre las Repúblicas hispanoamericanas y España se hubiera efectuado con todo entusiasmo y con mayor eficacia, sin necesidad de que nuestra mano estuviese ensangrentada ni dolorosa, y sin que hubiera

eslabón alguno de cadena que dejar caer en el mar. Muy por el contrario: si la ceguera de nuestras clases gobernantes y de tantos y tantos españoles de acá, no nos hubiera precipitado con terquedad verdaderamente imposible, en una política de dominación, la colonia perdida últimamente, lejos de ser obstáculo para afirmar las corrientes que el Congreso ha querido recoger, condensar y acentuar, hubiera sido (con una libertad plena que espontáneamente y á tiempo le hubiera reconocido la madre patria) un hermoso medio de comunicación y de intimidad. Pero, por nuestra desdicha, no fue así; y no siendo así, mientras no se cumpliera la condición expuesta con palabra quizá algo dura, por el ilustre mejicano, para que nuestros hermanos de América nos hicieran caso, el Congreso hubiera sido imposible.

Ahora, ¿puede decirse que había llegado el momento preciso de iniciar y realizar la reunión del Congreso hispanoamericano? Es muy aventurado y difícil responder de una manera categórica y absoluta á esta pregunta. *A posteriori* puede decirse que... no hemos perdido nada con que el Congreso se haya celebrado, y quizá hemos ganado algo. Si al proponer la reunión de semejante Asamblea se pretendía realizar una obra definitiva, consiguiendo, v. gr., una estrecha inteligencia, muy cercana de la alianza política, ó por lo menos moral entre los pueblos hispanoamericanos y España, en ese caso no hay duda de que no era todavía oportuna la celebración del Congreso; el fracaso tenía que ser seguro: no estaban, no están, no estarán en mucho tiempo las cosas en sazón para iniciar empresas de tal fuste. Pero no pretendiendo eso, limitando las aspiraciones á proporciones muy modestas, como cambiar ideas, despertar simpatías, apaciguar oposiciones, borrar antiguas suspicacias, suscitar corrientes de aproximación, formular programas para el porvenir que contengan algo posible, y un amplio esbozo de un ideal que, rectificado á la larga por la experiencia, puede ser acaso una realidad en los tiempos venideros, entonces, no creo que nadie ponga en duda que

la reunión del Congreso hispanoamericano ha sido ahora oportuna. La condición general de nuestra situación ante nuestras antiguas colonias, hacía posible la previa inteligencia de las mismas con la madre patria para juntarse: otras circunstancias especiales, como, por ejemplo, la Exposición de París, podían facilitar la concurrencia á las sesiones del Congreso, de algunos de los americanos que á causa de ella estuvieran en Europa.

Acaso no se estuvo tan feliz como fuera de desear en la manera de formular el llamamiento á las Repúblicas hispanoamericanas: ¡Quién sabe si la obra del Congreso no hubiera alcanzado mayor trascendencia, si aquél hubiera partido desde un principio de todas las más altas representaciones intelectuales del país, especialmente de aquellas que por su historia y por su significación política más confianza pueden despertar en las democracias americanas! Es preciso no olvidar, siempre que de nuestras antiguas colonias se trate, que para ellas la España rival, la España dominadora, es la España tradicional, y que hablándoles á nombre de esa España, no es fácil que en ellas se manifiesten corrientes de simpatía y de cariño. Si queremos que estas corrientes se produzcan y acentúen, si aspiramos á que las Repúblicas de nuestra raza acudan hasta nosotros y con nosotros se entiendan, es necesario hablarles el lenguaje de los pueblos libres, tiene que hablarles una España liberal, progresiva, *européa* en suma; la España heredera del movimiento revolucionario de 1812, punto inicial de la vida política moderna de toda la raza española, con la diferencia de que en los pueblos americanos se ha ido hacia adelante, venciendo mil obstáculos, es verdad, pero llegando al fin y al cabo á formar pueblos tan progresivos como, verbi gracia, Méjico, Chile y República Argentina, mientras nuestro pueblo no ha podido desprenderse aún de la gran impedimenta que supone el dominio social del espíritu tradicional, más ó menos reaccionario.

Pero dejando estas consideraciones previas, veamos ya los

breves términos cómo se ha verificado el Congreso hispanoamericano, y qué resultados se han conseguido como consecuencia de sus deliberaciones.

## II

Preparóse el Congreso durante largo tiempo, mediante los trabajos de su Junta de patronato, circulándose con profusión numerosos interrogatorios, organizando en las provincias numerosas juntas á fin de que estas procurasen allegar la mayor suma posible de datos, noticias é informes, á fin de que las distintas ponencias primero, y en su día el Congreso mismo, tuvieran una buena base sobre que fundamentar sus conclusiones. No creo indispensable reseñar todos estos trabajos preparatorios, aparte de que esto no me sería posible, pues no dispongo de los elementos necesarios: sólo conozco de una manera suficiente los realizados por la Junta provincial de Oviedo, y puedo asegurar, por lo que desde ella me ha sido dable observar, que la labor de las Comisiones que han organizado dichos trabajos fue muy detenida; así se infiere, sin duda alguna, de los interrogatorios por ellas formulados. Quizá pecó por exceso tal labor; acaso no debió ser tan amplia la información solicitada; probablemente hubiera ganado la obra misma del Congreso, si desde el primer momento se hubiera orientado la dirección ulterior de sus debates, hacia un cierto número de cuestiones que pudieran resolverse en un corto número de proposiciones concretas. Tan cierto es esto, que una de las críticas más fundadas que, en mi sentir, se han formulado, no ya á la distribución de las materias que habían de ser objeto de las deliberaciones del Congreso, sino á las conclusiones propuestas por las distintas ponencias, es la de su mucha extensión y detalle excesivo. Sobre esto se debatió, v. gr., en la *Sección de enseñanza*, á la cual se proponían un sinnúmero de cosas que realmente no podían ser tratadas,

sopena de convertir el Congreso en una Asamblea de carácter muy distinto. Comprendiéndolo así, varios Profesores de la Universidad de Oviedo procuramos señalar de una manera lo más concreta posible los temas que en materia de enseñanza debían someterse á este Congreso *internacional*, de carácter *general* y *político*, criterio éste que afortunadamente imperó, como luego veremos en las conclusiones votadas por la Sección.

La distribución de los trabajos se hizo organizando varias Comisiones, que luego sirvieron de base para la división del Congreso en *Secciones*. Los temas que el Congreso habría de examinar, según el artículo 7.º del Reglamento del mismo, eran los siguientes:

1.º Medios creadores de una gran corriente de opinión, que induzca á los Gobiernos de España, Portugal y pueblos iberoamericanos, á realizar íntima alianza que permita resolver las cuestiones que puedan suscitarse entre las indicadas naciones, por tribunales arbitrales.

2.º Manera y procedimiento de dar una dirección fija y determinada al Derecho público y privado, para armonizar las diversas leyes civiles, penales y administrativas en España, Portugal y América latina, de tal suerte, que siendo unos mismos los principios generales y bases que informen los Códigos, pueda llegarse á unificarlos en cuanto las circunstancias especiales de cada nación lo consientan.

3.º Estudio del problema de la emigración en general.

4.º Medios más adecuados para que en España, Portugal y Repúblicas iberoamericanas tengan las obras y descubrimientos científicos de dichos Estados fácil y rápido desarrollo, garantizando los intereses de autores é inventores eficazmente, y de las marcas de fábrica y de comercio, á fin de que los progresos y adelantos de estos pueblos se utilicen preferentemente por ellos mismos, según demandan los vínculos de raza.

5.º Procedimiento para conservar íntegro y puro el idio-

ma español en todas las Naciones hispanoamericanas; medios de evitar que las ediciones de libros en castellano se hagan fuera de los territorios donde se habla este idioma; forma de dar mayor esplendor á las Bellas Artes iberoamericanas y manera de asegurar el reconocimiento de los derechos de la propiedad literaria y artística en todos los órdenes.

6.º Unificación de los planes de enseñanza; recíproca validez de los títulos profesionales en España, Portugal y Estados américolatinos, y creación de Museos pedagógicos internacionales de Ciencias, Letras, Artes y Oficios.

7.º Modificaciones en las leyes de los respectivos países para que los tratados internacionales respondan á las necesidades comunes, ampliando las relaciones del comercio, industria y navegación entre España, Portugal y las naciones iberoamericanas.

8.º Unificación de tarifas postales y telegráficas que permitan mayor impulso, facilidad y economía en el cambio de la correspondencia privada, noticias, impresos, muestras, valores y órdenes telegráficas ó cablegráficas. Fletes y regularización de los medios internacionales de transporte.

9.º Establecimiento en España, Portugal y naciones iberoamericanas de Exposiciones permanentes internacionales de obras científicas, literarias, artísticas, catálogos y muestras de productos agrícolas é industriales, para evidenciar los adelantos y elementos de riqueza de cada país y dar mayor amplitud al comercio, haciendo más íntimo y provechoso el contacto entre productores y consumidores.

10. Creación de Bancos generales iberoamericanos, con Sucursales y Delegaciones en Portugal y Estados américolatinos, que faciliten los giros y transacciones mercantiles. Cuestión monetaria. Medios adecuados para que los valores públicos é industriales de cada nación se coticen en las Bolsas de todas las demás.

11. Procedimientos para facilitar y dar más amplitud al cambio mutuo de periódicos españoles, portugueses y ameri-

canos, y estrechar las relaciones entre los periodistas de España, Portugal y América latina.

Para el estudio y redacción de las ponencias acerca de estas materias, se crearon las siguientes comisiones:

- 1.<sup>a</sup> De Arbitrajes.
- 2.<sup>a</sup> De Jurisprudencia y Legislación.
- 3.<sup>a</sup> De Economía pública.
- 4.<sup>a</sup> De Ciencias.
- 5.<sup>a</sup> De Letras y Artes.
- 6.<sup>a</sup> De Enseñanza.
- 7.<sup>a</sup> De Relaciones comerciales.
- 8.<sup>a</sup> De Transportes, Correos y Telégrafos.
- 9.<sup>a</sup> De Exposiciones permanentes.
- 10.<sup>a</sup> De Relaciones bancarias y bursátiles.
- 11.<sup>a</sup> De Prensa.

### III

El día 10 de Noviembre celebróse la sesión inaugural del Congreso hispanoamericano. La representación oficial y no oficial española, fue numerosa; del valor é importancia de las representaciones hispanoamericanas, puede formarse cabal idea pasando la vista por la lista que pongo á continuación, y que salvo error, considero completa:

#### REPRESENTANTES DE CARACTER OFICIAL.

MÉJICO.—D. Manuel Iturbe, D. Francisco A. de Icaza, don Pablo Macedo, D. Justo Sierra.

NICARAGUA.—D. Crisanto Medina, D. Teófilo Manzano Torres, D. Miguel Velasco, D. Alberto Gómez.

SALVADOR.—D. Rafael Zaldivar, D. M. González Mejía, don Santiago Pérez Triana.

SANTO DOMINGO.—D. Camilo Pozzi, D. Francisco Carreras Caudi, D. Leopoldo M. Navarro.

COSTA RICA.—D. Ricardo Fernández Guardia.

HONDURAS.—D. Enrique Roger, D. Emilio Cartera.

GUATEMALA.—D. José María Carrera.

COLOMBIA.—D. Julio Betancourt.

VENEZUELA.—D. Antonio Lárraga.

ECUADOR.—D. Leónidas Pallarés Arteta.

PERÚ.—D. Eduardo Lembcke, D. Alejandro O. Deustua.

CHILE.—D. Alberto Blest Gana.

ARGENTINA.—D. Vicente G. Quesada.

URUGUAY.—D. Eduardo Herrera y Otes.

PARAGUAY.—D. Eusebio Machain, D. Hector Velázquez.

BRASIL.—Sr. Pereira.

### PARTICULARES

D. Matías Alonso Criado, D. Segundo A. Arteta, D. Agapito Lapuente, D. Benjamín P. Avendaño, D. Ernesto Mangudo, D. Eduardo Zuleta, D. José María Jardon, D. César Zumeta, D. Manuel Mercado, D. Avelino Gutiérrez, D. José E. Friay, D. José G. Villegas, D. F. Iñiguez, D. J. A. Galvaniato, D. Alejandro Infiesta, D. Irimo Escobar, D. Mariano J. Madueño.

Hablaron en la sesión inaugural, además del Ministro de Estado, los Sres. Sagasta, Silvela, Labra, Rodríguez San Pedro, á nombre de España; á nombre de los españoles residentes en América el Sr. Calzada, y por los americanos D. Justo Sierra, representante de Méjico. El discurso, no diré más notable, pero sí más digno de tenerse en cuenta, dado el objeto del Congreso, fue, sin duda, el del Sr. Sierra. Al fin hablaba un americano, y su voz tenía que tomarse como la primer manifestación de los países por España congregados. Aunque apenas habrá español que lea periódicos que no conozca el discurso del Sr. Sierra, pues lo han publicado íntegro la mayoría de éstos, sin embargo, creo indispensable copiar aquí algunos de los conceptos más significativos del mismo: todos aquellos que marcan la actitud de Méjico en sus relaciones con Es-



paña y con los Estados Unidos. He aquí cómo se expresaba el señor Sierra:

«Nosotros, los latinos de América, vigorizados por la savia de todas las mezclas, en cuanto de nosotros mismos tuvimos conciencia, por esa escala vamos ascendiendo á la solidaridad final, y así hemos sido obra de ese espíritu y nos sentimos latinos.

»Pero nuestro carácter de latinos no disminuye, antes bien, acrecienta nuestros deberes de americanos; conviven en nuestro continente el grupo latino y el grupo germánico, y tenemos tendencias distintas, es indudable; nosotros consideraremos siempre la acción individual como un medio de realizar la solidaridad social, y el grupo germánico, en su rama sajona sobre todo, considera á la sociedad como un medio de reforzar la acción individual; entre estos dos polos se mueve el mundo moderno y la historia de las luchas entre estas dos tendencias que parecen inconciliables, no se verá más tarde sino como la obra necesaria de energías puestas en acción para modificarse indefinidamente las unas á las otras.

»A esto contribuirán en América más rápidamente que en otra parte las influencias incontrastables de comunes necesidades é intereses superiores. Dentro de un año un Concilio laico, de paz también, se reunirá en Méjico; en él trataremos, no sólo de multiplicar las relaciones de los americanos entre sí y de zanjar las bases de la federación pacífica de esos intereses y esas necesidades, sino de hacerla radicalmente compatible con nuestras afinidades latinas, procurando que nuestra obra pueda resumirse en la definición panamericana de la doctrina de Monroe, que quedará transformada en una afirmación de paz y de solidaridad humana.

»Trataremos de que de la famosa fórmula «América para los americanos» fluya toda la substancia que contiene. América para los americanos significará la solidaridad americana para repeler toda tentativa contra nuestras independencias, ya sea interior ó exterior á nuestro continente; y como los

tiempos han cambiado profundamente, y de los europeos nada tememos y lo queremos todo, luz para nuestro mejoramiento intelectual, capital para nuestro mejoramiento económico, no será ya la nueva doctrina panamericana una arma de un continente contra otro, sino una égida del derecho contra la fuerza; y el principio «América para los americanos» tendrá por comentario perpetuo el augusto apotegma de Juárez: «El respeto al derecho ajeno es la paz.»

»La obra de este Congreso facilitará por todo extremo la realización de tamaño programa. Organizando el arbitramento voluntario, la Conferencia de La Haya, por estimables que sus trabajos hayan sido, no marcará el advenimiento de una época nueva; sí lo habría marcado si en vez del arbitramento voluntario, que ha existido siempre, hubiese obtenido la proclamación del arbitramento obligatorio, sancionado solidariamente por las naciones contratantes; entonces la guerra habría quedado sustituida por la justicia.

»¿Quiere este Congreso atreverse á lo que la Conferencia de La Haya no osó siquiera, gracias á la imposibilidad de avenir apetitos exasperados por la desconfianza y de juntar manos ocupadas por las armas? Nosotros, los mexicanos, lo seguiríamos fervorosos por ese camino y ajustaríamos los bien meditados reglamentos del tribunal arbitral de La Haya á la nueva base del arbitramento forzoso, y así la colaboración de los hispanoamericanos habría dado al progreso humano un supremo valor moral. El próximo Congreso panamericano de México quedaría obligado á tomar esa obra en cuenta, y esto agigantaría su trascendencia.»

Celebrada la sesión inaugural del Congreso, reunióse éste durante una semana en secciones, en las cuales se debatieron con más ó menos calor las ponencias presentadas por las once Comisiones organizadas por la Junta de patronato. Ya comprenderá el lector que es imposible en un artículo de las proporciones del presente, reseñar lo ocurrido en las discusiones habidas en las distintas secciones del Congreso. De un lado,

requeriría esto un espacio de que no dispongo; de otro, reunir datos que no poseo, porque me ha sido imposible presenciar todos los debates. Después de todo, lo que importa consignar no es tanto la elaboración de los resultados obtenidos en las numerosas discusiones particulares de cada sección, como los resultados mismos, y estos pueden apreciarse con leer el resumen de las conclusiones aceptadas por cada sección, y proclamadas de una manera solemne como conclusiones del Congreso el día de su clausura. He aquí dicho resumen, tal cual lo ha leído el Secretario del Congreso hispanoamericano:

«En la sección de Arbitrajes se adoptaron varias conclusiones encaminadas á protestar contra toda política y tendencia á resolver los conflictos internacionales por medio de la fuerza; proclama la urgencia de constituir por la acción de los Gobiernos un Tribunal de arbitraje hispanoamericano, al cual hayan de someterse las cuestiones que surjan entre los Estados representados y la recta interpretación de los tratados entre dichos Estados convenidos; que el referido Tribunal debe revestir el carácter de permanente, obligatorio y sin excepciones; que interin se establece aquel Tribunal se resuelvan los conflictos por Tribunales arbitrales constituídos especialmente para cada caso; que deben garantizarse los fallos del Tribunal arbitral por medio de una sanción positiva; que no habrá de manifestar en sus decisiones el expresado Tribunal la supremacía política en ninguna de las naciones; que se promueva la constitución de sociedades libres propagandistas de la paz; que se estudien en el orden científico las cuestiones internacionales; que se organice la sociedad de cultura general y educación recomendada por el Congreso Pedagógico de 1892; que se excite á los Parlamentos para que consignen en sus leyes el establecimiento del arbitraje en la forma que en las conclusiones se propone, y que cuanto antes se celebre un nuevo Congreso que tenga por fin el examen de lo hecho y la solución de los problemas que nuevamente se planteen.

\*  
\* \*

En la sección de Jurisprudencia y legislación se aconseja á España y á las naciones hispanoamericanas que aún no hayan reconocido los tratados pactados en el Congreso de Montevideo de 1889, lo verifiquen, y como conclusiones adicionales, las formuladas por la comisión informadora respecto del asilo y extradición, patentes, marcas, jurados industriales, derecho civil y cumplimiento de exhortos.

\* \* \*

La sección de Economía pública acordó en sus conclusiones: que se encauce la emigración española hacia las Repúblicas hispanoamericanas y la isla de Cuba; que debe dictarse una ley general acerca de la emigración, sobre bases que la sección recomienda; que se promueva el establecimiento de una Junta central de emigración; que se invite á los Gobiernos de las Repúblicas hispanoamericanas á convenir tratados con España en condiciones de reciprocidad, otorgando especiales ventajas á los emigrantes; recomendar á los españoles residentes en América que velen por los intereses de los emigrados, y proponer se confeccionen y distribuyan en España y naciones hispanoamericanas cartillas higiénicas destinadas á los emigrantes.

\* \* \*

La sección de Ciencias, en sus conclusiones, propone: se premien obras científicas de relevante mérito; la creación de Laboratorios de Psicología experimental, fundación de Academias donde no existan, y recíproca correspondencia entre todas ellas; publicación de periódicos científicos que vulgaricen la ciencia, y el establecimiento de una Escuela superior internacional hispanoamericana de Medicina, y otra de Cirugía.

\* \* \*

En la sección de Letras y Artes se votaron varias conclusiones, recomendando los procedimientos para conservar íntegro y puro el idioma castellano en todos los pueblos que lo hablan; que se reconozca la autoridad de la Academia de la Lengua de Madrid, asistida por sus correspondientes en América; que se creen Institutos pedagógicos en España y naciones hispanoamericanas; que se promuevan concursos artísticos y Exposiciones permanentes y artísticas; que se celebren tratados de propiedad científica, literaria y artística; que se estrechen las relaciones entre todas las Academias; que se organice el sistema de seguros para el transporte y conservación de obras artísticas; que se constituyan sindicatos de editores y libreros; que se creen publicaciones y centros de distribución de productos intelectuales iberoamericanos, y que se gestione el establecimiento de oficinas internacionales de cange.

\*  
\* \*

La sección de Enseñanza acordó recomendar la celebración de una Asamblea pedagógica para estudiar bases de unidad en la enseñanza de los países hispanoamericanos; la más estrecha correspondencia entre todo el Profesorado hispanoamericano; la celebración de Congresos científicos en las distintas naciones convenidas; el reconocimiento de la validez de los estudios y títulos académicos de cualquier país hispanoamericanos en todos los demás; la creación de Museos pedagógicos con franquicia tributaria para los efectos á ellos destinados; la fundación de un Instituto pedagógico hispanoamericano, y de una enseñanza superior internacional de igual índole, y por último la organización de Círculos escolares hispanoamericanos.

\*  
\* \*

La sección de Relaciones comerciales propone en sus conclusiones la celebración de Tratados ó arreglos comerciales

entre España y las Repúblicas hispanoamericanas con determinadas ventajas recíprocas; la protección á la Marina mercante; la modificación de los aranceles consulares y de los de Aduanas en sentido favorable al comercio internacional; también acordó proponer el establecimiento de Docks en distintos puertos de España y América, sin gravamen para las mercancías depositadas, y otras ventajas que en el detalle de las conclusiones se expresan; y, por último, recomienda las condiciones que han de reunir los intermediarios de comercio y las ventajas que deben otorgárseles, así como las Asociaciones de comerciantes y manera de garantizar el pago de facturas.

\*  
\* \*

En la sección de Transportes, Correos y Telégrafos se votaron conclusiones diversas, en las que se recomienda la ampliación de los medios de transporte entre España y América; rebaja de tarifas de ferrocarriles para los productos destinados á la exportación; facilidades para el embarque y desembarque de viajeros y mercancías; mejora de puertos, rebaja de tarifas consulares y de puertos; primas á la navegación; reformas arancelarias que faciliten el comercio recíproco; viajes combinados entre las líneas ferroviarias y marítimas; transporte gratuito de muestrarios, y pasajes gratuitos ó reducidos para los viajantes ó agentes comerciales; establecimiento de hoteles terminus; organización de agencias comerciales; perfeccionamiento del sistema de envases; que á partir del 1.º de Enero de 1901 rija la rebaja del 33 por 100 en los derechos de transporte de la correspondencia postal entre España y América; la unificación de tasas telegráficas; que sea oficialmente general y absoluto el uso del lenguaje convenido en los telegramas; la reducción de las tarifas actuales, y, por último, el establecimiento de un cable hispanoamericano con amarre exclusivo en España y las costas de la América latina.

\*  
\* \*

En la sección de Exposiciones permanentes se acordaron varias conclusiones, encaminadas á pedir la organización de Exposiciones permanentes sobre bases que se detallan, su establecimiento en los puntos que se estimen más convenientes, y que se organicen Museos comerciales dentro de los locales de las Exposiciones.

\*  
\* \*

La sección de Relaciones Bancarias y Bursátiles votó conclusiones, recomendando que los Gobiernos faciliten la creación y funcionamiento de un gran Banco hispanoamericano; que se llegue á una inteligencia para establecer la unión monetaria latina, mediante la adopción de una moneda común y de circulación legal en todos los países de la América latina y España; que se interese de los Gobiernos sean admitidos á cotización todos los fondos públicos de los distintos Estados representados en el Congreso, y que se recomiende á las Juntas sindicales de las Bolsas la admisión de todos los valores industriales debidamente garantizados.

\*  
\* \*

En la sección de Prensa se acordó proponer la rebaja del franqueo en los periódicos destinados al cambio; que por España se derogue la real orden que obliga á la entrega de tres ejemplares de toda obra editada en castellano cuando deba entrar en la Península; el aumento de cinco kilogramos de los paquetes postales de impresos entre España y la América latina; la formación de una estadística completa de todos los periódicos de España y naciones hispanoamericanas; que se establezcan Asociaciones de la Prensa donde no existan, y su frecuente contacto entre unas y otras; que se gestione la reducción en el precio de los pasajes terrestres y marítimos para periodistas, y la rebaja de tasas cablegráficas para el servicio de los periodistas; que se concedan tarjetas fotográficas de iden-

tividad á los periódicos con valor en todas las naciones representadas en el Congreso; que la Asociación de la Prensa de Madrid envíe varios periodistas á estudiar detenidamente la prensa americana, y, por último, que se funde en Madrid una Revista que se ocupe en el estudio y propaganda de las cuestiones sociales y económicas que á España é Iberoamérica interesan.

#### IV

Tal es la labor del *Congreso hispanoamericano*. Repito lo que al principio de este artículo decía: no es todavía ocasión de apreciar sus resultados; después de todo, considerando el Congreso, en sí mismo y en sus conclusiones, como el punto inicial de una política de intimidad hispanoamericana, como una rectificación que la opinión pública española impone á la funesta política de aislamiento, por España seguida hasta ahora, y como un primer esfuerzo por parte de nuestra patria para conquistar el aprecio de sus antiguas colonias, hoy pueblos libres, progresivos y cultos, la eficacia ulterior de la obra comenzada depende de la habilidad y persistencia con que aquí se sepa continuar esta obra, tanto por parte de los Gobiernos como por parte de todos los elementos directores del país, desde la Prensa hasta la clases intelectuales y productoras.

Prescindiendo de apreciar los resultados ulteriores y limitándonos á juzgar el Congreso en sus efectos inmediatos, creo que este Congreso ha servido para algo, para mucho quizá. Por de pronto, ha servido para obligar á los españoles á pensar en América; la Prensa toda ha estado durante unos cuantos días hablando de aquellas Repúblicas, y haciendo ver á todos el porvenir que una política prudente y culta podría preparar á nuestro pueblo si se orientase hacia ella de una manera liberal, atractiva, resuelta; por otro lado, españoles y



americanos han podido, mediante el Congreso, conocerse, tratarse, y acaso de esta relación nazca una corriente de simpatía. Sin propasarme yo á formular hipótesis acerca del juicio que los americanos hayan formado de nosotros, seguramente habrán podido advertir que hay aquí quienes desean viva y sinceramente una amistad cariñosa, una intimidad social y política, intelectual y económica con ellos, tan grande como lo permitan las condiciones propias de los diferentes pueblos; no con el propósito de afirmar corrientes contrarias á otros grupos de civilización, sino simplemente con el de trabajar por el engrandecimiento moral y material de todas las naciones de estirpe hispana ó ibera. Por lo demás, seguro estoy de que todos los españoles se han sentido muy complacidos al relacionarse con los distinguidos representantes de las Repúblicas americanas.

Por último, para completar el juicio que debe formarse de los efectos inmediatos del Congreso, es preciso anotar las apreciaciones que el mismo ha sugerido á la Prensa extranjera, especialmente á la Prensa francesa, italiana é inglesa. Un periódico francés tan importante como *Le Temps*, decía lo siguiente:

«Sin ser tan ruidoso como los sucesos del Extremo Oriente y del Africa del Sur, éste que en Madrid se desarrolla, puede ejercer una honda repercusión, no solo en España y América, sino en todo el mundo latino.

Las diferencias entre España y sus antiguas colonias han cesado.

Encuéntrese la metrópoli en situación análoga á la que precedió al descubrimiento del Nuevo Mundo, don fatal que la elevó al más alto grado de poder, y que le valió, andando los tiempos, una de las caídas más espantables que registra la Historia. De ella depende, si renuncia á sus pronunciamientos y agitaciones estériles, si se dedica por entero al trabajo asídúo y se evoluciona resueltamente hacia la libertad, procurarse una compensación, no por poco brillante menos provechosa y segura.

La ocasión ha estado bien elegida; como que el programa del Congreso se ha adelantado á los de la Conferencia, y la Exposición panamericanos, anunciados para el año que viene en Méjico y en los Estados Unidos.

¿Quién sabe si, merced á una iniciativa tan oportuna, no llegará á ser España el centro y el lazo de unión del futuro *panlatinismo*, indispensable para cerrar el paso al imperialismo anglosajón, que aspira, según declaración explícita de uno de sus órganos, al «dominio del universo?»

Por hoy, se consagra á la reconquista moral de un continente que, aunque dueño absoluto de su libertad, no quiere renegar de sus tradiciones de familia. Mañana, rodeada de un coro de dieciséis jóvenes Repúblicas, podrá tal vez reivindicar un puesto de honor para ellas, para sí y para toda su raza...»

Algunos periódicos italianos han dado la voz de alarma ante el temor de una influencia excesiva de España para lo porvenir, y los ingleses han seguido con especial cuidado las deliberaciones del Congreso, llegando á formular *The Morning Post* indicaciones muy importantes, según se desprende de un telegrama en el cual se resumen sus juicios. Atribúyense á este periódico entre otras apreciaciones, la de que la presencia de América en el Congreso, es señal indudable de que se separa definitivamente la del Sur de las pretensiones de los Estados Unidos á ejercer la tutela sobre aquellas Repúblicas (1).

ADOLFO POSADA.

---

(1) De *El Español*, del 20 de Noviembre.

## CRÓNICA LITERARIA

---

EL GENIO DE LA RAZA (Evocación de un poema argentino), por D. Francisco Soto y Calvo.—NASTASIO, del mismo autor.—ALMAS Y PAISAJES, por D. Manuel Bueno.—VIDAS SOMBRIAS, por D. Pío Baroja.

Con frecuencia se habla en estas Revistas de libros de escritores hispanoamericanos, por entender que es la lengua lo que principalmente determina y clasifica las literaturas. Ahora que, con motivo del reciente Congreso, vivimos, por decirlo así, en plena actualidad americana, hay una razón más para continuar dicha costumbre.

Sin necesidad de que concurriera este motivo particular, habría hablado yo con gusto á los lectores de LA ESPAÑA MODERNA de dos recientes obras poéticas del Sr. D. Francisco Soto y Calvo, escritor argentino que reside en Europa, y ha impreso elegantemente en Chartres (Francia) las dos producciones á que me refiero: *El Genio de la raza* (Evocación de un poema argentino) Chartres, 1900, XIII-36 páginas, y *Nastasio*, Chartres, 1899, x-165 páginas.

Aunque en el orden cronológico *Nastasio* precede á *El Genio de la raza*, esta obra puede considerarse como un antecedente lógico de aquélla. En efecto, en *El Genio de la raza* expresa el Sr. Soto y Calvo la aspiración de que los poetas americanos, ó concretando más, los poetas argentinos, se inspiren

en los asuntos propios de su tierra, en vez de buscar fuentes de inspiración extranjeras. Y en *Nastasio* practica el poeta esta doctrina, eligiendo por asunto de su poema escenas y costumbres de las Pampas, y por personaje principal uno de los vaqueros ó peones de una *estancia* argentina. Hay, pues, perfecta concordancia de pensamiento entre ambas producciones, y se explica que el poema que representa la práctica haya precedido á las estrofas de *El genio de la raza*, que son la expresión poética de la teoría. Este es, sin duda, el orden natural y primitivo en las producciones espirituales, en que la experiencia y la práctica preceden á la regla y á la doctrina, aunque nosotros, que disfrutamos, por virtud de la civilización, de los resultados de la experiencia de muchas generaciones y de la suma de reglas, teorías y doctrinas que durante siglos han ido averiguando ó inventando los hombres, al hallarnos con este arsenal ya preparado y dispuesto, pasamos generalmente en las cosas que son objeto de regla, de la regla á la aplicación, y hasta en las especulaciones solemos comenzar á veces por lo que es en realidad el remate y coronamiento de la obra, ó sea por la teoría, aplicándola luego á los casos particulares y contrastándola con ellos.

La idea en que está inspirado *El Genio de la raza* es muy general, no sólo tratándose de la literatura, sino de todos los frutos y aplicaciones de la actividad colectiva de los pueblos. A cada paso oímos y decimos que las naciones deben *cultivar su propio jardín*; inspirarse en su tradición literaria, jurídica, religiosa, etc., según la índole del asunto de que se trate; acomodar sus instituciones y los varios empleos de su actividad á las condiciones de su carácter, tal como los accidentes de la historia han ido formándole en el curso de los tiempos. En cambio, nadie, á no ser cultivando deliberadamente la paradoja ó en momentos de gran depresión moral y desaliento, como los que suceden á alguna gran catástrofe pública, sostiene que un pueblo deba proponerse como fin la imitación de otro en que reconozca superioridad, ni resolverse á mudar radicalmente

de manera de ser, de costumbres y de tendencias espirituales, aunque sea para alcanzar mejora. La imitación se admite como medio para poder desenvolver luego mejor la propia originalidad y remediar algún género de inferioridad parcial y transitoria, y se admite generalmente como excepción, en algún asunto determinado y como cosa que no debe pasar de la superficie, de las formas ó procedimientos más adecuados para conseguir algún adelanto ó ventaja.

Quizás el mayor ejemplo de imitación que hay en la historia, dicho sea de pasada, es el de los pueblos modernos, respecto de la civilización clásica de Grecia y Roma, lo cual se explica no sólo por la inmensa inferioridad intelectual de las naciones bárbaras, sino por el prestigio enorme del imperio romano y por el valor intrínseco de la cultura antigua en Filosofía, Artes y Letras, de que da testimonio su larga duración aun no extinguida, puesto que todavía aquella civilización vive y alienta entre nosotros.

Cerrando este paréntesis, no estará demás observar que aunque la teoría de que cada pueblo debe cultivar su propio carácter y vivir con arreglo á él alcanza general asentimiento, en la práctica es frecuentemente infringida. La seducción que ejercen los adelantos de los pueblos que han conseguido mayor progreso, induce á tomarlos por modelo, y ya en esta senda es muy difícil detenerse en aquel punto en que termina lo prudente de la enseñanza del ejemplo y empieza lo ridículo de la imitación simia. Por eso no es ocioso que los pensadores y los poetas invoquen el genio de los pueblos y de las razas, y cada vez será más necesario que lo hagan, supuesto que la civilización va tomando de día en día formas más cosmopolitas, que hacen, por consiguiente, más difícil la conservación del carácter original de las naciones y disminuyen á paso acelerado sus diferencias.

*El genio de la raza*, del Sr. Soto y Calvo, lleva un prólogo de D. Miguel de Unamuno, y es de observar, comparando cómo interpretan y entienden el prologuista y el poeta esa

misma idea en que el poema está inspirado, cuán varios son los aspectos bajo los cuales puede apreciarse el pensamiento del apego al carácter propio de cada pueblo. A primera vista parece que no puede ser más sencilla la contestación á la pregunta ¿por qué hemos de preferir lo propio? ¡Por ser propio! Pero la dificultad continúa en pie con esta respuesta, á la que puede objetarse que la razón nos aconsejaría que hiciéramos propio lo que viésemos ser mejor intrínsecamente.

El autor de *El genio de la raza* quiere que los poetas argentinos busquen inspiración en su patria, ya porque ésta le parece el objeto más digno de ser cantado, que es la fórmula ordinaria del patriotismo, eminentemente optimista por naturaleza, ó ya porque así conservarán mejor la originalidad. En las siguientes estrofas aparecen expresados ambos pensamientos:

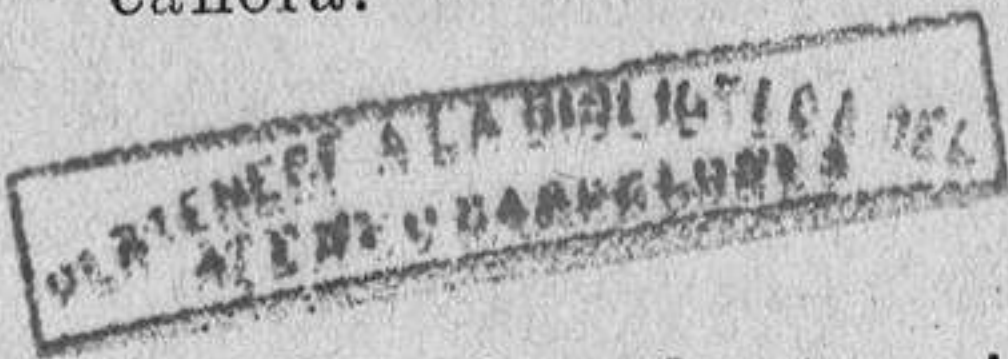
¡Oh, Buenos Aires! Tu ferviente vida,  
 Tu ambición, tu tropel, tus resplandores  
 Llamando quiera la atención del mundo;  
 Y tus hijos primados, tus poetas,  
 ¿Han de volver á Europa las miradas  
 Para cantar tan luego las secretas  
 Ansias de las naciones fatigadas?  
 . . . . .  
 Aquel que angustias á nuestra alma ajenas  
 Busca para cantar, no es argentino,  
 Es el vasallo intelectual de Europa.  
 . . . . .  
 . . . . ., . . . . .  
 Las estrofas son eco de la patria,  
 Los murmurios son ecos de la tierra,  
 El poeta y el río son espejos  
 Que muestran en sus límpidos reflejos  
 Cuanta hermosura la nación encierra.  
 Porque el artista resucita ó crea  
 Y á la Natura solamente copia,  
 Pero nunca á otro artista; cual las aves,  
 Busca su canto dentro el alma propia.  
 . . . . .

En su prólogo expresa el Sr. Unamuno una interpretación más honda, más filosófica. «Triste cosa es—dice—que haya en Buenos Aires quienes pretendan hacer del emporio argentino una contrahechura de París, y de un París parcialmente y por fuera visto, y no más Buenos Aires, cada vez más hondamente argentino, *único medio de ser cada vez más humano*. Aspire usted á que le digan: «¡lindo criollo!» ó un «¡ah, hijo del país!» como el que dicen que entusiasmado Moreira dijo al sargento Navarro, más bien que le llamen decadente, simbolista, naturista... ó superfirolíticofláutico. *Porque es dentro, no me cansaré de repetirlo, y no fuera, donde hemos de buscar al Hombre, en las entrañas de lo local y circunscrito lo universal, y en las entrañas de lo temporal y pasajero lo eterno.*» De donde se infiere que debemos preferir lo propio, porque ahondando en ello es como llegaremos á lo esencial, á lo común, á lo que es la base y el sustentáculo de todo; pues así como cada individuo ahondando en lo más íntimo y profundo de su espíritu es como llega á comprender su esencia y á entrever por ella la de todas las cosas, así cada pueblo, al profundizar en su propio carácter es como llegará á lo humano; mientras que copiando lo ajeno, que no es íntimo para él, sino exterior, no pasaría de las formas y apariencias. Cuanto más nacionales, seremos más humanos.

El interés que el asunto ofrece, basta para indicar que no es obra vulgar *El genio de la raza*. Ni es cosa baladí un poema ó una introducción á un poema que tenga pensamiento, que exprese ideas originales, cuando tantos poetas se conforman con engarzar frases sonoras en el hilo de la rima, y con reproducir el reflejo de lo que fue inspiración propia y directa en aquellos otros poetas verdaderos que les sirven de modelo.

No está exenta de algunos defectos la composición del señor Soto y Calvo. Peca, acaso, de la excesiva pomposidad común en los poetas americanos, y de la cual no se libraron tampoco varios de los nuestros en las más brillantes épocas de nuestra poesía; en la rima hay descuidos, ripios; pero, ¿qué

poeta estará tan libre de ellos, que pudiera atreverse á tirar la primera piedra al autor de *El genio de la raza*? En cambio, no puede negarse que hay en esta composición algunas bellas imágenes; que la versificación es, por lo general, briosa y fácil, y que el asunto está desenvuelto en una bien ordenada gradación. La evocación que hace el señor Soto de los pasados poetas argentinos, y las estrofas que al final dedica á la transformación del tipo nacional en su patria, ofrecen rasgos inspirados de poeta que piensa, no contentándose con ser ave canora.



\*  
\* \*

*Nastasio* es de otro género. En este poema nos presenta el señor Soto y Calvo la vida de las Pampas, personificada en el protagonista, que no es ningún personaje refinado y complejo, como los que se complacen en pintar muchos literatos contemporáneos, sino un sencillo campesino. Primeramente le vemos en la paz idílica de su hogar; luego la catástrofe, representada por un terrible huracán de la Pampa, le sume en el dolor y la soledad privándole de su casa y familia, y hasta del sentido de la vista, y por último, su conformidad pone un epílogo cristiano á aquella tragedia en que el destino está representado por la acción de las fuerzas naturales inconscientes, mostrándonos la victoria del espíritu sobre la Naturaleza.

Hay en este poema pasajes muy felices; las escenas de la vida familiar están descritas con simpática ingenuidad; no carece de grandeza la descripción de la catástrofe, y es sentida y conmovedora la pintura del dolor del protagonista. Todo el poema tiene cierto aroma de sinceridad, de inspiración fiel en las intuiciones de la realidad, que hace decir al señor D. R. J. Cuervo, en la carta prólogo que lleva este libro: «No conozco de vista y por experiencia la vida de las Pampas; pero no sé que secreta adivinación me asegura de que todo lo que usted dice es cierto y real.» Participo de esa impresión y creo



que, efectivamente, existe esa adivinación ó presentimiento de que habla el señor Cuervo, y que nos hace juzgar de verdaderas ó de falsas las obras artísticas, aunque no conozcamos más que por referencias los objetos reales que les han servido de modelo, ó en los cuales se han inspirado de algún modo.

Ya que he aludido á la carta prólogo del Sr. Cuervo, no he de pasar en silencio un punto de que en ella se trata incidentalmente, y que es de mucho interés para nuestra literatura.

«Díceme usted—escribe dirigiéndose al autor de *Nastasio*—que al fin del libro pondrá usted un glosario de términos poco conocidos fuera de su país, como en Colombia han tenido que hacerlo autores ó editores, y esto me hace pensar en otra despedida, despedida amarga enmedio del festín de la civilización, como la de la novia que á hora desconocida deja la casa paterna entre los regocijos de la boda. Poco ha me dió usted á leer en *La Nación* el parecer de un lingüista francés sobre la suerte de la lengua castellana en América, parecer ya antes expresado por otros no menos competentes y que á la luz de la Historia es de ineludible cumplimiento. Cuando nuestras letras crecían en el regazo de la madre España, ella les daba masticados é impregnados en su propia substancia los elementos de la vida moral é intelectual, de donde la conformidad de cultura, con la única diferencia de grado, en el continente hispanoamericano; cuando sonó la hora de la emancipación política, todos nos mirábamos como hermanos y nada nos era indiferente de cuanto tocaba á las nuevas naciones; fueron pasando los años, el interés fue resfriándose, y hoy, con frecuencia, ni sabemos en un país quién gobierna en los demás, siendo mucho que conozcamos los escritores más insignes que los honran. La influencia de la que fue metrópoli va debilitándose cada día, y fuera de cuatro ó cinco autores cuyas obras leemos con gusto y provecho, nuestra vida intelectual se deriva de otras fuentes, y carecemos, pues, casi por completo de un regulador que garantice la antigua uniformidad. Cada cual se apropia lo extraño á su manera sin consultar con nadie; las

divergencias debidas al clima, al género de vida, á las vecindades y aun qué se yo si á las razas autóctonas, se arraigan más y más y se desarrollan; ya en todas partes se nota que varían los términos comunes y favoritos, que ciertos sufijos ó formaciones privan más acá que allá, que la tradición literaria y lingüística va decaeciendo y no resiste á las influencias exóticas. Hoy, sin dificultad y con deleite, leemos las obras de los escritores americanos sobre historia, literatura, filosofía, pero en llegando á lo familiar y local necesitamos glosarios. Estamos, pues, en vísperas (que en la vida de los pueblos pueden ser bien largas), de quedar separados como lo quedaron las hijas del Imperio romano; hora solemne y de honda melancolía, en que se deshace una de las mayores glorias que ha visto el mundo y que nos obliga á sentir con el poeta: ¿quién no sigue con amor al sol que se oculta?»

Hay, sin duda, gran parte de verdad en lo que con tanta elocuencia y en tan elegante estilo dice el Sr. Cuervo, pero su previsión se adelanta tanto al curso natural de los sucesos (dado que este sea como en los párrafos anteriores se supone), que hace bien en advertir que suelen ser muy largas en la vida de los pueblos las vísperas á que alude. Por otra parte, sabemos tan poco de lo pasado, es tan superficial nuestro conocimiento histórico, deja tantas cosas en la sombra, hasta en las épocas que nos parecen más conocidas, que toda relación de semejanza que establezcamos entre situaciones históricas de lo pasado y situaciones presentes, es poco menos falible que las inducciones que formamos sobre lo porvenir. Sabemos, por ejemplo, ateniéndonos al ejemplo que cita el Sr. Cuervo, que el latín dejó de hablarse y que de él ó de una parte de él, del habla popular, del *sermo vulgaris* nacieron las lenguas que llamamos romances; pero ¡cuántas cosas no ignoramos en esa transformación! No tenemos en realidad datos fidedignos para apreciar en qué medida se hablaba el latín y en qué otra las lenguas indígenas en las diversas provincias del Imperio romano, ni conocemos más que á saltos y con grandes lagunas

las etapas de la transformación, ni el por qué de los diversos caminos que siguió y los distintos frutos que produjo. Pero sí sabemos que se tardó en ello muchos siglos, y que cuando las lenguas romances empezaron á hablarse, el latín había muerto ya como lengua popular, y en ninguna parte de las que compusieron el antiguo Imperio lo hablaban ya más que los doctos, diferencia esencial con el caso de las naciones de América, puesto que el castellano sigue hablándose y no lleva trazas de extinguirse, en España al menos. No hay tampoco en las naciones americanas lenguas indígenas que hayan subsistido entre la población civilizada y puedan cooperar á la transformación.

La necesidad de glosarios que expliquen ciertas voces privativas de una ú otra República, no indica que cada cual de ellas esté en camino de tener un idioma diferente. En realidad, esos términos, por lo que á mí se me alcanza de la lectura de los autores americanos que conozco, no implican mayor diferencia de lenguaje que los provincialismos que existen dentro de cada una de las diferentes lenguas de Europa. Un madrileño, por ejemplo, no entiende muchos términos que se usan en el riñón de Castilla la Vieja, ni un burgalés otros que emplean los sevillanos, ni éstos otras voces que se usan corrientemente en Aragón, sin perjuicio de lo cual todos hablan y entienden el castellano.

Es cierto que en América, el gran crecimiento que está llamada á tener la población, y la consolidación progresiva que ha de alcanzar la personalidad de cada pueblo, podrán llegar á influir á la larga en el idioma y aun acaso creen con el tiempo lenguas diferentes; pero esta eventualidad parece remotísima y aun es quizás contraria á la tendencia de difusión de los grandes idiomas. Es de todas suertes uno de los secretos de lo porvenir, y cosa que habría de requerir, indudablemente, dilatados períodos históricos para efectuarse. Entre tanto, el interés de los hispanoamericanos es conservar con la mayor pureza y elegancia que les sean posibles, el idio-

ma que usan, para lo cual puede serles de utilidad la comunicación intelectual con la nación de donde proceden y de donde también procede su habla. Y ya que sea tan corto, como el Sr. Cuervo dice, el número de los escritores españoles que les agradan, en lo cual somos sin duda de gusto menos difícil, delicado y exigente los españoles, puesto que pasan de cinco ó seis, y aun de una docena y de dos los escritores americanos cuya lectura nos complace, todavía tienen á su disposición el rico arsenal de nuestras letras pasadas, donde los más refinados pueden elegir modelos, cuyo trato aleje ese momento nada grato en que el castellano de América, para trocarse en otro idioma ignoto, ó en otros varios, tenga que pasar por el estado de rusticidad y de bajeza por que pasó el habla latina hasta que acabaron de formarse de su jugo las modernas lenguas romances.

\*  
\* \*

Para no consagrar por entero esta Crónica á la literatura americana, aplazaré para otra el hablar de *La raza de Cain*, nueva novela del notable literato uruguayo, Sr. Reyles, primorosamente editada en Montevideo, y dedicaré el espacio de que aún pueda disponer á decir algo de dos libros de autores españoles, de los cuales libros hubiese deseado hablar antes, pero me lo han impedido otros diversos asuntos de actualidad.

Uno de ellos es la colección de cuentos de D. Manuel Bueno, titulada *Almas y Paisajes*. Como muchos (quizás la mayor parte) de los cuentistas modernos, el Sr. Bueno nos presenta escenas sueltas de la realidad en vez de relatos de algún suceso ó aventura digna de memoria, como solían los antiguos. Esta mudanza en la manera de concebir el cuento no obedece meramente á algún capricho del gusto. El cuentista antiguo aspiraba á entretener y á dar alguna enseñanza moral con los ejemplos contenidos en sus fábulas, hasta el punto de que los más licenciosos pudieron pretender que sus historias tenían un fin ético, y que si en ellas pintaban con vivos colores los vicios

era para que sirviesen de aviso, lección ó escarmiento sus relatos; manera extraña, en verdad de moralizar.

Los cuentistas modernos aspiran por lo general á producir una emoción artística. Podría decirse en globo y reconociendo de antemano lo mucho que tienen de inexactas estas aseveraciones generales, que el cuento, concebido como el relato de una acción, con su exposición, su nudo y su desenlace, se dirigía principalmente al entendimiento y á la voluntad, y el cuento, concebido como representación de escenas sueltas de la vida tiene por mira el sentimiento. Esta diferencia de puntos de vista puede observarse igualmente en casi todos los géneros literarios, aunque ya se advierte en algunos una reacción en el sentido de volver al arte con finalidad extrínseca; lo que se llama el teatro de ideas, marca por ejemplo esta nueva orientación, que vuelve á lo viejo.

Los cuentos del Sr. Bueno, son, cual antes decía, escenas de la vida; almas y paisajes, como los llama extendiendo á todos ellos el título particular del primero, que compendia bien en dos palabras, los dos grandes, eternos é invariables asuntos de toda obra literaria (en esto sí que no caben mudanzas), el espíritu y la Naturaleza. Escritos en lenguaje castizo y elegante, con un estilo sobrio y vigoroso, interesan estos relatos, no tan solo por su esmerada forma, sino por la médula espiritual que tienen muchos de ellos. La mayor parte de las escenas están bien concebidas, *bien vistas* con los ojos de la fantasía y descritas ó representadas con arte. Principalmente los tipos de vascos que pinta el Sr. Bueno en varios de sus cuentos, como los titulados *Almas y Paisajes*, *Dos hermanos*, *El boyero* y *Humilde tierra* (acaso el mejor del libro), están representados con tanta verdad como poesía. Puede decirse que el autor se ha asomado al fondo de aquellas almas sencillas, dotadas de cierta primitiva rudeza, y en las que contrastan sus rasgos de energía con cierta vaguedad melancólica que parece como un presentimiento inconsciente del misterio de la vida, propio de una raza antiquísima en que sobrevive una confusa heren-

cia espiritual de tiempos muy remotos, en los que el hombre vivía sugestionado por el temor y al mismo tiempo por la poesía de un mundo enigmático en que casi todo era desconocido para él.

El libro del Sr. Bueno confirma, en suma, la buena reputación literaria que ha empezado á conquistar su autor. No son muchos, ciertamente, los escritores jóvenes que pueden igualar en lo castizo del lenguaje, en el nervio del estilo y en la clara intuición de la realidad, al autor de *Almas y Paisajes*.

\* \* \*

También he leído con gusto el libro de D. Pío Baroja, *Vidas sombrías*. Tienen de común, todos los trabajos coleccionados en este volumen, una nota genérica de tristeza ó melancolía, muy en consonancia con el título de la obra. Pero el libro ofrece una gran variedad, no sólo de asuntos, sino de procedimientos artísticos, de puntos de vista, de formas de expresión, dentro de lo literario. La *gamma* infinita del dolor humano se muestra allí con las más diversas apariencias. La canción de la tristeza del vivir, da todas las notas y reviste todos los tonos. Junto á cuadros de intenso realismo, de un realismo sobrio y severo, sin asomo de bajeza ni de vulgaridad, como *Hogar triste* y *Caídos*, vemos otros como *Medium*, *Nihil*, *El reloj*, que se acercan al dintel del misterio, y revisten las formas extrañas, fantásticas y aun extravagantes en que se complace el modernismo literario, tan inclinado á perseguir y á expresar con predilección los estados anormales del espíritu. No es un escritor vulgar, quien, como el Sr. Baroja, sabe expresar siempre con discreción y acierto notas tan diferentes, y que huyendo de la monotonía, de que nunca logran emanciparse los literatos mediocres, tan pronto lanza su fantasía por el campo sin límites de la quimera, como la detiene ante el espectáculo de la realidad, ante la visión del mundo, tal como se muestra á nuestros sentidos corpóreos.

El estilo es algo opaco. El lenguaje, la parte más exterior de la forma literaria, es lo que menos llama la atención en la obra del Sr. Baroja, y no porque sea descuidada ni anodina la locución, sino porque parece que se eclipsa delante de la intensidad de sentimiento y de fantasía que respiran las páginas de este libro. Las palabras no son en él más que estrictamente medios, y los conceptos que expresan parece que apenas enunciados se despojan y desasen de su envoltura sensible para penetrar directamente en la imaginación del lector.

La pluma del autor de *Vidas sombrías* no traza cuadros de entonación robusta, de enérgico colorido, sino pinturas de matices delicados, que se esfuman hasta perderse en una niebla de formas indecisas. Su libro es, en realidad, para pocos, para espíritus delicados, para los amigos de refinamientos intelectuales, para los *gourmets* de la literatura.

El Sr. Baroja ha leído mucho, sin duda, á los escritores modernos franceses, y se parece á algunos de ellos en la manera de expresar los asuntos. Pero no es, con todo, un escritor afrancesado, y positivamente escribe mejor y piensa é imagina mejor que algunos literatos parisienses que llenan con su prosa los periódicos del Boulevard.

Yo no conozco ni de vista al Sr. Baroja, ni sé nada de él más que lo que da á conocer su libro, ni me lo ha recomendado nadie; puedo por lo mismo elogiarle con entera sinceridad, y aunque no gusto de meterme á profeta, creo que quien ha escrito *Vidas sombrías* irá lejos si sigue cultivando las letras.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

# REVISTA HISPANOAMERICANA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEUM MADRILEÑO

SUMARIO.—Congreso hispanoamericano de Madrid.—Entrevistas del Presidente del Brasil D. Manuel Ferraz de Campos Salles con el Presidente de la Argentina, General Julio Argentino Roca, en Buenos Aires.

Ya *The New York Herald* vuelve á escribir en *jingo*. Ya *The New York Herald* ha declarado que el Congreso hispanoamericano de Madrid ha sido un fracaso, y otro fracaso la visita del Presidente del Brasil Campos Salles al Presidente de la Argentina General Roca, en Buenos Aires.

Respecto al Congreso hispanoamericano de Madrid, vocifera *The New York Herald*, que, según los informes que de Washington ha recibido, el fracaso se ha debido al Gobierno de la ciudad del nuevo capitolio anglosajón, que había impuesto no se qué especie de veto á que la reunión en Madrid de los representantes de las jóvenes Repúblicas americanas de nuestro nombre tomasen ningún carácter político, sobre lo cual Mr. Hay había obtenido previas seguridades de parte del Gobierno de la Reina Regente María Cristina. *The New York Herald* apunta además que en el Congreso de Madrid no han estado representadas más que diez de las diez y ocho Repúblicas iberoamericanas. *The New York Herald* consigna también que los delegados de algunas de las diez Repúblicas representadas han sido los Ministros acreditados en Madrid, lo que parece que



arguye para el periódico internacional de la Yanquilandia un acto de cortesía más bien que un movimiento de adhesión. *The New York Herald* analiza á más abundamiento la condición de los otros delegados, y hace notar que alguno de ellos no son hispanoamericanos de cuna y nacionalidad, sino súbditos españoles residentes en algunos de aquellos países. Para *The New York Herald*, por lo tanto, ni á estas representaciones podían serles confiadas la realización de instrucciones importantes, ni las conclusiones del Congreso hispanoamericano de Madrid pueden tener una importancia de honda trascendencia. En estas razones *The New York Herald* se apoya para sentenciar que el Congreso concluso el último domingo, ha sido un verdadero fracaso en el sentido que en toda América y en Europa se le quería dar.

¡Con decir que solamente Bolivia ha sido la República que no ha estado representada, queda contestado todo lo demás, pues la misma veracidad hay en todo ello!

\*  
\* \*

Respecto á la visita del Presidente del Brasil al General Roca en la capital de la Argentina, su criterio ni es tan absoluto, ni es tan cerrado. *The New York Herald* está muy distante de creer, como en Europa ha creído *The Times*, de Londres, que el acto de mutua atracción que acaba también de realizarse entre los Jefes de los dos Estados más florecientes de la América Meridional en las riberas del Atlántico, no haya tenido otro objeto que contener el tono agresivo á que de algún tiempo se ajusta la política de Chile. *The New York Herald*, que ha sido atento observador de lo que en Buenos Aires ha pasado, durante la estancia prolongada del Dr. Campos Salles en aquella capital, indudablemente no se ha persuadido de que todas aquellas expansiones vehementes á que se han entregado no sólo los visitados y los visitantes, sino hasta los Estados vecinos, puedan considerarse como funcio-

nes de pólvora, habiéndose gastado todo el humor en frases de relumbrón y en salvas atronadoras. *The New York Herald* da, por consecuencia de esta visita, como entendidas y más que entendidas, íntimamente ligadas entre sí, cinco de las Repúblicas del Sur, el Brasil, la Argentina, Chile, el Paraguay y el Uruguay, y á este hecho no puede negarle la importancia que ha tratado de quitar al Congreso hispanoamericano de Madrid; bien que para salir triunfante con su fallo anticipado, que relegaba también este acto á la categoría de fracaso, lo merma diciendo que la conjunción política de las cinco mencionadas Repúblicas no ha tenido más fin que tomar algunos acuerdos para el bienestar común y trabajar de consuno para el arreglo satisfactorio de la espinosa cuestión de Tacna y Arica, que mantiene en actitud tan tirante al Perú y á su satélite Bolivia.

En medio del fracaso celebrado por *The New York Herald* respecto á las visitas de las márgenes del Plata, atribuyéndole tan menguados alcances, los informes que sin duda también debe haber recibido de Washington, descubren algún objeto más en las entrevistas de Campos Salles con Roca, aunque la noticia la refiere el periódico eternamente jingo á un despacho telegráfico de Valparaíso: «Con ocasión — dice este telegrama — del anunciado convenio entre cinco Repúblicas hispanoamericanas para aplicar el arbitraje á sus disputas, coincide la significativa noticia de que Chile se dispone á disminuir su Marina militar, á cuyo efecto su Gobierno venderá un crucero de tercera clase al Ecuador, otro al Perú y dos cazatorpederos al Japón. La circunstancia de que uno de los buques será vendido al Perú, uno de los oponentes de Chile en la disputa de Tacna y Arica, da nuevo valor á la declaración de que pronto se arreglará amistosamente la cuestión.»

*The New York Herald* aquí mistifica dos noticias: la más importante de rectificar es que Chile, lejos de pensar en deshacerse de sus barcos de guerra, tiene en proyecto la construcción de tres nuevos cruceros acorazados de 8.500 tonela-

das cada uno, lo que está en contradicción con los que creen que su propósito es disminuir su poder naval.

Así, en las noticias como en los juicios que *The New York Herald* vierte sobre las visitas del Brasil á la Argentina, no se nota más que el espíritu de la honda preocupación que en los Estados Unidos del Norte han producido los dos hechos paralelos en que tanto se interesan todos los pueblos iberoamericanos del Norte, del Centro y del Sur; el sentido político íntimo, inexcusable, que á pesar de las supuestas seguridades de Gabinete había de tener el Congreso hispanoamericano de Madrid, y el sentido de práctica alianza de que había de estar revestido el acto realizado con poca anterioridad entre el Presidente Campos Salles y el General Roca. Claro es que en la esfera de esa alianza, las cuestiones de vecindad pendientes habrían de ocupar un capítulo indispensable entre los problemas á plantear, y más claro es todavía que en las cuestiones del Perú y Bolivia con Chile habrían de prevalecer los temperamentos más conciliatorios. Pero estas cuestiones aún no han pasado, después de las mismas entrevistas, de la categoría de las intenciones, y en manera alguna podrían dar por primer término de los resultados que se esperan, que ninguna de las tres grandes Repúblicas que ya pueden llamarse militares y navales en la América Meridional, trátase de deshacerse de los organismos de fuerza que aseguran su gradación en el equilibrio del mundo político americano. De modo que en los informes de *The New York Herald*, del mismo modo que en sus apreciaciones sobre los dos hechos importantes que acaban de verificarse y que interesan por igual á todo el mundo de nuestra raza, en las manifestaciones de *The New York Herald*, reflejo del espíritu de la desvanecida Yanquilandia, sólo se observa la oposición cerrada á toda tendencia á la unión entre los pueblos de nuestra sangre, que aspira á irse absorbiendo por meditadas etapas, y el ansia vehemente de ver cómo los Estados que han creado una fuerza de defensa considerable y temible se desnudan de ella, entregándose inermes á las contingencias del porvenir.

No obstante, de las relaciones del periódico *jingo* de Nueva York, sólo hay que tomar, en lo que á las visitas del Plata se refiere, el hecho que denuncia de la inteligencia política á que han dado lugar entre el Brasil, la Argentina, Chile, el Paraguay y el Uruguay. Después, atendiendo á las manifestaciones que ha producido la concurrencia en Buenos Aires de los dos jefes de los Estados vecinos más florecientes de la orilla del Atlántico, la única nota que es conveniente conservar en la cartera, es la que dió el Presidente del Paraguay, Emilio Aceval, desde la ciudad de la Asunción, al enviar su saludo de buenasvistas al Presidente Campos Salles y al Presidente Roca. Ese telegrama no tiene desperdicio en su propio laconismo, y merece que se registre íntegro en estas Revistas. Decía así:

ASUNCIÓN, Octubre 24.—*Al Excmo. Sr. Presidente Roca.*

«Presento á vuestra excelencia mi cordial saludo y adhesión á las expansiones del pueblo argentino en el día de hoy, y hago votos por que la reciprocidad de intereses y los vínculos de amistad que ligan á la Argentina con el Brasil sean prenda segura de paz y progreso para las jóvenes naciones de América. — EMILIO ACEVAL, Presidente de la República.»

Hable lo que quiera de fracasos *The New York Herald*, este es, y no otro, el sentido de las entrevistas de Buenos Aires (1), y este es, y no otro, el sentido íntimo grabado en todas las conciencias de españoles y americanos del *Congreso social y económico de Madrid* que acaba de clausurarse.

(1) Los términos en que se expresó el Presidente de Chile, Errázuriz, fueron análogos á los del del Paraguay. He aquí la contestación de Campos Salles:

«Palacio Devoto, Buenos Aires, 25 de Octubre de 1900.—Señor Presidente de la República de Chile: Agradezco los saludos que V. E. se ha dignado enviarme con motivo de la honrosa manifestación que acabo de recibir en la capital argentina, y me es grato dejar constancia de estos sentimientos de solidaridad americana y afectuosa simpatía con que el pueblo chileno es recordado por todos los brasileños que me acompañan y que se sienten ahora más próximos á sus leales amigos transandinos.—

Respecto al Congreso Hispanoamericano de Madrid, ¿quién podía considerarlo de otra manera? El Congreso Hispanoamericano de Madrid argüía, en efecto, más que la determinación de conclusiones de resolución más ó menos positiva para las relaciones económicas y sociales de los pueblos de nuestra familia y raza entre sí y con la antigua metrópoli, de quien quedaron emancipados, un acto de aproximación moral y política, que estaba reclamado hacía mucho tiempo en los dos hemisferios por aspiraciones concordadas. ¿Qué importaba que contra ese movimiento pusiesen sus rémoras las largas y censurables meticulosidades de los Gabinetes? El comercio común de la inteligencia y de la lengua lo imponía. Lo imponía el vínculo inextinguible de la sangre y el parentesco. Lo imponía la identidad de intereses en la historia y en el curso de destinos paralelos, que únicamente perturbaban los celos atizados por extrañas é interesadas ingerencias. Y, aunque sostenidos estos divorcios en daño común y recíproco, por mucho tiempo, más en las regiones de los Gobiernos que en las plazas francas de la opinión, ha llegado un momento en que esos divorcios han debido ser condenados, esas rémoras removidas, los pueblos se han impuesto á los Gobiernos, y mientras entre éstos pueden caber hasta las interpelaciones capciosas, el acto se preparaba, y el acto se ha consumado.

Este acto, hayan sido muchos ó hayan sido pocos los que á él han concurrido, haya ó no existido cierta meticulosidad, así

---

En la persona de V. E. saludo á la noble nación chilena, y hago los más sinceros votos por su creciente prosperidad.—CAMPOS SALLES.»

En el banquete de los legisladores argentinos así comenzó su discurso el Sr. Alcorta, Ministro de Relaciones Extranjeras del Gobierno del General Roca:

«Señores: Las manifestaciones recíprocas de los pueblos y Gobiernos del Brasil y de la República Argentina, han consolidado una política internacional digna del presente, y cuyas proyecciones son una garantía de la paz de Sud América y respeto que debe guardarse á cada una de las nacionalidades creadas en esta parte del continente.»

en el Gobierno de España y en la Asociación particular que lo había iniciado, como en los Gobiernos y en las Asociaciones nacionales de las Repúblicas invitadas para adherirse á él y designar sus delegaciones, ese acto está realizado por las representaciones de todas las Repúblicas menos Bolivia, y de él se destacan, aún más que sus últimas conclusiones sobre los temas propuestos, por importantes que algunos de éstos hayan sido, las frases solemnes que en él se han pronunciado, á nombre de todas las Repúblicas de nuestra sangre en el Nuevo Mundo, por labios ilustremente americanos. Esas frases han sido un credo, una promesa, una esperanza. Y del mismo modo que han sido paralelos los dos actos que se han verificado casi simultáneamente en la capital de la antigua metrópoli, en donde está y reside permanentemente el núcleo generador de la estirpe, de la lengua, de la Historia y del Intelecto, y en la capital más floreciente de aquel continente, inmensamente desparramado entre los dos más grandes océanos que bañan las costas de la tierra, y en que se agrupa el mayor número de las jóvenes nacionalidades de nuestra raza; del mismo modo han sido paralelas las manifestaciones hacia una misma, común y sublime aspiración, hechas allí, no en los discursos repetidos del ilustre y veterano General Mitre, y del hábil y discreto Alcorta, elocuentemente respondidos por Olintho de Magallanes, por Bilac, por Bocayuba y por otros brasileños no menos ilustres, y soldados todos de la inteligencia y del pensamiento, sino por aquel jefe también de una República menor que, desde las márgenes escondidas del Paraguay, se adhiere al acto de la unión, de la paz y del progreso, en medio de los pueblos en que palpitan idénticamente las aspiraciones de Chile y del Uruguay en consonancia con las de la Argentina y el Brasil, en la misma forma que en la apertura y clausura del Congreso de Madrid se revelaban solemnemente por el gran pensador mejicano Justo Sierra, por el gran estadista salvadoreño Dr. Zaldívar, y por el ilustre publicista nicara-güense Crisanto Medina.

Esta correspondencia entre lo que en Buenos Aires se realizaba y se ha realizado en Madrid; esta correspondencia entre lo que en Buenos Aires se formulaba por voto solemne de una noble aspiración, con lo que en Madrid se ha formulado por voto solemne de la virtualidad del Congreso hispanoamericano, unifica todas las tendencias de los pueblos de nuestra raza en el Nuevo Mundo y marca la corriente á que ni en la parte austral del continente del Mediodía podrán sustraerse en lo sucesivo, el Perú, que con los opúsculos recientes de Garland había hecho una apelación criminal á parricidas protectorados, ni Bolivia, que recientemente ha dado á Guachalla delegaciones parricidas en busca de esa misma protección; ni en la parte septentrional del mismo continente, el Ecuador, Colombia, Venezuela, que importa que urgentemente depongan sus cuestioncillas de vecindad para unirse al abrazo común hispanoamericano que representan el Congreso de Madrid y las entrevistas de Buenos Aires.

Ni el Congreso de Madrid ni la visita de Campos Salles á Roca representan nada que justifique las mal disimuladas alarmas de *The New-York Herald*, que no ve más que fracasos donde no interviene la sabia política de la imperialista Yanquilandia. Ni en Madrid ni en Buenos Aires se ha votado más que por la paz, por la solidaridad y por el progreso de todo el mundo de nuestra lengua en América. Nadie ha proferido la menor palabra que equivalga á una amenaza. Nadie ha hablado, ni en Buenos Aires ni en Madrid, de anexiones ni conquistas. Ciertamente no parecerían inoportunos los dos actos que *The New-York Herald* califica de fracasos, cuando están recientes las palabras que forman uno de los capítulos más interesantes del último Mensaje del General Eloy Alfaro en la apertura del Congreso ecuatoriano, al poner en conocimiento de los legisladores de su país que el Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario de los Estados Unidos del Norte en Quito, Mr. Sampson, le había propuesto oficialmente la cesión, bajo forma de arrendamiento, de una de las islas del archipiélago

de Colón, cuya demanda él había rehusado por ser esta materia de prerrogativa del Congreso, y cuando, con motivo de la cuestión de los canales interoceánicos que, como el ferrocarril intercontinental, todavía no ha pasado de la categoría de proyecto sobre el papel, el Gobierno yanqui se arroga la facultad de disponer de los territorios de las Repúblicas débiles del Centro como si fueran propios, conminándolas á una cesión forzosa, consentida ó no consentida, y empleando para alcanzarla toda la coacción de la amenaza y toda la corrupción del dinero.

\*  
\* \*

No habría sido preciso esperar á que el triunfo de las ideas imperialistas ó de engrandecimiento hubieran tomado en la Yanquilandia el vaporoso incremento que han recibido de su nueva inteligencia con su antigua metrópoli la Gran Bretaña, y de sus fáciles victorias en la infausta guerra de las colonias de España, para que el acto que ahora se ha realizado hubiera sido promovido con más oportunidad. La corriente de las ideas imperialistas en los Estados Unidos se había iniciado desde mucho tiempo atrás, y había ido creciendo al par que sus gigantescas prosperidades. Estas ideas son propias de todos los pueblos y de todas las razas jóvenes á quien el mimo de la fortuna lleva á una ciega embriaguez. Y si el germen de estas ideas fuera á explorarse desde los más antiguos archivos de la Historia, tendríamos que remontarnos al imperialismo egipcio, en que el poder de los Faraones sujetó á Nínive; al mesopotámico que se extendió hasta los confines de la Etiopía; al político é intelectual de los helenos, que alcanzó hasta la Scitia y la India, y al romano, que por maravillosos éxitos fundó por antonomasia el más amplio organismo del Imperio que los humanos han conocido.

A las bárbaras irrupciones de la Edad Media, el imperialismo teutónico de Carlo Magno impuso el valladar de la civi-



lización, y al constituirse, al comienzo de la Edad Moderna, las nuevas nacionalidades de Europa, el glorioso imperialismo de los españoles no sólo sujetó á su poder la Italia y la Holanda, la Galia, Bélgica y la Alemania, sino que domó todas las riberas africanas del Mediterráneo, descubrió y conquistó un mundo antes desconocido, y al pretender circundar todo el planeta con las divisas de su audacia y de su dominación, todavía engrandeció los límites de la Geografía con sus exploraciones en los mares del Asia y en el Boreal. Dique á su inmensa dilatación fue al cabo, en lo moral, la protesta religiosa de Alemania; en lo político, la rivalidad de Francia; en lo marítimo y colonial, las empresas piráticas de Inglaterra y la recién emancipada Holanda; y aunque al hacer bambolear el ostentoso edificio del tal Imperio, Francia no pudo alcanzar la proporción inmensa de la extensión de sus dominios, ni la misma perseverante Inglaterra le sucedió en la soberanía de los mares sino después de tres siglos continuados de agresiones sin tregua, al sustanciarse la última evolución de los tiempos, ni Napoleón logró consolidar para Francia los provechos territoriales de sus rápidas y prodigiosas conquistas, ni Inglaterra mantener el equilibrio de la infinita extensión de posesiones que ha llegado á acumular, sin buscar al cabo las alianzas de sus rebeldes de ayer, llamados también á convertirse con el tiempo de dominados en dominantes.

Es irrecusable en la Historia el juicio emitido en el Congreso de Madrid por el ilustre pensador mejicano Justo Sierra, de que los pueblos que por instintivo é interior impulso se lanzan á las ideas del imperialismo, encuentran en su propia expansión la necesidad de desorganizarse; pero estas reacciones, que como todo lo que vive sobre la superficie del planeta, constituyen la ley de la existencia de que no se eximen individuos ni colectividades en ningún orden físico ni moral de la Naturaleza, no vienen nunca inmediatamente después del movimiento asolador del desborde, no tienen tiempo ni actividad limitada; y entre tanto, mientras el ímpetu violento

de la agresión ó de la absorción se halla en todo su vigor ¡ay! de lo que encuentra delante, porque su misión es sojuzgarlo y extinguirlo todo.

Si á los últimos movimientos del imperialismo en Europa se opusieron diques para atajarle, ni Carlos V ni Napoleón por eso dejaron de pasar como un torrente por encima de los pueblos que avasallaron. Y si contra el primero se levantó en Alemania un muro en la fe, que equivalía á un muro en la inteligencia, en Francia un muro político, sangriento en los campos de batalla, sagaz y diestro en la negociación de los Gabinetes y en los pactos del interés y de las alianzas, estos mismos principios que Europa puso en juego animada por el acierto de Inglaterra y por los heroicos ejemplos de España contra el imperialismo de Napoleón en las auroras del siglo que declina, estos mismos principios son los que ante el imperialismo concordado de los Mac-Kinley en América y de los Chamberlain en Europa, hay que profesar y sentir, hay que practicar y oponer para que el torrente que amenaza desencadenarse allí sobre los pueblos jóvenes de nuestra raza, aquí en las fronteras de Africa y en toda la vasta extensión del Mediterráneo, halle unidas y compactas las masas de resistencia que impidan las asolaciones del desbordamiento. Esperar para organizarse á oír el clarín del combate, ¿no sería el suicidio?

América tiene una raza vigorosa que oponer á la invasión de la raza que la amenaza. Pero la raza absorbente y dominadora se halla unida y compacta, y la raza amenazada se halla dividida, y en gran número de sus exiguas partes, enervada y enflaquecida por sus propios dislaceramientos domésticos. Levantarse hasta la unión y la alianza es disponerse á combatir. Permanecer en las pequeñas rivalidades, en las divisiones enervantes y en la inacción desprevenida, es resolverse á sucumbir. La América de nuestra sangre ninguna idea abriga de expansiones ni conquistas. Nunca será ni la provocadora ni la agresora y la suprema aspiración de su espíritu es conservar

la paz bajo cuya égida trabaja, se educa y prospera. Pero el deber de entenderse entre sí toda ella, de unir en un solo haz todas sus fuerzas, de suscribir la solidaridad común de sus derechos, y de prepararse, en fin, á todos los eventos del imperialismo que avanza, es una inenagenable obligación de todas y de cada una de sus Repúblicas, lo mismo de las grandes que de las pequeñas, lo mismo de las más confinantes que de las más apartadas de las fronteras de la invasión, lo mismo de las del Norte que de las del Centro y del Sur. Existe una raza que amenaza y una raza que resiste. Ningún enemigo es demasiado grande y peligroso cuando se le oponen, sumados con la fuerza y la constancia, la razón y el derecho, como cuando contra la absorción imperialista de Carlos V, Alemania se alzó en nombre de su fe, Holanda en nombre de su independencia, é Inglaterra en el mar y Francia en el continente, en nombre de su seguridad. Todos los pueblos amenazados por el imperialismo absorbente de Carlos V vencieron al cabo y aún subsisten. Lo que no vive es el imperio que fundó su espada vencedora.

\*  
\* \*

Aun contra esta política y contra esta amenaza ni el Congreso hispanoamericano en lo que inexcusablemente de político ha tenido, como lo que esencialmente de político han tenido las visitas y las adhesiones de Buenos Aires, arguyen actos de alarma para nadie. El Congreso hispanoamericano ha cumplido un deber de su maternidad, un deber de la atención que le imponen los destinos de los pueblos de su sangre que deja arraigados en América, y las visitas y las adhesiones de la capital de la Argentina es simple y sencillamente adoptar una actitud razonable de defensa. El sentido públicamente político de las entrevistas de Campos Salles con Roca desde el Paraguay lo ha fijado el Presidente Emilio Aceval en su lacónico telegrama de felicitación y de adhesión. El sentido inexcus-

sablemente político del Congreso hispanoamericano de Madrid, en espíritu admirablemente concorde con el acto que se acababa de realizar en las orillas del caudaloso Plata, no se ha fijado en los discursos que, así en la sesión de apertura como en el de clausura, pronunciaron nuestros hombres políticos que á ellas concurrieron, Sagasta y Silvela, jefes de los partidos gobernantes, y mucho menos en los del Ministro de la Reina Regente que presidió estos actos, ni del Sr. Rodríguez San Pedro, como iniciador, á nombre de la *Asociación Iberoamericana*, de aquella solemnidad. Ese sentido político inexcusable fluyó con viril elocuencia en el acto de la apertura, de los labios del ilustre jurisconsulto, publicista y hombre de Estado mejicano Justo Sierra, á quien todas las delegaciones allí constituídas habían investido de la autoridad y de la representación de su voz y de su pensamiento. Ese mismo sentido, en el acto oficial de la clausura, resaltó en los labios del no menos ilustre estadista, ex-Presidente de la República del Salvador, Dr. Zaldívar.

En el primero de estos dos elocuentes discursos, así se expresan estos conceptos:

«No creemos posible—decía el señor Justo Sierra—que contra esta tarea de justicia prevalgan ni viejas y enconosas rencillas entre hispanoamericanos, ni los apetitos formidables, como sus necesidades económicas, de los sajones de América. Sabemos á quién se designa como primera víctima de estas voracidades sin límites, de estas brutalidades étnicas. Los comisionados de Méjico, lo diremos una vez por todas, sin jactancia, pero sin reticencia; nuestro país nada teme; nada pueden temer los pueblos que, resueltos á defender su derecho, hacen entrar la muerte como factor supremo en la lucha con los fuertes; esos pueblos, tarde ó temprano, arrastran en su caída á sus vencedores, que encuentran en la expansión la necesidad de desorganizarse. Pero nada tememos, además, porque nos consideramos fuertes; en América el cosmopolitismo es la ley de nuestro crecimiento físico, y todas las razas cola-

boran en nuestras sendas evoluciones; y nuestro progreso material, base del económico, la colaboración de sus grandes vecinos, es para Méjico de precio inestimable; pero quien nos ayuda á vestir de hierro incrustado de oro, como las maravillosas armaduras de vuestros Museos históricos, el territorio nacional es impotente para mermar el temple de acero de nuestro amor por la patria. Todo cuanto nos hace andar nos refuerza, nos hace crecer moralmente y nos pone de pie, tranquilos, frente á frente del destino. Una ascensión, en la que podrá haber altos, pero jamás retrocesos hacia las cimas del progreso social; la paz interior definitivamente alcanzada gracias á la admirable acción de un pueblo secundado por una mano que no tiembla y una voluntad que no vacila, nos obligan á desdeñar las predicciones pesimistas: Méjico puede decir como el Cónsul romano arrojando al mar las aves fatídicas: el amor patrio es el mejor agüero. Pero cuanto aquí va á hacerse nos interesa y nos apasiona, porque estamos perdidos si no conservamos en medio de la fecunda lucha en que concurrimos todos, á la explotación de nuestras riquezas; estamos perdidos los hispanoamericanos si no sabemos conservar los caracteres distintivos de nuestra personalidad. Cuanto aquí tienda á apretar los vínculos domésticos, intelectuales y morales, lo mismo el comercio que la literatura, lo mismo el idioma que la colonización, tiene para los hispanoamericanos un vital, un supremo interés. Los vínculos que aquí formemos no podrán aflojarse ya; contribuirá á ello en primer término, en lo futuro, lo que en primer término lo preparó en lo pasado y lo conserva en lo presente: el prestigio del intelecto español.»

No hay necesidad de reproducir aquí los conceptos que en idéntico sentido en la sesión de clausura oyeron todos de labios del Dr. Zaldívar y D. Crisanto Medina. Estos mismos conceptos han salido de labios de todos nuestros ilustres huéspedes en el banquete del Sr. Núñez de Arce, en el banquete de la Asociación de la Prensa, y si no se han repetido hasta lo

infinito, es porque en los demás agasajos que en Madrid se han hecho á los concurrentes al Congreso social y económico, estando españoles y americanos concordes y unánimes en una sola idea y en un solo sentimiento, se acordó suspender los discursos, no siendo ya necesarios ni para el común afecto ni para la común inteligencia.

\*  
\* \*

Mas es que estos votos vehementes de unión y de estrechez que el Dr. Zaldívar decía servirán de punto de partida para los más altos destinos, y cuya convergencia determinará la identidad de fines que la América española necesita para apagar sus rencillas y ascender á la suspirada prosperidad de su existencia, como el Sr. Medina declamaba, ¿es un eco sin resonancia, una promesa sin objetivo, una esperanza sin realidad? Cuando esta idea se agita en la mente de toda la América de nuestra sangre, los actos solemnes en que se formulan, como el Congreso de Madrid y las entrevistas de Buenos Aires, no pueden ser un fracaso. Lo que no son, en realidad, es lo que tal vez los que se fingen ya alarmados, ya desdeñosos, tal vez hubieran querido que fuese: es decir, una provocación, un reto, siquiera una conspiración; y en este sentido que, sin aminorar la importancia del acto efectivo con toda su trascendencia, templá las alarmas insidiosas, los escrúpulos capciosos y los exclusivismos cómicos, nada más expresivo y elocuente que las declaraciones de nuestro gran estadista el señor Silvela, bajo cuyo Gobierno se hizo la convocatoria para el Congreso:

«Yo fundo—decía—grandes esperanzas en estas reuniones; en esta aproximación de los espíritus, de los corazones y de los sentimientos, sin participar de esos pesimismo de los que creen todo en ilusiones desmentidas por la realidad. Ellas harán su camino; harán su camino, sí, en el sentido de la unión, de la armonía y del aumento de fuerza que la unión y la ar-

monía significan y representan siempre; no ciertamente, como decía muy bien el señor Presidente, en un sentido que pueda representar organizaciones para la violencia ó para la fuerza, porque estas organizaciones no se crean, ni se pactan, ni se conspiran á la luz del día y en las comunicaciones de los pueblos, sino que cuando tienen lugar se elaboran silenciosa y ocultamente en las inteligencias de los Gobiernos.»

\* \* \*

El espíritu entero del Congreso social y económico hispanoamericano de Madrid, no ha sido en su esencia más que un acto de unión, en que se compenetran sesenta y cinco millones de hombres que hablan nuestra lengua en los dos mundos. La revelación de este número estadístico es la iluminación de un hecho que debe formar la conciencia plena de esta gran fuerza de defensa y resistencia. La raza española de los dos mundos no es una raza enervada y estragada como la raza tantos centenares de siglos secular del Celeste Imperio, y no puede ser agredida impunemente, si en su conciencia se forma la convicción profunda de la fuerza que nace de su solidaridad y su unión. Sólo agredida por partes aisladas, como lo fue España en sus colonias, por la alianza entera de toda la raza rival de nuestra raza y no auxiliada por ninguno; sólo agredida por partes, y abandonadas estas débiles porciones políticas á la insuficiencia de sus medios defensivos y al desamparo, la raza rival podría renovar sus agresiones y sus absorciones en la forma que á Méjico despojó de sus Estados del Norte, y á España de los últimos vestigios de sus glorias. Mas para que sea fructífera esta unión, es necesario que cada una de las entidades independientes de la gran familia hispanoamericana procure ponerse en estado de resistir, siendo útil para sí misma y útil para las demás, sin cuyas condiciones recíprocas en vano se pedirían los auxilios de la solidaridad. Sin paz interior dentro de la vida legal en todas y en cada una de las Repúblicas

de nuestra sangre; sin corrientes de armonía con cada uno de los Estados vecinos; sin el planteamiento de sistemas de economía que haga fértiles para cada Estado los recursos de su propia opulencia; sin el arrojio de las grandes iniciativas que emancipe del concurso del capital extranjero todo el desenvolvimiento de las grandes empresas de interés material; sin el creciente desarrollo de la instrucción general, para que todos estos coeficientes cooperen al problema moral, al robustecimiento del poder propio, á la conquista del respeto y de la autoridad que muchos de aquellos Estados tienen abandonada á las censuras violentas de la opinión, el movimiento de esta unión sería estéril, pues no podría fundarse sobre bases de un perfecto equilibrio.

El primer paso está dado, y los votos del Congreso de Madrid repercuten en unísona esperanza desde la frontera del Bravo á los paralelos magallánicos; como los votos paralelos de Buenos Aires han llenado aquel hemisferio, desde el extremo Austral á los golfos del Septentrión, y cruzando el Océano vienen á repercutir en nuestra Península. Como el Sr. Silvela ha expresado en Madrid, esta unión es la atracción comunicativa y espontánea de los pueblos, y no la inteligencia diplomática de los Gobiernos. Pero lo que la voz poderosa de los pueblos demandan cuando los mueve la necesidad, los Gobiernos lo suscriben y lo defienden, y como el Sr. Sierra ha dicho entre nosotros, *los vínculos que aquí hemos formado no podrán aflojarse ya.*

\*  
\* \*

El Congreso hispanoamericano de Madrid, del mismo modo que las ostentosas entrevistas de Buenos Aires, han tenido su parte ineludible de familiares expansiones, como demostración solemne de la alegría del abrazo fraternal. Las fiestas con que la capital de la Argentina ha recibido la visita del Presidente del Brasil y ha asistido á la firma de los pactos de alianza



entre estas dos Repúblicas, Chile, el Paraguay y el Uruguay, han alcanzado la grandiosidad de sucesos casi hiperbólicos, casi inverosímiles. Aquellas sociedades jóvenes son puro entusiasmo, y los grandes recursos de su espléndida opulencia prestan el realce de lo maravilloso á estas efemérides insignes, que revelan la vitalidad de sus pueblos. Los días que Campos Salles ha residido en Buenos Aires, la grandiosidad y continuación incesante de los festejos, han llegado á constituir lo que bien pudiera calificarse de la *orgia de la fe nacional*. Nadie en aquella feliz República ha dejado de tomar parte en el gran suceso patrio. De los Estados que forman su confederación y de los Estados independientes vecinos, hasta del Perú y Bolivia, que todavía no han entrado en la gran alianza de la América Meridional, habían afluído á la capital del Plata millares de millares de concurrentes á aumentar el efecto del éxito que inunda de gratas esperanzas todo aquel vasto continente.

En Madrid todo ha sido sobrio, majestuoso y modesto. La Reina Regente María Cristina festejó á nuestros huéspedes y hermanos de América con una recepción en las soberbias Cámaras del Real Palacio. Con otra recepción solemne los obsequió el General Azcárraga en los salones del Palacio de la Presidencia del Consejo de Ministros, y un grande de España, el Marqués de Vilana, los reunió del mismo modo en el seno de lo más selecto de nuestra sociedad histórica, aristocrática y civil. Núñez de Arce, en cuyo insigne nombre se representan nuestras Academias, les invitó á un almuerzo de intimidad; y á obsequios semejantes, la Asociación de la Prensa, LA ESPAÑA MODERNA, la *Revista de los Tribunales* y la ilustrada del *Blanco y Negro*. El teatro Real y el teatro Español abrieron sus puertas en funciones de gala para su recreo, y el Ministerio de Instrucción Pública y de Bellas Artes, como signo supremo de la dirección de los tiempos y del espíritu, les invitó á la inauguración fastuosa de la estatua erigida sobre el solar de lo que fue antigua huerta del Jardín Botánico, á la memo-

ria de D. Claudio Moyano, el organizador moderno de la instrucción pública en España.

De todos estos agasajos también quedará al porvenir un monumento de imperecedera memoria: la medalla que ha de acuñarse con el busto de Núñez de Arce. Propuesta la idea por el Dr. Macedo, Delegado de Méjico, y aceptada por aclamación por todos los Ministros plenipotenciarios y congresistas americanos concurrentes en Madrid, el acto fue engrandecido con los elocuentes discursos de Justo Sierra, Zaldívar, Blest Gasca, Alonso Criado, Zumeta, Pérez Triana y los demás iniciadores de tan gallardo honor. Otra memoria honorífica quedará en Madrid, también debida á la iniciativa é instancias de los ilustres americanos que han concurrido á nuestro Congreso social y económico. Esta mención se refiere á un muerto: á EMILIO CASTELAR, cuyos pensamientos sobre la unión hispanoamericana tuvieron por principal medio de publicidad desde 1888 las modestas páginas de LA ESPAÑA MODERNA. La figura de EMILIO CASTELAR no sólo llena el nimbo de España y de América, abarca el mundo con la antorcha luminosa de sus ideas y de su inmensa representación en el siglo que acaba. Pero LA ESPAÑA MODERNA, que en tanto respeto le tuvo, debe guardar la modestia de quien le considera como cosa propia.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

(IOB.)

# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO: LITERATURA: Matilde Serao.—HISTORIA: Dos grandes criminales: la Marquesa de Brinvilliers y la Voisin.—SOCIOLOGÍA: El Congreso feminista de la Exposición de París.—El Congreso de «Historia de las religiones».—ENCICLOPEDIA: La extensión del horizonte mental.—IMPRESIONES Y NOTAS: Cómo se domestican los leones.—Un gran poeta americano.—Enfermedades simuladas.—Museo Nietzsche.—El matrimonio primitivo.

## LITERATURA

MATILDE SERAO.—Es en España muy poco conocido el nombre de la más ilustre escritora italiana contemporánea, y bien merece que los intelectuales de aquende el Pirineo la conozcan y la estimen cuando ha recibido tiempo ha la consagración de la fama, no ya sólo en su patria, sino en el mismo París, donde sus obras son pasto intelectual de todos los *gourmets* literarios y han merecido el honor de ser traducidas por ingenios de primer orden y ensalzadas por los críticos más exigentes.

En la literatura italiana de hoy—dice en la *Nuova Antologia* Gemma Ferruggia—Gabriel de Annunzio es *forma*, Juan Verga *pensamiento*, Antonio Fogazzaro *sentimiento*, y Matilde Serao *fantasía*. Matilde Serao representa el triunfo de la imaginación, y si otros artistas la superan en la robustez de la concepción ó en la idealidad del sentimiento, nadie como ella

sabe atraer al lector al reino de sus divinas ficciones, encadenándole y convenciéndole. El alma delicada é investigadora de Enrique Nencione resumía en una sola palabra, que repetía con la insistencia del que ha logrado dar con una expresión exacta para reflejar su pensamiento, la personalidad artística de Matilde Serao: «poeta».

El acuerdo entre el público y la crítica, tratándose de Matilde Serao, es completo: el público compra y lee con avidez sus obras, y la crítica admira comprobando el éxito. Hasta los enemigos más encarnizados de la literatura femenil se inclinan ante Matilde Serao como prodigio de fuerza y de actividad: los viejos, que la vieron surgir, la contemplan con sorpresa exenta de desdén; los que surgieron con ella, la respetan como leal compañera de viaje, y los que aspiran á la gloria llamándose á voces *los jóvenes*—con la obstinación que una mujer fea podría poner en alabar la frescura de su rostro—no se atreven á atacarla porque Gabriel de Annunzio le ha rendido tributo de admiración con la hermosa dedicatoria de *Juan Obispo*. Ningún otro escritor italiano sabe inspirar como la Serao el difícil deseo de hacerse *releer*.

Aunque la simple exposición de los títulos de las obras de Matilde Serao resulte cosa árida, son algunos tan sugestivos que parecen elegidos para despertar la curiosidad y excitar á la lectura. Helos aquí, por orden cronológico: *Página azul*, *Leyendas napolitanas*, *Corazón enfermo*, *Fantasia*, *Almas pequeñas*, *La virtud de Checchina*, *El vientre de Nápoles*, *Relatos napolitanos*, *La conquista de Roma*, *La novela de la muchacha*, *Vida y aventuras de Ricardo Joanna*, *¡Alerta, centinela!*, *Flor de pasión*, *¡Adiós, amor!*, *Castigo*, *Los amantes*, *Pequeña novela*, *El indiferente*, *Jauja*, *La infiel*, *En sueños*, *La bailarina*, *En el país de Jesús*, *Sor Juana de la Cruz*, *Saber vivir* y *Como una flor*. En todas estas obras, grandes ó pequeñas, no hay ni un desfallecimiento ni una caída; pero la novela napolitana *Jauja* (*Il paese di cucagna*) es hasta hoy la obra maestra de Matilde Serao.

En el *Diccionario de los escritores vivientes*, de Angel de Gubernatis, se ve que Matilde Serao nació el 7 de Marzo de 1856 en Patrasso, en Grecia. Pero aunque por su nacimiento sea griega, la Serao es por todos conceptos italiana, y más especialmente napolitana. Obtenido el título de maestra, comenzó á darse á conocer en 1878, y una de sus primeras batallas fue una vigorosa polémica sostenida en 1879 para demostrar que las mujeres italianas no quieren ocuparse de política, pero que si tuvieran que dar su voto, lo darían de todo corazón por los principios de la Casa de Saboya.

En el *Diccionario internacional de los escritores del día*, se afirma que Matilde Serao pertenece á la escuela pesimista y á la realista. Nada más falso. Desde su aparición en el campo literario, Matilde Serao supo unir en sus producciones, naturalmente orientadas hacia el estudio de lo verdadero, la gracia sentimental y ese romanticismo de lo real que constituye el mérito principal de las obras de imaginación; recorriendo sus obras, no se la encuentra ni una sola vez cogida por el vértigo del mal, más ó menos enmascarado por traidoras apariencias de belleza y de bondad. Ni puede llamarse pesimista á quien, recogiendo las vibraciones todas del dolor humano, sabe expresar la infinita melancolía de la vida haciendo pasar á través de sus palabras un sentido de aguda piedad, un aura suave sobre sus innegables cualidades; sería preciso suprimir del arte la entera visión de la vida para evitar la dolorosa comprobación de la existencia del mal; pero aquí al menos se hace sin el hastío de alma envenenada, sin odios de raza ni prejuicios de clase. Si nadie ha sabido como Matilde Serao revelar el alma femenil, levantando muchos velos de odios y generosidades, de entusiasmos y venganzas, no es menos cierto que los tipos femeninos de la Serao, malvados ó sublimes, no son mujeres. Y como las observaciones reveladas del mundo femenil, aunque sean tristes, aunque sean amargas, no contienen nada torpe, toda mujer querrá ser estudiada y descrita por Matilde Serao, que tiene además la singular fortuna

de agradar con sus tipos femeninos á los hombres, porque todas sus criaturas viven, obran, se pierden y se salvan por el amor, y del amor han hecho el objeto de su vida, y como Descartes decía: «pienso, luego existo», las mujeres de Matilde Serao pueden decir: «vivo porque amo».

Matilde Serao es inagotable, y prodiga los tesoros de su ingenio con la indiferencia de quien sabe que puede ser generoso. ¡Cuántos artículos, cuántas brillantes fantasías habrá prodigado por doquier, sin volverse á acordar de ellas ni pensar siquiera en sus derechos de propiedad! Me acuerdo — dice la Ferruggia — que en 1895, á fuerza de revolver la biblioteca Marucelliana de Florencia, logré encontrar el primísimo trabajo de Matilde Serao, un tomito titulado *Opalo* y firmado con el pseudónimo de Tuffolina; cuando, después de haber hablado en público de esta obra, primero en Milán y luego en Venecia, hablé de ella con Matilde Serao, me miró al principio estupefacta, y luego, soltando una de sus sonoras y francas carcajadas, dijo:—«¡Jesús, *Tuffolina!* ¡Qué cosa tan lejana! ¿Y de dónde habéis podido sacarla?» Ningún autor ha sido en sus comienzos más hostilizado que Matilde Serao, que puede contar entre sus críticos más feroces, al que luego fue su marido; pero de año en año, la hostilidad disminuyó, y el coro de admiradores fue creciendo, afirmándose el éxito de quien, desde *Opalo* hasta *Jauja*, había encontrado en su camino panegiristas tan devotos é ilustres como Enrique Nencione, Ruggero Bonghi, Eduardo Rod y Pablo Bourget.

Hay en *Fantasia* un momento en el que, Lucía Altimare, viendo que una periodista deja escapar palabras de simpatía, oye decir de pronto á su interlocutora: «Preferid siempre ser mujer». Esta frase revela de dónde ha sacado la gran escritora su real sencillez: del conocimiento del juicio varonil; no ignora lo mucho que pierde de femineidad en el concepto del hombre la mujer que tiene que ganarse la vida con su ingenio; así, con finura y agudeza, fruto de las observaciones y quizá de la experiencia personal, se demuestran algunas in-

concebibles aberraciones del hombre, comprobándose su desprecio á toda superioridad mujeril; desprecio existente y malamente disimulado hasta en los hombres superiores. En *La novela de la muchacha*, apartando á una joven del deseo de hacerse escritora, la Serao pinta un turbio cuadro de las tristes condiciones necesarias para emprender la difícil carrera, preguntándole ásperamente si posee la cualidad esencial: «¿Tienes un corazón de bronce?» Pregunta bien grave para el corazón y para la pluma de una escritora que aprecia, sobre todas las cosas, las nobles prerrogativas de su sexo.

Sobre los defectos de estilo y deficiencias de forma, domina en las obras de Matilde Serao el vigor del pensamiento; y en el conjunto de su labor hay tal fuerza, que con razón ha podido decir Antonio Fradeletto: «Considero á la Serao como nuestro más fuerte ingenio en este fin de siglo.» Sin ser bella, es su rostro gracioso y expresivo: pequeña, redondita, sin languideces y sin nervios, con ojos aterciopelados, cabellera negra, larga y abundosa, rostro pálido y moreno, y una boca en la que la sonrisa es pensamiento, y de la que brota rumorosa, alegre y franca la risa, pregonando la alegría del vivir, la gran embriaguez de la mujer feliz que ha sido amada, que lo es y que ama todavía, rodeada de sus hijos, buena madre y amiga generosa.

## HISTORIA

DOS GRANDES CRIMINALES.—Con motivo de la publicación del libro de Funck-Brentano *El drama de los venenos*, publica la *Revue Bleue* un curioso artículo, del que extractamos lo relativo á los dos famosos procesos del tiempo de Luis XIV, en los que fueron condenadas la Marquesa de Brinvilliers y la Voisin.

María Magdalena de Aubray, hija de un Consejero de Estado, nació el 22 de Julio de 1630, con una educación bastan-

te buena en su parte literaria, y sumamente mala en su parte moral; se entregó desde la edad de cinco años á vicios horribles, perdiendo su virginidad á los siete años y entregándose desde entonces á la crápula con sus hermanos. Graciosa, bonita, con grandes ojos azules, piel extraordinariamente blanca y hermosos cabellos castaños, viva, amable, amiga de divertirse, se casó á los veintiún años con el joven Marqués de Brinvilliers, Maestre de Campo del regimiento de Normandía, y amigo también de los placeres y poco escrupuloso.

Entre sus amistades, se contaba la del capitán Sainte-Croix, buen mozo, gastador, falto de sentido moral, y que hablaba de Dios con unción evangélica, sin creer en él. Convertido en amante de la Marquesa, que no se tomaba la molestia de ocultarlo, fue encerrado en la Bastilla á petición del magistrado d'Aubray, que no podía tolerar el escándalo que daba su hija con aquellos amores adúlteros. La prisión duró poco, y Saint-Croix y la Marquesa, cada vez más enamorados, resolvieron acabar con la vida del único que se oponía á sus goces, el noble magistrado, cuyas canas manchaban con su torpe conducta.

Puestos en relación con un químico suizo, Cristóbal Glaser, éste les proporcionó una receta; y desde entonces se vió á la Marquesa acudir á los hospitales, y obsequiar á los enfermos con vinos, caldos y bizcochos, que no tardaban en producirles la muerte, sin que los médicos, que entonces no sabían descubrir el envenenamiento por arsénico, sospechasen nada. Segura ya de la eficacia del veneno, se dedicó á concluir con su padre, y desde el 13 de Junio al 10 de Septiembre, con sin igual cinismo, le sirvió treinta dosis de arsénico en medio de mil caricias y monerías.

Muerto su padre, tuvo que matar á sus hermanos para heredarlos, pues Sainte-Croix la explotaba, y sus criados, sus cómplices y sus numerosos amantes no la dejaban en paz, pidiéndole siempre dinero. Trató de envenenar á su marido para casarse con Sainte-Croix; pero éste, que lo presumió, daba



contravenenos á su amigo, y la tentativa fracasó. Envenenada ella á su vez por su amante, lo conoció á tiempo, y pudo salvarse á fuerza de cuidados; su hija, á quien trató de envenenar también porque era tonta, se libró de la muerte por un resto de cariño maternal, que á última hora la hizo volver atrás y renunciar al nuevo crimen.

Aquello no era vivir, y un día supo la Marquesa que Sainte-Croix había fallecido; corrió á su casa para apoderarse de una cajita donde aquél encerraba 34 cartas, en que la Brinvilliers relataba el envenenamiento de su padre, y que constituían el arma principal de la explotación á que la había sometido, y se encontró con que la policía se las había llevado. Sin aturdirse, procuró despistar á la justicia; pero inquieta por su suerte, se trasladó á Inglaterra. Cogido uno de los criados que la habían ayudado en sus crímenes, y sometido al tormento, llegó á última hora á confesarlo todo, y fue enrodado vivo en el mismo día. Obtenida la extradición, escapó á Bélgica, y fue presa en Lieja. No habiéndose podido matar comiendo pedazos de cristal y alfileres, intentó poner fin á su vida de un modo horrible, contado así por la señora de Sévigné en una de sus incomparables cartas: «Se había metido un palo, adivinad donde: no es en los ojos, no es en la boca; no es en la nariz, no es á la turca». Abortadas todas sus tentativas de suicidio, fue juzgada y condenada, sin que perdiera un momento su altanería y su impasibilidad, siendo decapitada en la plaza de Greve, su cuerpo quemado y sus cenizas arrojadas al viento.

Poco después de tan terrible castigo, la corte, impresionada por las muertes sucesivas de Enriqueta de Inglaterra, Hugues de Lionne y el Duque de Saboya, se sintió alarmadísima por una nota de los penitenciarios de la Catedral en la que, sin denunciar á nadie, se declaraba que «la mayor parte de los que se confesaban desde hacía algún tiempo, se acusaban de haber envenenado á alguien». El 27 de Julio de 1677, se revelaba á un confesor un proyecto de envenenamiento del

Rey y del Delfín, y el 5 de Diciembre, el activo y celoso La Reynie, Jefe de la policía, hacía prender á Luis de Vanens y á su querida. Entre sus papeles se descubrió una vasta asociación de alquimistas, monederos falsos y hechiceros, compuesta de sacerdotes, banqueros, oficiales, lacayos y prostitutas, y gracias al hilo cogido y á las incesantes pesquisas de La Reynie, el 4 de Enero de 1679 fueron presas la bruja María Bosse con su hija y sus dos hijos en la misma cama en que los cuatro dormían juntos, y dos meses después caía en manos de la policía la famosa Catalina Deshayes, mujer del joyero Monvoisin, llamada la Voisin, al salir de misa de una iglesia: era la mayor criminal de que habla la historia.

La Voisin era una bruja ó hechicera; adivinaba, echaba las cartas, decía la buenaventura, vendía remedios y venenos, y ganaba unos cien mil francos anuales, con lo cual apenas tenía para cubrir sus gastos, pues sus numerosos amantes, su lujo y sus orgías lo absorbían todo. El traje con que pronunciaba sus oráculos, de corte especial y cuajado de encajes, valía 15.000 duros. En aquellos tiempos el oficio de hechicera ó adivina producía mucho, á pesar de que no había en París menos de 400 que lo ejercieran, entre las cuales la Voisin ocupaba un puesto preeminente, teniendo relaciones con lo más lucido de la corte. La Voisin no se contentaba con decir la buenaventura y dar recetas y venenos, sino que celebraba también, para ciertas parroquianas sedientas de honores, riquezas ó amor, la «misa negra».

En aquellas monstruosas ceremonias la Voisin era asistida por el abate Guibourg, sacerdote bizco y viejo, amaratado y repugnante, sacristán de San Marcelo. Decía la misa con alba, estola y manípulo, y las mujeres sobre cuyo vientre la decía estaban completamente desnudas, sin camisa, en una mesa que servía de altar, teniendo el cáliz sobre el vientre, y estando con los brazos extendidos con una vela en cada mano; á veces no se desnudaban, contentándose con remangarse los vestidos hasta el cuello. En el momento del ofertorio, el abate

Guibourg picaba con una fuerte aguja á un niño en el cuello, y la sangre de esta víctima (hubo, según consta en el proceso, más de 2.500 niños muertos así en casa de la Voisin) era recogida en el cáliz, donde se mezclaba con sangre de murciélago y con otras materias obtenidas por prácticas inmundas; se añadía harina para dar solidez á la mezcla, y con el todo se formaba una especie de hostia que se bendecía en el momento litúrgico de la misa; para que la misa diera resultado había que celebrarla tres veces seguidas.

La cámara ardiente, presidida por el Conde de Compans, Luis Bazín y La Reynie, celebró 210 sesiones, y tuvo que hacer con 442 acusados, de los que 367 fueron juzgados culpables, aunque poco á poco fue relajándose el rigor primitivo, en virtud del cual la Voisin, con algunos de sus cómplices, fue quemada viva en 1680, en la plaza de Greve. ¿Qué había ocurrido al instruir el proceso? Que el Tribunal había tropezado entre las culpables, nada menos que con la Marquesa de Montespan, la favorita del Rey Luis XIV desde hacía doce años.

Francisca Athenais de Rochechouart, hija del Duque de Mortemart, y casada con el Marqués de Montespan, se había propuesto llegar hasta el Rey; puesta por Vanens en relación con las hechiceras, había hecho tomar al Rey elixires de amor, en los que entraban cantáridas, polvos de topo seco, sangre de murciélagos y los más innobles ingredientes, logrando, en 1668 el deseo de compartir el lecho del Rey, reemplazando en él á la señorita de la Vallière. A los cuatro años el Rey pareció cansarse de la Marquesa, pero ésta recurrió á los grandes medios: el abate Guibourg dijo sobre su vientre la misa negra, y el Rey volvió á la Montespan con más ardor que nunca; desterrada en 1675, se preparaba á envenenar al Rey, cuando éste volvió á sus brazos; pero en 1679 la brillante hermosura de diez y ocho primaveras de la señorita de Fontanges deslumbró al Rey, y la Montespán fue abandonada; tuvo una escena violenta con su amante, y convencida de su irremisible aban-

dono, resolvió envenenar al Rey y á la Fontanges, encargándose del negocio la Voisin, mediante millón y medio de francos. Un azar impidió que la primera tentativa de envenenamiento por medio de un memorial, tuviera éxito, y al disponerse á realizar la segunda fue presa la Voisin, no por estos delitos, sino por los de hechicería.

El compromiso de la Montespan salvó muchas cabezas, tales como las de Olimpia Mancini, Condesa de Soissons, la primera pasión del Rey; la Duquesa de Bouillon, la Condesa de Roure, la Duquesa de Vivonne, el Conde de Clermont-Lodeve, el Marqués de Cessac, la Vizcondesa de Polignac y otras muchas no menos ilustres, todas envueltas en las horribles mallas de aquella inacabable serie de crímenes y de vergüenzas. La Marquesa de Montespan vivió todavía veintisiete años arrepentida y humillada en la más profunda tristeza y trabajando para los pobres.

## SOCIOLOGIA

EL CONGRESO FEMINISTA DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS. — El feminismo, que, como todos los partidos, fue en sus comienzos exagerado en sus reivindicaciones, y daba aún en 1896 la impresión de una aglomeración caótica sin enlace doctrinal, se presenta ya como un partido homogéneo, dispuesto á reclamar la adopción de reformas prácticas inmediatas, según dice Parsons en la *Revue Bleue*.

Sus principales reivindicaciones pueden dividirse en dos grupos: económicas y civiles. Entre las económicas (y no hay que olvidar que en la industria, el comercio y la domesticidad se cuentan sólo en Francia 2.565.625 mujeres contra 3.428.998 hombres), la más importante consiste en asegurar al trabajo de la mujer la misma remuneración que al del hombre, en virtud del principio «á trabajo igual, salario igual». Los motivos alegados por Gelez, Concejal del Ayuntamiento de París, para

explicar su adhesión, son de gran peso: «Desde el punto de vista político, económico y social— ha dicho — la mujer tiene derecho, como el hombre, á la libertad, y, por lo tanto, á un salario que le permita vivir por sí misma del fruto de su trabajo con independencia; pagarle, como suele hacerse, la mitad menos que al hombre, es hacerla esclava, provocando además el envilecimiento de los salarios al favorecer el trabajo femenino, y echando progresivamente al hombre del taller para que le reemplace la mujer en beneficio del patrono, que paga de ese modo menos, es fomentar, por otra parte, en provecho del capitalismo, el antagonismo entre el obrero y la obrera, contra la aspiración de todos á la unión de los obreros sin distinción de sexo.» Para demostrar hasta qué punto está rebajado el trabajo de la mujer, citó el caso de las costureras empleadas por la Beneficencia pública, entre las cuales las hay que, trabajando diez horas al día, no ganan más que cinco francos por semana.

La proposición sobre la derogación de todas las leyes de excepción que rigen el trabajo de las mujeres «fue ampliamente discutida». Las leyes de protección de la mujer habían resultado en la práctica nocivas á los intereses femeninos, pues la prohibición, por ejemplo, del trabajo de noche había obligado á ciertas casas de París á establecer el sistema del trabajo desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche, sin interrupción para las comidas, y había estado á punto de hacer que fueran despedidas las obreras tipógrafas de *La Fronde*. La proposición votada en definitiva dice así: «Todas las leyes de excepción que rigen el trabajo de las mujeres serán abolidas y reemplazadas por la aplicación á toda la población obrera, sin distinción de sexo, de un régimen igual de protección.»

Hubo unanimidad en cuanto á rodear de todas las garantías posibles de confort y de higiene, la obra de la maternidad. «Día llegará — dijo la señora Edwards Pilliet, doctora — en que la mujer será considerada, en el período de la gestación y la lactancia, como un verdadero *funcionario social*; durante

ese período, la sociedad le debe, á cambio del enorme esfuerzo de la maternidad, el alimento, la habitación y el reposo necesario para hacer un ser tan perfecto como sea posible.» Entretanto se procurará conseguir que se concedan á las embarazadas quince días de descanso antes de su parto, y cuatro semanas después, con derecho á una indemnización mínima de dos francos diarios á cargo del Estado durante ese tiempo; la madre que después de su parto no pueda justificar que tiene medios de existencia, tendrá derecho á ser recogida, un mes por lo menos, en una casa de convalecencia.

En cuanto á las reformas civiles, la señora Durand explicó la injusticia cometida contra su sexo por el Código Napoleón. «Napoleón — vino á decir — creyó que todas las mujeres eran como las de su familia y sus queridas, y de ahí que tratara á la mujer como un ser inferior.» Renato Viviani, relator de la Comisión, se declaró contra «la unión libre» preconizada como remedio y estimada por él como el peor engaño de la mujer. «En esa unión—dijo—la mujer ofrece su juventud como soberbia presa al capricho masculino; pero cuando, al desaparecer su belleza, pierde su precaria dominación, vuelve á caer en el rango de la criada que se despide ó que se humilla.» Tampoco admite la asimilación del matrimonio á un alquiler de servicios de cierta duración, denunciabile por ambos esposos. Viviani considera el matrimonio como una «asociación libre entre los esposos», en la que no será ya uno solo quien discuta, mande y tenga todos los derechos. La proposición adoptada se reduce á desear que «todas las leyes que ordenan á la mujer obediencia al marido sean abolidas.»

Tras esto, se decide que se autorice el divorcio por mutuo consentimiento después que los esposos hayan declarado por tres veces ante el Presidente del Tribunal civil, y con intervalo de tres meses entre la primera y la segunda, y de seis la tercera, su voluntad de separarse. La locura, debidamente comprobada durante cinco años consecutivos, será admitida como causa de divorcio.

La investigación de la paternidad ha dado lugar á vivas controversias, prevaleciendo en el fondo la opinión contraria á la misma de la señora Pognon, aunque el Congreso la haya votado en atención á los buenos resultados, que, según Viviani, ha dado en Noruega, donde se halla establecida. La investigación de la paternidad no es solución práctica para la madre, como lo demuestra el hecho de numerosas mujeres casadas y con hijos, que no pueden obtener nada de sus maridos; en cuanto éstos ven que se somete á descuento su jornal, para levantar las cargas de la familia, dejan de trabajar con perjuicio propio y de sus hijos; á un hombre que se empeña en no reconocer á su hijo, no se le puede obligar á que pague sus gastos. La señora Pognon propuso la fundación de una caja de maternidad, de la que toda madre pueda sacar la parte que corresponda á sus hijos, y así se acordó, terminando las fecundas sesiones del Congreso feminista con el voto unánime de la proposición de que todos los Gobiernos pongan en práctica los principios adoptados por la conferencia de la paz universal de la Haya.

\* \* \*

EL CONGRESO DE «HISTORIA DE LAS RELIGIONES.»—Este Congreso, presidido por Alberto Reville, y en el que han tomado parte el Conde de Gubernatis, profesor de la Universidad de Roma; Montel, decano de la Facultad de Teología de Ginebra; Glagoleff, profesor de la Academia eclesiástica de Moscou; Chikadzumi, publicista japonés, y otras muchas distinguidísimas personalidades, ha tenido como resultado—según dice en la *Revue des Revues* Jacobo de Coussanges—definir el objeto y señalar la importancia de la «Historia de las religiones.»

En otro tiempo había en el Colegio de Francia cátedras de orientalismo, y en las Facultades cátedras de Teología y de historia de la Iglesia, pero nada más. Sabatier nos ha dicho

cómo el humanismo había sido el origen, no de la historia de las religiones, pero sí de la crítica bíblica de donde aquélla ha salido. La comparación de los textos griegos y latinos dió la idea de examinar la Biblia desde el punto de vista filológico; lo que Justo Lipsio hacía con los clásicos, Erasmo, Jiménez de Cisneros, Roberto Etienne y Teodoro de Beza, lo hicieron con los documentos hebráico-cristianos; y Ricardo Simón demostró que la explicación apriorística de las Sagradas Escrituras era equivocada, siendo el primero en advertir que Moisés no era el autor del Pentateuco. Leclerc y Astruc siguieron sus huellas, y la crítica racionalista rompió luego los añejos moldes, si bien la estrechez de sus miras, inspiradas en el deísmo y el panteísmo, y por consiguiente falta de la noción histórica, quitaban á sus juicios todo valor objetivo, siendo Strauss el tipo de esta crítica negativa.

Cristiano Baur y Reuss reaccionaron contra esta escuela, é intentaron resolver un problema psicológico midiendo el ángulo de refracción bajo el que los acontecimientos se han reflejado en el alma de los testigos, fundando así una ciencia objetiva y positiva; Ritschl, Welhausen, Harnack y Holtzman, les han seguido, y todos parten de la aceptación íntegra del contenido de los libros, siempre que esté probada su autenticidad.

Los sistemas de Kant y de Hegel declarando imposible la prueba de la objetividad del conocimiento y señalando la ley fatal del desarrollo de la historia, habían producido en la crítica religiosa la negación de la revelación y de lo sobrenatural, fundando en el determinismo la actuación humana. La teoría de la evolución, los trabajos de Taine, la aplicación y los métodos biológicos, han cambiado las corrientes del pensamiento, llegando la ciencia novísima á la admisión de la posibilidad del milagro y á la confesión de que no conoce *todas* las leyes del universo. El mismo abate Denis, director de los *Anales de filosofía cristiana*, desde su punto de vista católico, entiende que la misión de la crítica bíblica consiste en poner-



se frente á lo sobrenatural y reconocerlo sin explicarlo, aun concediendo gran participación á la receptividad del individuo y á su cooperación en la formación de la religión.

Max Müller, el profesor de Oxford, es uno de los primeros que han analizado las diversas fases religiosas de la humanidad. Hace veinte años que se fundó en el Colegio de Francia la cátedra de «Historia de las religiones», de que hoy es titular Alberto Reville, habiendo dado en el Instituto católico el abate Broglie una serie de conferencias sobre esta materia; en Holanda, donde tanto han trabajado Tiele y Kuenen, se ha incluido en los programas oficiales, desde la laicificación de las Facultades de Teología, la historia de la idea de Dios y otros asuntos relacionados con la historia de las religiones; Suiza ha sido de las primeras que la han introducido en sus facultades, y lord Clifford legó 40.000 libras esterlinas á las Universidades de Escocia para que la enseñaran; Alemania, sin embargo, que ha asistido al espectáculo de este brote de historiadores de la Biblia, no ha incluido esta enseñanza en sus Facultades.

Los informes presentados al Congreso y que venimos resumiendo en estas notas, son tan numerosos como interesantes. El Conde Goblet de Alviella ha mostrado cómo la religión había fundado la moral y conservado las sociedades; las agrupaciones humanas, ha dicho Spencer, que no han conocido el sacerdocio, no han durado; la religión ha introducido entre los hombres el espíritu de sacrificio y fortificado el principio de autoridad; estableciendo primero un lazo entre los vivos y los muertos y pasando después al período remunerador, ha hecho del hombre el auxiliar de Dios en el progreso del Universo.

El estudio del folklore puede darnos un conocimiento exacto de la evolución de la religión en las agrupaciones primitivas. Marillier, que es su introductor en Francia, como Nutt en Inglaterra, ha mostrado que la palabra folklore no designa únicamente las leyendas y tradiciones, sino todas las formas

exteriores de la piedad, todas las prácticas de devoción, todas las supersticiones de los salvajes y de las clases incultas de los pueblos civilizados. En Bélgica, por ejemplo, para llamar mejor la atención de un santo, sus devotos pinchan su imagen y meten clavos en la estatua que le representa; en el país de Gales, para hacer morir á un enemigo se atraviesa un corazón de ternera. Todas estas particularidades de las costumbres de los pueblos deben ser recogidas por los viajeros ó los sabios sin prejuicio ninguno, y referidas con rigurosa exactitud para no falsearlas.

Goldziher, profesor de Buda-Pest, ha hecho ver la influencia del mazdeismo en el islamismo; Pamerlinck ha mostrado la conveniencia de precisar cuáles son las filtraciones del cristianismo en el budhismo; el rabino Klein, de Stockolmo, ha querido probar que Jesús era esenio; Faye ha demostrado cómo los apologistas griegos del siglo II estaban empapados en la filosofía griega de su tiempo; Picavet se ha esforzado en determinar los principios del averroismo probando que sus doctrinas, muy en boga en el siglo XIII, habían parecido extremadamente temibles á la Iglesia. Los debates del Congreso han demostrado, en resumen, que la «Historia de las religiones» abrazando todas las civilizaciones, razas y estados psíquicos, merece ocupar puesto preferente en los estudios, en la labor intelectual y en las preocupaciones más serias de todo hombre culto.

## ENCICLOPEDIA

LA EXTENSIÓN DEL HORIZONTE MENTAL.—Los perfeccionamientos realizados en el siglo XIX—dice Novicow en *L'humanité Nouvelle*—han acelerado la transmisión de las ideas más todavía que el transporte de viajeros y mercancías. El telégrafo es un revolucionario más grande que el ferrocarril y los vapores. Hoy podemos recibir una noticia de los antípodas en

menos tiempo que tardaba en llegar de Ostia á Roma en la época de Augusto; todavía en 1793 la muerte de María Antonieta no se supo en Viena sino nueve días después de ocurrida. El telégrafo mismo, sin embargo, se encuentra aventajado por el teléfono, y el globo no tardará en cubrirse de una red telefónica por la que todos los hombres podrán hablarse como de silla á silla; en el siglo XVII se necesitaba un año para ponerse en comunicación Londres y Calcuta; hoy bastan dos segundos. Y como si esto fuera todavía poco, se habla ya del telefoto, nuevo instrumento para ver de lejos, mediante el cual un periódico colocado en una mesa de Nueva York podrá ser cómodamente leído desde París. ¿Cómo pensar que esta aceleración colosal en la transmisión del pensamiento no ha de producir un cambio radical en las relaciones humanas?

Al mismo tiempo que el telégrafo y el teléfono, la imprenta contribuye á difundir en las masas la más circunstanciada información. Aun á principios de este siglo las prensas de mano no podían tirar más de 450 ejemplares por hora; hoy las rotativas tiran 70.000; y como si esto no bastara, se habla de utilizar los rayos Röntgen por un procedimiento que será, respecto á las rotativas, lo que estas han sido á las antiguas prensas. El individuo que lee su periódico por la mañana, gira, por decirlo así, una visita de inspección al mundo entero, mientras antes no sabía lo que pasaba fuera de su aldea. La fotografía, por otra parte, ojo suplementario que nunca se equivoca y nada olvida, ofrece al hombre exacta y riquísima documentación, y auxiliada por el fotograbado pone al alcance de los más humildes poderosísimos medios de ilustración y cultura.

Cuando se pueda hablar directamente con los antípodas; cuando todos los hombres lean su diario; cuando todos tengan presente en su espíritu la imagen del mundo entero, ¿no es evidente que la humanidad formará una sola unidad vital? La ubicuidad mental es un hecho nuevo, una revolución trascendental. Suponed—dice Fouillée—que la pólvora y la im-

prenta se hubieran inventado en tiempo de los romanos. ¿Qué hubiera sucedido? Que no habría existido la Edad Media. Si sólo dos invenciones hubieran bastado para cambiar la historia de una época, no es posible imaginar los resultados que ha de producir la serie de inventos que han dado al hombre el don de la ubicuidad.

Hoy no puede un químico francés pasarse sin saber lo que se hace en química en los demás países; un naturalista ruso ó italiano que no conociese los trabajos de Darwin sería objeto de risa. Y lo mismo puede decirse de las demás ciencias elaboradas simultáneamente por todas las naciones, sin que ninguna pueda prescindir del trabajo de sus vecinas. Y lo mismo que con las ciencias, pasa con las letras y las artes: los dos quintos de los libros de Zola se venden fuera de Francia, y muchas obras importantes no podrían publicarse si su venta tuviera que reducirse al mercado nacional. Y aparte de los intereses puramente materiales, está la cuestión mucho más importante de los intereses intelectuales: en el último tercio de este siglo la literatura francesa ha sufrido la influencia de las literaturas escandinavas y rusas, como en los dos tercios anteriores había sufrido la de Alemania é Inglaterra; en el siglo XVII había sido España la influyente, y en el XVI Italia; en cambio en el XVIII el francés había estado á punto de convertirse en lengua europea, influyendo poderosamente en todas las literaturas. Esta tendencia al internacionalismo aumenta cada vez más, y ninguna nación civilizada puede pasarse sin el concurso de todas las demás para dar satisfacción á sus necesidades científicas, artísticas y literarias.

Si una sensación tardara una semana en llegar desde el dedo al cerebro, no habría organismo humano, tal como lo conocemos. Del mismo modo, cuando se tardaban años ó meses en comunicar una noticia de Londres á Calcuta, la humanidad no podía constituir un organismo único. Pero á partir del momento en que un individuo, sentado en su despacho de Londres, puede conversar con otro individuo de Calcuta, las

circunstancias cambian por completo; la organización que era necesaria cuando Londres estaba á seis meses de Calcuta, no será posible cuando ambas ciudades puedan comunicarse en algunos segundos.

Este primer resultado que podemos llamar «la coalescencia mental de las naciones civilizadas», está seguido de otro no menos importante: el de la «intelectualización.» Los antiguos no conocían más que una pequeña parte del globo, unos cuantos puntos luminosos rodeados por todas partes de tinieblas, de las que salían terribles guerreros que todo lo devastaban. ¿Cómo imaginar que en tales circunstancias pudiera la humanidad entera formar una unidad vital? ¿Cómo habían de creerse solidarios hombres que ni siquiera se conocían? Hoy conocemos perfectamente nuestro globo y todas las poblaciones que contiene, pudiéndonos representar la humanidad entera formando un todo vivo, y comprendiéndose que la unión de todos los pueblos en una federación universal es fácilmente realizable. Es verdad que la *conciencia* de la unidad es todavía en la humanidad patrimonio de una minoría; pero poco á poco se va extendiendo esta conciencia á todos los humanos, y el horizonte mental se ensancha de día en día.

Esta representación de la vida universal no es sólo cada vez más amplia, sino también más profunda. Hoy sabemos lo que el mundo produce en trigo, maíz, arroz, vino, cerveza, algodón, hulla, papel, fundiciones, etc., así como conocemos las necesidades del consumo. Se puede formar el balance y el presupuesto de ingresos y gastos del mundo entero, cuando hace un siglo se vivía en el caos en esta materia. Antes se vivía al día y eran posibles los terrores del año mil; hoy lanzamos las más atrevidas miradas hacia el porvenir, seguros por la geología y la astronomía de la vitalidad del planeta.

Ahora bien; ¿continuarán los hombres degollándose unos á otros sin tregua ni descanso durante diez ó veinte siglos? Formular esta cuestión es resolverla: todo el mundo comprende que no puede ni debe ser así. Somos seres racionales, y debemos

arreglar nuestros destinos, y ya los particulares y los Gobiernos fundan empresas cuyos cálculos financieros abarcan centenares de años. Cuando el régimen federal haya reemplazado á la actual anarquía, nuestros goces habrán aumentado de un modo colosal.

La ciencia será la redentora del género humano: miles de seres trabajan día y noche para formar el nuevo ideal, y apenas la muerte arrebatara un soldado á esta falange gloriosa, cuando otros diez se presentan para reemplazarle. El sentido del porvenir es modernísimo. ¡Qué cándidas nos parecen hoy las ideas de los romanos sobre la eternidad de su imperio! Por la estrechez de su horizonte se imaginan todavía los hombres que se podrá llegar á un orden territorial definitivo, como si todo lo que es no se moviese, y como si fuera posible que en este perpetuo movimiento sólo las fronteras trazadas por los diplomáticos pudieran ser inmutables. Por esta candorosa creencia en la estabilidad, se pensaba en otro tiempo que todo podría acabar con una buena guerra, cuando la Historia nos enseña que los hombres se han batido siempre sin resultado, estando demostrado que la guerra no es ninguna solución, porque siempre habrá disputas entre los hombres, y el medio de dirimirlas no es destrozarse á cañonazos, sino establecer un conjunto de instituciones con procedimientos adecuados para resolver todos los conflictos de intereses.

Para todo espíritu razonable es evidente que las causas por las que hoy consentimos en derramar nuestra sangre no podrán afectar á nuestros descendientes. Hoy todavía nos domina la locura de las fronteras políticas; pero ya empiezan estas cuestiones á ceder el puesto á lo que se llama la cuestión social. La cuestión social no puede resolverla una batalla, porque la cuestión social tiende á la *supresión de la miseria*, y es imposible suprimir la miseria *destruyendo la riqueza*, como hace la guerra. Los combates homéricos, las batallas «gloriosas», harán en nuestros descendientes el efecto de verdaderas chiquilladas. Ya nosotros mismos nos vamos haciendo más

cuertos, comprendiendo que ciertas cuestiones por las que antes se hacían los más cruentos sacrificios, como la de saber, por ejemplo, si podía ó no ocupar el trono de España un nieto del Rey de Francia, no valen los huesos de un solo granadero, pomeriano ó suizo.

Cuando la antigua Roma conquistó todo el mundo entonces conocido, pareciendo que iba á gozar de los beneficios de la paz y del dominio universal, los grandes señores se suicidaban aburridos: no teniendo ya pueblos que expoliar ni hombres que pasar á cuchillo, creían que no les quedaba ya nada que hacer en este mundo. Esos grandes señores padecían una enfermedad: la estrechez del horizonte mental; no comprendían que la actividad política no es el único quehacer de este mundo; no veían que el campo de la actividad social era ilimitado, y que ante ellos abría horizontes infinitos.

¡Cuán superiores somos á los antiguos! Espléndido ideal brilla ante nuestros ojos y comprendemos que el bienestar de la especie humana, la extinción de la miseria primero, y la satisfacción de las necesidades intelectuales después, en medio de la gran federación humana y de la fraternidad real, efectiva y consciente, es la obra magna á que debemos consagrarnos.

### IMPRESIONES Y NOTAS

CÓMO SE DOMESTICAN LOS LEONES.—Samuel Hopkins Adams publica en el *Mac-Clure Magazine*, un curioso artículo sobre la manera de domesticar á los leones, resultado de largas conferencias con los más famosos domadores del mundo.

Todos ellos prefieren desde luego un animal salvaje á uno nacido en cautividad; la fiera salvaje, cogida en Asia ó Africa y transportada á Europa, llega al punto de destino fatigada por el largo viaje, falta de cuidados y no sobrada de alimento, y al hallarse luego en una jaula cómoda, con paja fresca, aire puro, buena comida y perfecta tranquilidad, se hace acce-

sible al hombre mucho mejor que la nacida en cautividad, que se parece á un muchacho mal criado, sin respeto alguno á los seres humanos, y con el que nunca se tiene completa seguridad de obediencia.

Tomando como tipo un león de dos años traído de Africa, lo más probable es que, al encontrarse en su jaula en tierra, el animal lo olfatee todo con cierta curiosidad; acostumbrado ya por el viaje á considerar la visita del hombre como señal de la hora de comer, está, en general, dispuesto á recibir con gusto la aproximación del sér humano. El domador, llegado el momento, se acercará á la jaula, y hablará al león con voz cariñosa durante algunos minutos, arrojándole luego un buen pedazo de carne y permaneciendo junto á la jaula una hora por lo menos.

El segundo día se repite la misma escena; al tercero, el león reconoce ya la voz (para lo cual, el domador debe siempre hablar en el mismo tono) y hasta se pone tan contento, que á veces hace la rueda, señal positiva de que puede darse un nuevo paso en su amistad. El domador entonces introduce entre las barras de la jaula un palo; el león que no esperaba semejante cosa, se retira hacia atrás, ruge, y tendiendo una de sus terribles garras echa al suelo el palo intruso y lo arrastra dentro de la jaula, ya contentándose con golpearlo y rugir, convencido de que es inofensivo, ó ya triturándolo con sus formidables dientes. En todo caso, cuando haya desahogado su furor y vuelto á la calma, el domador introduce otro nuevo palo, haciendo oír la voz acariciadora que el león ha empezado á conocer; lo probable es que la fiera haga con el segundo palo lo que con el primero; pero se sigue introduciendo nuevos palos hasta cansar á la fiera, de modo que se deje tocar el lomo por uno de ellos sin protestar.

Y he aquí que entonces se abren nuevos horizontes á la fiera, cuando observa que aquel palo, no sólo no le hace daño, sino que es un instrumento de placer al frotar sus lomos y su cuello; así, de un estado de duda y de temor, pasa el león á



una alegría serena, que se manifiesta con grandes expansiones.

El otro gran paso, es el de la entrada del domador en la jaula. Cuando el animal se ha acostumbrado al palo y á la persona que con él le acaricia, puede estimarse llegado el momento de establecer más íntimas relaciones. Un día, la puerta de la jaula se abre, y el amigo del león entra, llevando una gran silla y sentándose en ella. Asombrado, no tanto por el hombre como por la silla, el león se retira al fondo de la jaula y se acurruca rugiendo; el domador se está tranquilo leyendo un periódico, sin perder de vista á la fiera; esta escena dura un par de horas, al cabo de las cuales, el hombre y la silla salen como han entrado, y el león se queda meditando sobre lo que ha visto.

Al reaparecer al día siguiente, la fiera espera muy probablemente averiguar qué es aquello, y se acercará cautamente; el domador coge entonces el bastón para acariciar el cuello del león; pero éste, impresionado por tantas novedades, desconfía hasta del palo que suele acariciarle, se refugia en un rincón, y su sospecha degenera fácilmente en furor, que disimula hasta el momento de obrar. Si ruge no hay que temerle, y si mueve la cola, es que está más bien contento que irritado; pero si se calla y extiende la cola, manteniéndola firme y rígida, el domador debe pensar en la retirada. A veces, el domador observa á tiempo que la cola se pone como una barra de hierro, y sale de la jaula sin tropiezo; á veces comprende que le es imposible evitar el choque, y se queda para recibirlo; el león mira á uno y otro lado como distraído; pero de pronto da un brinco y se tira á la garganta del domador, estremeciéndose de miedo y odio. Cuando estalla esta crisis, la gran silla sirve de escudo, y el palo del domador, asestado violentamente contra la nariz del león, que es la parte más sensible, suele bastar para que la fiera, al retirarse irritada, deje tiempo al domador para salir de la jaula.

Al día siguiente, el domador vuelve con su silla y su bas-

tón á la jaula. El león se va á su rincón, y entonces el hombre va insensiblemente acercándose y empieza á acariciarle; luego, bajando poco á poco la mano á lo largo del bastón, llega á ponerla en la espalda del león; este es el paso decisivo: la fiera siente el contacto de la mano, y no sólo lo tolera, sino que siente cierto goce, pues hay pocos animales indiferentes á las caricias. De día en día, el domador acostumbra al león á su presencia y á sus caricias, frotándole el lomo, rascándole el cuello y levantándole las patas, de tal modo, que quince días después de su ingreso en la jaula, el león está completamente dominado.

\*  
\* \*

UN GRAN POETA AMERICANO. — Muy poco conocido en América y totalmente ignorado en España, José Asunción Silva, suicidado como el español Becquer, como el portugués Antero de Quental y como el mejicano Acuña, es seguramente — dice en la *Unión Iberoamericana* Pedro González Blanco — uno de los más grandes poetas contemporáneos, habiendo dejado como muestra de su genial inspiración un *Nocturno*, que no se parece á nada de lo conocido, y que produce realmente, con sus repeticiones, sus extraños versos de cadencioso ritmo interior y su poderosa inspiración, el calofrío que se siente al contacto del genio. He aquí esa inspirada composición:

«Una noche,  
Una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de músicas de alas,  
Una noche  
En que ardían en la sombra nupcial y húmeda las luciérnagas fantásticas,  
A mi lado lentamente  
Contra mí ceñida, toda muda y pálida,  
Como si un presentimiento de amarguras infinitas,  
Hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,  
Por la senda florecida que atraviesa la llanura  
Caminabas.  
Y la luna llena

Por los cielos azulosos, infinitos y profundos, esparcía su luz blanca,  
Y tu sombra,  
Fina y lánguida,  
Y mi sombra,  
Por los rayos de la luna proyectadas,  
Sobre las arenas tristes  
De la senda se juntaban,  
Y eran una  
Y eran una  
Y eran una sola sombra larga.  
Y eran una sola sombra larga.  
Y eran una sola sombra larga.

\*  
\*  
\*

Esta noche, solo, el alma  
Llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,  
Separado de tí misma por el tiempo, por la tumba y la distancia,  
Por el infinito negro  
Donde nuestra voz no alcanza,  
Mudo y solo,  
Por la senda caminaba.  
Y se oían los ladridos de los perros á la luna  
A la luna pálida;  
Y el chillido de las ranas.  
Sentí frío; era el frío que tenían en tu alcoba  
Tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,  
Entre la blancura nívea  
De las mortuorias sábanas.  
Era el frío de la muerte; era el hielo del sepulcro;  
Era el frío de la nada.  
Y mi sombra  
Por los rayos de la luna proyectada,  
Iba sola;  
Iba sola por la senda solitaria;  
Y tu sombra esbelta y ágil,  
Fina y lánguida,  
Como en esa noche alegre de las muertas primaveras,  
Como en esa noche llena de murmullos, de perfumes y de músicas de alas,  
Se acercó y marchó con ella,  
Se acercó y marchó con ella,  
Se acercó y marchó con ella ¡Oh las sombras enlazadas!

¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras de las almas!  
¡Oh las sombras que se buscan en las noches de tristezas y de lágrimas!>

\*  
\* \*

ENFERMEDADES SIMULADAS.—Según *La Medicina Contemporánea*, los forzados de Nueva Caledonia han inventado el arte de ponerse realmente enfermos para pasarse la vida en el hospital, libres de trabajos y bien atendidos. Muchos condenados se mutilan voluntariamente, ó provocan y sostienen enfermedades diversas, aun á riesgo de su vida. Ensayan, ante todo, una enfermedad, y si el ensayo sale bien, no tarda en contagiarse toda la colonia penitenciaria. Muchas veces el presidiario se ha excedido en la dosis y ha muerto, y á las confesiones de última hora se debe principalmente el descubrimiento de tan terribles prácticas.

El Dr. Benoît, que ha estudiado sobre el terreno las enfermedades simuladas, ha observado que cada raza tiene su sello especial en su manera de engañar: los bretones son brutales y tercos, los normandos finos y hábiles, los gascones audaces y cínicos. Una de las enfermedades que con más perfección se cultiva es la ictericia: para provocarla se valen de dos procedimientos: uno de ellos consiste en echar tabaco en una infusión de aceite de coco; á las cinco ó seis horas se retira y se hace secar; en los cigarros hechos con este tabaco se coloca el fósforo de una cerilla ordinaria, y en cuanto se ha fumado una docena de cigarrillos, se pone amarillo todo el cuerpo del fumador; el médico lo reconoce, le encuentra con fiebre gástrica y vómitos, y le envía con urgencia al hospital. El otro procedimiento consiste en colocar en la cama un paquete de algodón empapado en vinagre y azafrán; el presidiario se envuelve bien en la manta y procura sudar copiosamente; al cabo de unas horas experimenta una sensación de calor en el pecho que pasa á todos los miembros; tal es la señal de la aparición del tinte icterico, que no tarda en invadir los tegumentos y las conjuntivas; con el uso del algodón azafranado y

empapado en vinagre, se mantiene indefinidamente esta ictericia simulada.

Los flemones é hinchazón de las mejillas son cosa corriente: el presidiario se hace una herida con un alfiler en la mucosa bucal, y un compañero introduce en la herida una paja y sopla hasta ponerle la mejilla como una pelota. La conjuntivitis se obtiene echando ceniza de tabaco en el párpado inferior junto al lagrimal, ó lavándose con agua de jabón. En las islas de la Salud, los presidiarios se hacen heridas é introducen en ellas moscas y huesos para mantener las llagas constantemente abiertas y en estado de putrefacción.

\*  
\* \*

MUSEO NIETZSCHE. — Según vemos en las Revistas alemanas, la hermana de Nietzsche va á convertir la casa en que el filósofo del superhombre vivió en Weimar, en un Museo que llevará su nombre, y en el que se guardarán los numerosos manuscritos de su hermano, que son unos 50 cuadernos voluminosos de notas filosóficas, 60 de proyectos de diversos trabajos y 157 de recuerdos, memorias, pensamientos y reflexiones íntimas.

• \* \*

EL MATRIMONIO PRIMITIVO.—Haciendo estudios sobre la siempre debatida cuestión de los orígenes de la humanidad, el Conde Zichy ha recorrido detenidamente en viajes de exploración las regiones del Cáucaso, y en ellas ha podido comprobar la existencia de usos y costumbres primitivas, tales como las descritas por los más antiguos historiadores ó las referidas por famosos exploradores de comarcas salvajes ó incivilizadas. El Conde, que se ha rodeado siempre de comisiones de sabios y eruditos, ha hecho donación de todos los resultados obtenidos en sus viajes al Museo nacional húngaro, siendo el primer fruto de sus trabajos la publicación por los doctores Juan Janko, jefe de la sección etnográfica, y Bela de Posta, conser-

vador de la sección arqueológica del Museo, de los *Viajes al Cáucaso y al Asia Central* del incansable explorador.

En todas las civilizaciones, las costumbres nupciales son las que han conservado más profundamente las huellas de los antiguos usos. El rapto de la mujer, que se halla en los orígenes del matrimonio en todos los pueblos, subsiste real ó simulado entre los pueblos del Cáucaso: la novia del indio de Daghestan no penetra en casa de su novio sino llevada en brazos de un pariente de su futuro, y entre los cherkeses, los amigos del novio van á buscar á la desposada y la tienen escondida en una habitación mientras el novio permanece oculto á su vez hasta el día del matrimonio.

Entre los indios del Daghestan, la pareja nupcial se retira á su habitación, cuya puerta está guardada por un amigo del novio; al cabo de tres horas, el marido sale y viene hacia sus amigos, mientras las mujeres corren á la alcoba para poner en orden el lecho nupcial, anunciándose por medio de cohetes que se ha consumado el matrimonio. Entre los kabardos, el marido debe entregar por la mañana al amigo que ha estado de guardia por la noche, á la puerta de la habitación, el corsé de la recién casada.

Entre los kabardos es donde se encuentran las costumbres más extrañas: durante las tres primeras noches, el novio es quien debe desnudar á la novia, quitándole primero el chal y luego el tocado, el traje, el calzado, y por último, el justillo, que lleva desde niña para impedir el desarrollo del pecho; sólo el marido tiene el derecho de quitárselo durante la noche de bodas; el extremo del lazo que lo sujeta, está hábilmente oculto entre las bandas de cuero, de modo que cuesta no poco trabajo dar con él, siendo una gran vergüenza para el novio si se le ocurriese romperlo ó quitar el cinturón. Durante esas tres primeras noches la mujer no dirige la palabra á su marido; pero á la cuarta ella es quien le desnuda á él, y sólo entonces le está permitido romper el silencio.

FERNANDO ARAUJO.

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**Campos, fábricas y talleres;** por el Príncipe Pedro Kropotkin, traducción de Fermín Salvoechea.—Un vol. de 300 págs. Madrid. LA ESPAÑA MODERNA. Su precio seis pesetas.

El libro de Kropotkin, de que hoy damos cuenta, tiene un gran interés desde el punto de vista social, como trabajo de tesis, y desde el punto de vista de la mera curiosidad y del estudio. No formula el autor la tesis de una manera clara y precisa siempre; pero fácilmente puede formularla el lector, teniendo en cuenta las consideraciones que hace aquél á cada momento. Y es una tesis consoladora, en verdad; como que implica de un lado una refutación razonada y fundada en argumentos de hecho, en datos estadísticos, casi siempre indiscutibles, de la célebre doctrina de Malthus acerca de la población, y de otro una visión muy optimista del porvenir de la humanidad. No es exacto que la tierra no ofrezca espacio suficiente para alimentar á los hombres; no es exacto, no responde á la verdad de los hechos, lo de la progresión de la población y de la producción, tal y como las explicaba el citado Malthus; la tierra dominada por el trabajo, y merced al incesante progreso de los inventos científicos aplicados á la agricultura y á las industrias, y sobre todo, merced á la conveniente armonización de los procedimientos industriales con la producción agrícola, puede dar muchísimo, tanto como necesita la población actual y la población futura, infinitamente más numerosa. Los ejemplos repetidísimos de los resultados obtenidos por el cultivo intensivo en Francia, en Bélgica y en otros países, le sirven á Kropotkin para demostrar sus afirmaciones.

Desde el punto de vista de la mera curiosidad y del estu-

dio tiene, digo, un gran interés el libro este, porque es un libro ameno y entretenido, y en el cual revela el autor un dominio admirable por todos conceptos, de la materia que trata. Por este motivo, prescindiendo de la tesis, es un libro, cuya lectura, por extremo sugestiva y utilísima, puede recomendarse sin duda.

He aquí en breves términos los asuntos de que trata Kropotkin en esta obra: la descentralización de la Industria, los recursos de la Agricultura, la pequeña industria y los pueblos industriales. Trabajo intelectual y manual.

A. POSADA.

---

**Disposiciones que podrían impedir en España la división de las fincas rústicas, cuando esta división perjudica al cultivo**, por Diego Pazos y García, Registrador de la propiedad.—Madrid.—Un volumen.

No es la primera publicación del Sr. Pazos. Sus estudios de estadística, su *Ensayo sobre la Estadística de los Registros de la propiedad en España y en el Extranjero*, especialmente, y la serie de artículos publicada en *La Administración de Reseña de la Organización actual y trabajos de la Estadística*, acreditaron á su autor de laborioso y serio. Premiado en uno de los concursos de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, y por demás interesante su último trabajo, bien merece unas cuantas líneas consagradas á dar cuenta de su abundante y sustancioso contenido.

La Academia implícitamente, y el autor en el curso de su monografía, sostienen que es necesario resolver un problema agrario en España, y que debe encomendarse al Poder legislativo del Estado. Hace falta una revolución agraria pacífica—dice el Sr. Pazos—y por ella se suspira ya desde Lezaga en nuestro siglo. La solución no debe ser meramente económica (lograr que la tierra produzca más y mejor), debe ser jurídica y social; que la tierra sustente sin estrecheces ni miserias, y gracias al trabajo de la familia, la mayor población; que la sustente satisfaciendo las necesidades superiores de la cultura.



Uno de los factores del problema, es la distribución de la tierra con relación al cultivo, que milita en España acumulada en grandes propiedades y dividida hasta lo inverosímil. Los dos males son remediabiles, y se relacionan mucho. En cuanto al último, concreto asunto del estudio, disponiendo el Código civil de suerte que impida el excesivo fraccionamiento de las fincas, haciendo algunas indivisibles ó favoreciendo su reconstitución con motivo de los heredamientos, extendiendo el retracto, dando gran alcance á permutas forzosas y á expropiaciones, estableciendo el «hogar rústico», y una «Comisión agraria» que entienda en tales cosas, podría resolverse cabalmente.

Los materiales sobre que trabajó el Sr. Pazos, son completos. Después de una *Introducción* en que define su asunto, viene en el libro una primera parte, *Preliminar*, donde se estudian los precedentes del Código sobre el particular, y la legislación y organización agraria de varios países. La segunda, *Fundamental*, trata del aspecto científico del tema (jurídico, económico, sociológico), estudiando el autor, para fundamentar la suya, buen número de opiniones importantes. Indaga en la tercera, que titula *Especial*, cómo preocupó el problema á los principales pensadores de este siglo, y cómo se reflejan sus doctrinas en la legislación agraria, la situación en este particular de las principales regiones de España, las vigentes disposiciones del Código civil, y establece, por último, y en forma de preceptos legislativos (condición inexcusable de la Memoria), las apuntadas conclusiones á que alcanza.

Indiscutiblemente despierta problemas el libro del Sr. Pazos, aunque sus soluciones sean muy discutibles. Que preocupe el problema agrario, que es uno de los que más debieran preocupar (véase *Los males de la Patria*, del Sr. Mallada), en España ya es mucho. ¡Debieran preocupar tantos! Pero el optimismo de la Academia y del autor al pretender una solución legislativa meramente, no parece muy justificado.

LEOPOLDO PALACIOS.

## OBRAS NUEVAS

---

- Alonso y Gómez (S.) — La víspera; juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa. En 4.º, 30 págs.: 1 peseta.
- Altamira y Crevea (R.) — Historia de España y de la civilización española. *Tomo I.* En 8.º, 630 páginas, con grabados: 6 pesetas.
- Alvarez Quintero (S. y J.) — El estreno; zarzuela cómica en tres cuadros. En 4.º, 62 págs.: 1 peseta.
- Armario y Rosado (J.) — Nociones de astronomía. — En 4.º, 519 páginas, con grabados: 10 pesetas.
- Arnó (C.) — Las servidumbres rústicas y urbanas; estudio sobre las servidumbres prediales, por Carlos Arnó, Profesor de Derecho en la Universidad de Módena, traducción española de Adolfo Posada, Profesor de Derecho en la Universidad de Oviedo. En 4.º, 329 págs.: 7 pesetas.
- Avilés (S.) — El retrato de mi mujer; juguete cómico en un acto. En 4.º, 31 págs.: 1 peseta.
- Balbuena (B.) — Cuentos de caza. En 8.º, 117 págs., con grabados: 2 pesetas.
- Bolívar (I.) y Calderón (S.) — Nuevos elementos de Historia Natural. En 4.º, xxxi-239-309-470 páginas, tela: 20 pesetas.
- Calpena y Avila (L.) — Conferencias y sermones. En 4.º, 360 págs.: 5 pesetas.
- Cancionero del siglo XV con varias poesías inéditas; publicarlo don Francisco R. de Uhagón, de la Real Academia de la Historia. En 4.º mayor, vi-50 págs.: 5 pesetas.
- Carlyle (T.) — La Revolución francesa, traducción del inglés, por Miguel de Unamuno, Profesor en la Universidad de Salamanca. En 4.º, 396 págs.: 8 pesetas.
- Carmena y Millán (L.) — Estocadas y pinchazos. (Continuación de «Lances de capa»); artículos y versos taurinos. En 8.º, 299 páginas: 4 pesetas.
- Casañ (M.) — De viaje; juguete cómico-lírico en un acto. En 4.º, 31 páginas: 1 peseta.
- Castro Pulido (J. de.) — Nociones de geografía astronómica. En 4.º, 99 págs., con figuras: 2,50 pesetas.
- Castro y Casaleiz (A. de.) — Estudios de derecho internacional privado. En 4.º, 300 págs.: 6 pesetas.

- Colección de documentos inéditos para la historia de Chile desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo, 1518-1818, colectados y publicados por J. T. Medina. *Tomo XXII*. En 4.º mayor, 648 págs.: 15 pesetas.
- Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones de Ultramar. *Segunda serie*, publicada por la Real Academia de la Historia. *Tomo XIII*. En 4.º, xvi-414 páginas, encartonado: 12,50 pesetas.
- Elola (J. de).—Bosquejos, novelas cortas, cuentos, leyendas é impresiones. En 8.º, 372 págs.: 3 ps.
- Emerson (R. W.)—La ley de la vida, traducción por Benedicto Vélez, Doctor en Filosofía y Letras. En 4.º, 231 págs.: 5 pesetas.
- España Lledó (J.)—Filosofía. En 8.º, 224 págs.: 3,50 pesetas.
- Estadística minera de España correspondiente al año de 1899, formada y publicada por la Junta superior facultativa de Minería. En 4.º mayor, 154 págs.
- Fayula (A.)—Los primeros síntomas, comedia en un acto y en prosa. En 4.º, 57 págs.: 1 peseta.
- Fernández Villaverde (R.)—Una campaña parlamentaria. Discursos. En 4.º mayor, xii-646 págs.
- Ferrer Piera (P.)—Fernando Póo y sus dependencias. (Descripción, producciones y estado sanitario). En 4.º, 208 págs.: 3 pesetas.
- Fortuny.—Apuntes de viaje. En 8.º, 59 págs.: 1 peseta.
- García Alix (A.)—Disposiciones dictadas para la reorganización de la enseñanza. En 4.º, LXIII-399 págs.
- Gramática práctica para uso de las escuelas elementales. En 8.º, 48 págs.: 25 céntimos.
- Huxley (Th.)—La educación y las ciencias naturales, por Th. Huxley, de la Sociedad Real de Londres, traducido por el Dr. Luis Marco. En 4.º, 315 págs.: 6 pesetas.
- Ibáñez Marín (J.)—Estudios militares y políticos. En 8.º, 237 páginas: 2 pesetas.
- Iriarte (C.)—Clasificación mineralógica de las tierras, empleando el método de análisis de Schloësing. En 8.º, 7 págs.: 25 céntimos.
- Izquierdo (S.)—Latín. Breves nociones de prosodia, arte métrica y ortografía. En 4.º, 28 págs.: 75 céntimos.
- Jackson Veyán (J.)—El fondo del baúl: apropósito cómico-lírico en un acto. En 4.º, 41 págs.: 1 peseta.
- Lemcke (C.)—Estética expuesta en lecciones al alcance de todo el mundo, por el Dr. Carlo Lemcke, profesor en la Escuela real de Artes y Oficios de Stuttgart; traducida del alemán por Miguel de Unamuno, profesor en la Universidad de Salamanca. En 4.º, 396 págs.: 8 pesetas.
- López Silva (J.) y Jackson Veyán (J.)—El barquillero; zarzuela en un acto. En 4.º, 52 págs.: 1 peseta.
- Idem y Fernández Saw (C.)—El gatito negro: humorada cómico-lírica en un acto. En 4.º, 43 páginas: 1 peseta.
- Medina (J. T.)—Biblioteca hispanoamericana (1493-1810.) *Tomo II*. Eu folio, VIII-544 págs.

- Melcior y Farré (V.)—La enfermedad de los místicos (Patología psíquica). En 4.º, 272 páginas y un retrato: 3 pesetas.
- Montilla y Adán (J.)—Discursos literarios, jurídicos y parlamentarios. En folio xi-332 págs.
- Morán y Fernández (I.)—Tratado de fototipia. En 8.º, 95 páginas con grabados: 1,50 pesetas.
- Moya y Jiménez (L. de).—Aires de mi guitarra (coplas). En 8.º, 238 págs.: 3 pesetas.
- Navarro (C.) (hijo).—Ráfagas; colección de poesías originales. En 8.º, 110 págs.: 1 peseta.
- Nieto Serrano (M.)—Filosofía y fisiología comparadas en su historia con el criterio de la ciencia viviente. *Tomo III*. En 4.º, 344 páginas: 2,50 pesetas.
- Pérez Nieva (A.)—Por las rías bajas. (Notas de viaje por Galicia). En 8.º, 254 págs.: 3 pesetas.
- Ramiran (E. C.)—Campana italo-austriaca en 1866. Custozza y Lisa. En 4.º mayor, 124 páginas: 4 pesetas.
- Rey y Villanueva (A. del).—El instalador de luz eléctrica; manual práctico. En 4.º, 75 págs.: 1,50 pesetas.
- Rocafull y Díaz (R.)—Tratado práctico de fotografía industrial. En 8.º, 152 págs. y 3 láminas: 2 pesetas.
- Rodriguez Miguel (L.)—Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy.—Discurso. En 4.º mayor, 92 págs.
- Romea (J.)—La tempranica; zarzuela en un acto. En 4.º 43 páginas: 1 peseta.
- Ruiz Jiménez (J.)—Un ruego á la opinión. En 4.º, 46 págs.
- Ruiz y Plá (E.)—Flora; drama en tres actos. En 4.º, 72 págs.: 1 peseta.
- Sáiz y Sánchez (J.) y Sánchez Morate (J.)—Breves nociones de Geografía é Historia de España. En 8.º, 207-xii págs.: 1,50 pesetas.
- Sánchez Torres (E.)—La luz, el sonido y la música. En 8.º, 256 páginas: 2 pesetas.
- Sempau (R.)—Los victimarios; notas relativas al proceso de Montjuich. En 8.º, xi-420 págs.: 2 pesetas.
- Taboada (L.)—Notas alegres. En 12.º, 188 págs.: 50 céntimos.
- Valcárce Ocampo (J.)—Flores de espino; poesías. En 4.º, 100 páginas: 1 peseta.
- Vaquero (J.)—Divorcio y adulterio; drama en dos actos. En 4.º, 39 páginas: 1,50 pesetas.
- Vergara y Martín (G. M.)—Nociones de Historia de España. En 8.º, 158 págs.: 2 pesetas.

# INDICE

por orden alfabético de autores de los artículos  
publicados en «La España Moderna»  
durante el año 1900.

- AMADOR DE LOS RÍOS (Rodrigo).—*Las fiestas entre los musulmanes*. Abril, pág. 62.
- ANÓNIMO.—*Obras nuevas*, Enero, pág. 200; Febrero, pág. 196; Marzo, pág. 197; Abril, pág. 205; Mayo, pág. 198; Junio, pág. 201; Julio, página 198; Agosto, pág. 202; Septiembre, pág. 203; Octubre, pág. 197; Noviembre, pág. 205; Diciembre, pág. 202.
- ARAUJO (Fernando).—*Revista de Revistas*. Enero, pág. 159; Febrero, pág. 154; Marzo, pág. 153; Abril, pág. 168; Mayo, pág. 142; Junio, página 149; Julio, pág. 148; Agosto, pág. 167; Setiembre, pág. 163; Octubre, pág. 157; Noviembre, pág. 175; Diciembre, pág. 171.
- ARIAS DE VELASCO (Jesús).—*Notas bibliográficas*. Julio, págs. 194 y 196.
- BARADO (Francisco).—*Dominación y guerras de España en los Países Bajos y Relevo del Duque de Alba*. Marzo, pág. 96.—*Motín de las tropas españolas*. Julio, pág. 40.—*Gobierno del Comendador Requesens*. Noviembre, pág. 67.
- BRAGA (Teófilo).—*Caiel* (biografía). Julio, pág. 5.
- CAIEL.—*Genoveva Montaña* (novela). Julio, pág. 11; Agosto, pág. 13; Setiembre, pág. 42; Octubre, pág. 5.
- CHOCANO (José S.).—*El diálogo de las tumbas*. Febrero, pág. 77.
- DÍAZ MIRÓN (Salvador).—*¿Qué es poesía?* Noviembre, pág. 98.
- DÍAZ MIRÓN (J. Manuel).—*Brindis áureo*. Noviembre, pág. 97.
- DRACHMANN (Holger).—*Murió y le enterraron* (novela). Abril, pág. 5.
- DORADO (P.).—*El Discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo*. Noviembre, pág. 128.—*Concepciones penales y sociales de Tolstoy*. Diciembre, pág. 94.—*Notas bibliográficas*. Enero, págs. 191, 194, 197 y 199; Febrero, págs. 189, 191, 192 y 194; Marzo, págs. 187, 190, 193, 194 y 196; Abril, págs. 200, 201 y 203; Mayo, pág. 197; Junio, páginas, 190, 194, 196, 198, 199 y 200; Julio, página 192; Agosto, página 200; Setiembre, págs. 199 y 201; Octubre, págs. 194 y 195; Noviembre, pág. 202.

- ECHEVARRÍA (Eduardo).—*El canto del olvido*. Junio, pág. 13.
- FERNÁNDEZ DURO (Cesáreo).—*Un tesoro submarino. Los galeones de Vigo*. Diciembre, pág. 61.
- FERNÁNDEZ Y GRANADOS (Enrique).—*A Miramar*, Octubre, pág. 67.—*A María Guerrero, comedianta española*, Noviembre, pág. 96.
- FIANSÓN (José).—*La Poesía*. Abril, pág. 138.
- FICHTE (Juan T.).—*Discursos á la nación alemana. Determinación más precisa de la educación nacional alemana*. Marzo, pág. 80.—*A quién deberá confiarse la ejecución de este nuevo plan educativo*. Mayo, pág. 118.—*Sobre los medios necesarios para conservarnos hasta la realización de nuestro fin*. Agosto, pág. 127.—*Continuación de las precedentes consideraciones. Conclusiones generales*. Noviembre, pág. 35.
- FLAMENCO (José) guatemalteco.—*Unión y Libertad*. Setiembre, pág. 73.
- G.—*Nota bibliográfica*. Mayo, pág. 193.
- GÓMEZ DE BAQUERO (E).—*Crónica literaria*. Enero, pág. 147; Febrero, pág. 124; Marzo, pág. 123; Abril, pág. 159; Mayo, pág. 134; Junio, pág. 117; Julio, pág. 138; Agosto, pág. 159; Setiembre, pág. 153; Octubre, pág. 146; Noviembre, pág. 149; Diciembre, pág. 109.
- GONZÁLVIZ DÍAZ (Antonio) brasileño.—*El canto del guerrero*. Marzo, pág. 59; *Canción del destierro*. Marzo, pág. 61.
- GUTIÉRREZ NÁJERA (Manuel).—*Cita*. Enero, pág. 78.
- HANSON (Ola).—*El Matricida* (novela). Agosto, pág. 5.
- HANTUN (Kunt).—*En los bancos de Terranova* (novela). Junio, pág. 5.
- HEIBERG (J. L.).—*Sendas peligrosas* (novela). Enero, pág. 5; Febrero, pág. 5; Marzo, pág. 5.
- HURTADO (Manuel A.) chileno.—*Soneto*. Agosto, pág. 42.
- IOB.—*Revista hispanoamericana*. Febrero, pág. 135; Marzo, pág. 134; Abril, pág. 139; Mayo, pág. 169; Junio, pág. 149; Julio, pág. 118; Agosto, pág. 140; Setiembre, pág. 135; Octubre, pág. 122; Noviembre, pág. 158; Diciembre, pág. 152.
- IZCUE (José Augusto de).—*Soneto*. Mayo, pág. 73.—*Homenaje*. Agosto, pág. 43.
- LAMPÉREZ Y ROMEA (Vicente).—*Apuntes para un estudio sobre las Catedrales españolas*. Enero, pág. 118; Febrero, pág. 34.
- LIÑÁN Y EGUIZÁBAL, Conde de Doña Marina (José de).—*El Marquesado de Bogaraya* (cuestión legal). Febrero, pág. 105.
- MAÍNEZ (Ramón León).—*Cervantes y su época. Nacimiento y familia de Cervantes*. Mayo, pág. 12.—*Educación y adolescencia de Cervantes*. Setiembre, pág. 98.
- MARQUÉS DE VALMAR.—*Los hijos vengadores en la literatura dramática*. Junio, pág. 54; Julio, pág. 77.

- MITJANA (Rafael). — *Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos*. Octubre, pág. 91; Noviembre, pág. 100.
- MONTES DEL VALLE (Agripina). — *El hierro*. Enero, pág. 75.
- NIETO (Ricardo). — ¡*Oh Sancho!* Octubre, pág. 70.
- NOE (Eugenio C.) uruguayo. — *Resurrexit*. Mayo, pág. 70.
- OLIVER Y CASTAÑER (Jaime). — *Los segadores*. Mayo, pág. 102.
- OLMEDILLA Y PUIG (Joaquín). — *Historia del reloj*. Enero, pág. 102.
- PALACIOS (Leopoldo). — *Nota bibliográfica*. Diciembre, pág. 200.
- PARDO BAZÁN (Emilia). — *La literatura moderna en Francia*. Enero, página 56; Febrero, pág. 48; Marzo, pág. 63; Abril, pág. 21; Agosto, página 51; Setiembre, pág. 78; Diciembre, pág. 71.
- PEÑA (L. R.) guatemalteco. — *Laborare est orare*. Setiembre, pág. 72.
- PÉREZ DE GUZMÁN (Juan). — *Retos y desafíos*. Enero, pág. 35; Febrero, página 85; Marzo, pág. 39; Abril, pág. 43; Mayo, pág. 74. — *El padre de Moratín*. Junio, pág. 16. — *Las colecciones de cuadros del Príncipe de la Paz*. Agosto, pág. 95. — *El Teatro Hispanoamericano*. Setiembre, página 114.
- PÉREZ MERINO (Nicolás). — *Los ascendientes de Bolívar*. Marzo, pág. 113. — *Lo que fue la gacetilla*. Abril, pág. 116. — *La muerte por el honor* (recuerdos de la guerra de la Independencia). Junio, pág. 90.
- PENICHE DE LUGO (Francisco). — *China y Europa*. Agosto, pág. 44.
- POMPILIO LLONA (Numa). *A España* (soneto). Noviembre, pág. 97.
- POSADA (Adolfo). — *El año sociológico 1898*, Enero, pág. 80. — *Política pedagógica*. Julio, pág. 58. — *La reforma en la primera enseñanza*. Agosto, pág. 73. — *El problema universitario*. Octubre, pág. 72. — *Notas bibliográficas*. Enero, pág. 192; Marzo, págs. 188 y 192; Mayo, página 195; Junio, págs. 191 y 195; Setiembre, págs. 197 y 200; Diciembre, pág. 199.
- R. NÚÑEZ (Lucas). — *Notas bibliográficas*. Agosto, pág. 198.
- ROMERO LEÓN (Remigio) ecuatoriano. — *El cura de aldea*. Julio, pág. 56.
- SENTENACH (N.). — *Notas sobre la Exposición de Goya*. Junio, pág. 34.
- SIENKIEWICZ (Enrique). — *Orso*. Diciembre, pág. 5.
- SILVA (J. A. de). — ¡*Paso!* Enero, pág. 77.
- SOTO Y CALVO (Francisco) argentino. — *El arte*. Julio, pág. 57.
- TAVASTJERNA (Karl. A.). — *La ordenanza militar*. Mayo, pág. 5.
- TCHENG-KI-TONG (general). — *Los placeres en China*. Setiembre, pág. 5; Octubre, pág. 34; Noviembre, pág. 5; Diciembre, pág. 28.
- TONDREAU (Narciso). — ¡*Está borracho el César!* Abril, pág. 136.
- UGARTE (Manuel). — *Dos sonetos*. Julio, pág. 55.
- URIBE (Diego). — *Madre*. Diciembre, pág. 58.

## INDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>Orso</i> (novela), por Enrique Sienkiewicz.....	5
<i>Los placeres en China</i> (conclusión), por el General Tcheng-Ki-Tong,	28
<i>Poetas americanos: Madre</i> , por Diego Uribe, de Bogotá.....	56
<i>Un tesoro submarino: Los galeones de Vigo</i> , por Césareo Fernán- dez Duro.....	61
<i>La literatura moderna en Francia</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	71
<i>Concepciones penales y sociales de Tolstoy</i> , por P. Dorado.....	94
<i>El Congreso Hispanoamericano</i> , por Adolfo Posada.....	120
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	139
<i>Revista Hispanoamericana</i> , por Juan Pérez de Guzmán (Iob.)....	152
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	171
<i>Notas bibliográficas</i> , por A. Posada y Leopoldo Palacios.....	199
<i>Obras nuevas</i> .....	202
<i>Índice por orden alfabético de autores</i> .....	205